

EL VALLADOLID DE 1830 Á 1847.

---

SOLACES  
DE  
**Un Vallisoletano Setentón,**

POR  
JOSÉ ORTEGA ZAPATA,  
CON TRES CARTAS  
DE  
ANGEL BELLOGIN AGUASAL,

UN PRÓLOGO

DE  
*José Ortega Munilla*

Y  
EL RETRATO DEL AUTOR.

  
TOMO PRIMERO.



VALLADOLID:

IMP., LIB., HELIOGRAFÍA Y TALLER DE GRABADOS  
DE LUIS N. DE GAVIRIA,  
Angustias 1 y San Blas 7.

1895

DGCL

A

t. 121807  
c. 1186893





SOLACES

DE UN

VALLISOLETANO SETENTÓN.



EL VALLADOLID DE 1830 Á 1847.

---

---

SOLACES  
DE  
**UN VALLISOLETANO SETENTON,**

POR  
**José Ortega Zapata,**

CON TRES CARTAS  
DE  
ANGEL BELLOGIN AGUASAL,

UN PRÓLOGO  
DE  
**JOSÉ ORTEGA MUNILLA**

Y  
EL RETRATO DEL AUTOR.

  
TOMO PRIMERO.

VALLADOLID:  
IMP., LIB., HELIOGRAFÍA Y TALLER DE GRABADOS  
DE LUIS N. DE GAVIRIA,  
Angustias 1 y San Blas 7.

1895

---

*Es propiedad del autor.*

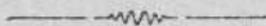
---



R. 113428



## ANTES DE EMPEZAR.



Ni tengo autoridad literaria bastante para presentar al público obra alguna, ni menos para hacerlo con estas páginas, escritas por mi padre. Parece contra la ley natural que un hijo sea padrino del autor de sus días en la pila del bautismo y no lo es menos que le apadrine en este bateo de la estampa. Fuera en mí vanidad imperdonable el intentarlo y no lo intento. Ni esto es prólogo ni es presentación, ni es otra cosa que un modo de corresponder á deseos que para mí son órdenes.

*Los Solaces de un Vallisoletano Setentón* no tienen pretensión artística alguna, ni su autor, que empleó buena parte de la vida en las faenas del periodismo, ha aspirado jamás á los triunfos

literarios. Por distraer ocios de anciano y vigili-  
as de enfermo, fué anotando al correr de la pluma  
sus recuerdos infantiles y sus remembranzas de  
mozo. Su memoria ha proyectado sobre estas  
hojas el luminoso alegre cuadro de aquella vida  
pintoresca, y así desfilan ante el lector dentro del  
cuadro del Valladolid del año 30 los tipos casti-  
zos y rancios, las costumbres sencillas y modes-  
tas, correspondientes á una época de transición.  
El buen vallisoletano que viajaba acompañado  
de escopeteros, en galera ó en el coche de colle-  
ras de *Tragaleguas*; que hacía visitas en *bombé*;  
que por la noche se alumbraba al volver de la  
tertulia con un farol conducido por fiel criado ó  
por fidelísimo perro; que por la tarde convidaba á  
*beber* á sus amigos obsequiándolos con chocola-  
te, dulces y refrescos; que tertuliaba con frailes  
y doctores; que encendía sus cigarros en chufeta  
y se alumbraba con velas de sebo; que los días  
festivos daba su vuelta por la Acera de las mon-  
jas de *Sancti-Spiritus*, y que algún día iba al Café  
del Corrillo, recorrerá con curiosidad los *Solaces*  
en los que verá restaurada y reproducida la  
ciudad antigua con el movimiento de la vida, y  
destacándose entre la agitación de la multitud  
tipos y personas características de la época.

No pertenece este libro al género llamado *Memorias*. Más modesto, de menor alcance, es sólo una serie de recuerdos en que un viejo de Valladolid cuenta lo que vió siendo niño. La personalidad del autor desaparece ante el esbozo que traza. No ha intervenido en las escenas narradas sino para verlas y recordarlas, conservándolas después de sesenta años de existencia, con todo el vigor y claridad que acompañan á las primeras impresiones de la juventud.

No ha contribuido poco á la publicación de este libro (que aparece en forma honrosa para las prensas de Valladolid) el Sr. D. Angel Bellogín, con las tres cartas de alto relieve literario que forman monumental portada plateresca por donde el lector puede pasar al museo histórico en que sin orden ni concierto, pero con prolijo y amoroso cuidado, un apasionado del pueblo en que nació ha recogido y expuesto mil pequeñeces y nonadas por las que podrá rehacerse el panorama social de la capital castellana en 1830.

Las cartas del señor Bellogín acreditan en su autor un feliz cultivador de las letras; y es él de aquella estirpe de que van yá quedando tan pocos representantes, que no leen, estudian ni escriben por hacer granjería de su ingenio, sino por

satisfacer la sed de arte, el *hambre estética* de que hablaba Taine, por propio recreo ajeno á los estímulos de la vanidad y á las competencias profesionales.

Estas cartas sobran para que el volúmen sea digno de la atención del público.

J. ORTEGA MUNILLA.

---

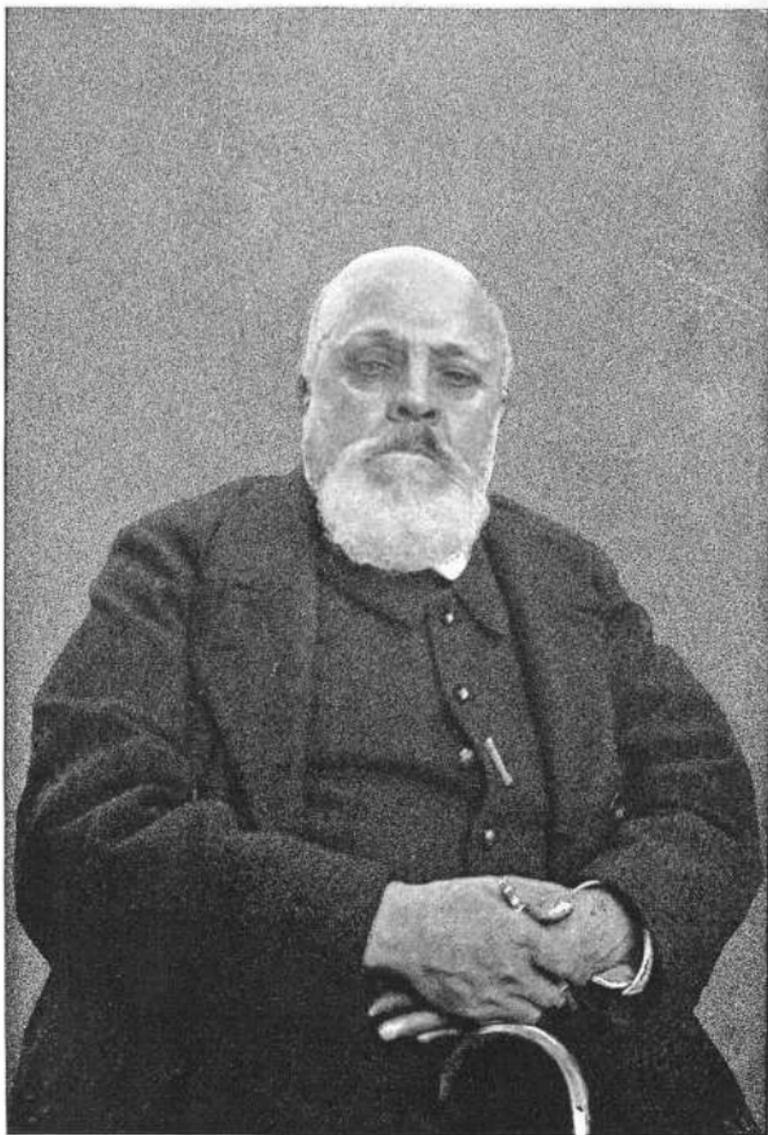
*A Eduardo, José,  
Rafaela y Manuel Ortega  
Munilla y Gasset.*

*Os dedica el primer tomo de estos Solaces, que  
se publicaron en "El Norte de Castilla,"*

*uestro abuelo*

*José Ortega Zapata.*





*J. Ortega Kapata.*

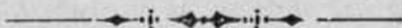




## CARTAS.



AL SR. D. JOSÉ ORTEGA ZAPATA, EN BADAJOZ.



### I.



UY SR. MIO Y RESPETABLE PAISANO: es tan hermosa la juventud y se acumulan en ella tantas energías, para salicitarla en direcciones contrarias, que merecen ser perdonados sus atolondramientos, y no debe extrañarnos tampoco la suficiencia de que algunas veces alardea. Una ley biológica dispone que el hombre mire hácia adelante, el viejo vuelva atrás la vista, á cada paso, y el joven se recree en el presente; y usted que la conoce tan bien como las del Digesto, seguramente habrá dispensado la falta que supone en nuestros *chicos de la prensa* no haber correspondido yá, pública y debidamente, á los amenísimos artículos que como *Solaces de un setentón vallisoletano* vienen publicándose, hace yá muchos meses, en EL NORTE DE CASTILLA.

Puede usted, efectivamente, perdonarla sin el menor recelo; pues á mi me consta que los publican con agradecimiento y los saborean con deleite, aunque este no sea tanto como ellos merecen y los paladeamos nosotros, los que sin tener los *tres duros y medio* que usted cuenta, hemos en trado ya en la promoción de los cincuentones.

De mí y de ésta su casa, puedo decirle que, cuando en ella se leen, mis hijos sonríen con deleite, y á mi mujer y á mí nos parece *estar á la camilla* con nuestros padres y abuelos, modestos burgueses los unos, oscuros hidalgos los otros, pero todos bien educados y ensamblados á mazo con la ciudad clásica que usted tan fielmente reproduce en sus artísticas acuarelas literarias.

Recuerdo, por ejemplo, al leerlos, que mi abuela materna, señora algo linajuda, pero de trato finísimo y corriente, llegada á menos por reveses de la suerte, conservaba en cabeza de mayorazgo, como uno de los restos de su pasada bien andanza, la *espetera* de la cocina, que se limpiaba, pieza por pieza, todos los sábados, con agua caliente y *polvos de Segovia*, hasta *dejarla como un oro*. ¡Y qué espetera! No la desdeñaría Angel Muro, para completar su Museo Culinario.

Así que, aun cuando no festejaba *el día del año*, que era también el de su santo, con la esplendidez y el refinamiento del Sr. Alevesque, con ella y mis tías comíamos toda la familia, las dos sopas cocidas en aquel caldo que *se podía cortar*, adornadas y azoadas con rodajas de huevo cocido, menudos y sangrecilla de aves; la *olla podrida*, verdadera prodigalidad de sabrosas *porquerías*; como platos de preferencia (léase *principios*) el imprescindible besugo ó la merluza, en *lonjas*, de Rioseco, cuando no se sustituía por alguna anguila cogida en las aceñas del *Cabildo* ó el *Pale-ro*; y, por supuesto, el clásico pavo, bien repleto de castañas y manzanas que, para no desustanciarle, se acuñaban previsoramente con algún solomillo de cerdo, bien adobado. Y como la tienda de la Navarresa era, según usted nos refiere,

sólo para los ricos caprichosos, para las mesas de la clase media, el aperitivo y el entremés se preparaban también en la misma casa: antes de la sopa se despachaban algunas naranjas *cortadas al través*, mezcladas con granada y bastante azúcar, ésta para disimular la falta de sazón de aquellos frutos; los pepinillos, conservados en vinagre, ayudaban á la carne de vaca; y el salchichón, no generalizado aún, se reemplazaba con la lengua fiambre, cortada en la misma forma. No faltaba algún frito de repostería casera que, sin la categoría de *principio*, figuraba á la cabeza de los postres y en éstos se repetía el derroche, casi romano, de la olla podrida: mi madre lucía su habilidad especial para el *punto* de los flanes; mis tías la hacían la competencia en esto de los *puntos*, con dos inmensas fuentes de exquisitas natillas (*leche aderezada*) tenuamente expolvoreadas de canela y adornadas con estrellas de bizcocho; otra fuente de éstos en almibar, borrachos además con vino de la Nava; algún turrón indígena y buena tanda de golosinas monjiles, tales como bizcochos de Santa Clara, mantecadas de San Quirce, rosquillas de Sancti-Spiritu, Cambray de las Brígidas, almendras saladillas y tostadas y, calculo yo más de un celemin de cascajo, nueces frescas y avellanas tostadas, *con yeso y en sin yeso*, que los chicos trasegábamos furtivamente á nuestros bolsillos, después de haber mermado del mismo modo los *periquitos* de Santa Catalina, con grave riesgo de no celebrar la inmediata colación de los Reyes. Vino de pasto, el de Toro, no siempre bien elaborado, y para sobremesa alguna botella añeja de Rueda y un excelente licor de café compuesto por mi padre.

Ahora, para que usted no me tome por algún *gourmet*, achacando á estímulos de la glotonería estas remembranzas gastronómicas y sospechando que sólo avivan mi memoria los vahos reparadores de aquella cocina *solariega*, sus aromas sutilísimos, la delicada sapidéz de aquellas *pebres*, la fuerza aperitiva de aquellas salsas y, más que todo, la retozona facilidad de aquellas digestiones infantiles, me

interesa decirle que siento con igual intensidad y mayor fruición todavía, todos y cada uno de los recuerdos por usted evocados y reconstruidos por mí, bien acotando con el relato de mis padres, deudos y amigos, yá hace muchos años enterrados, bien utilizando la presbicia de la edad, que perfila mejor los objetos lejanos.

Por este procedimiento, poniendo en juego unos y otros factores, aunque confunda alguna fecha, lo mismo que usted detalla el Valladolid de 1835, esbozo yo el de dos lustros después, y así me parece estar viendo las ruinas de San Francisco, sobre las cuales se ha levantado después el barrio más aristocrático de la ciudad; el convento de San Benito, con la fachada principal amurallada, y aspillerada, para poderse batir con las tropas de D. Carlos; las notarias instaladas en los *Soportales de Provincia*; los puestos de fruta amontonados en una callejuela de la Plaza Mayor y todos los mercados á la intemperie, aguantando los vendedores el rigor de las estaciones, sin más defensa que un toldo de lona ó algun tinglado de tablas. En ciertas calles estrechas y no de las menos súcias, me parece divisar aquellos retablos lúgubramente alumbrados por la devoción de los vecinos; me gustaba más aquella procesión del *Córpus* con *el niño de la bola*, y cuya presidencia láica desempeñaba el Serenísimo Señor Infante D. Francisco; echo de menos en la tarde del 9 de Septiembre aquel *Rosario de la Patrona*, cuyo estandarte llevaba con noble y distinguida apostura, el entonces Corregidor de la ciudad, nuestro paisano D. Calixto Fernández de la Torre, que vive todavía y conserva con la salud más cabal las simpatías más universales por su bondadoso y bellissimo carácter; me parece estar asomado á los balcones de la plaza, disfrutando de aquel espectáculo público, que consistía en lidiar tres ó cuatro vacas emboladas y con maroma, que se anunciaban al toque del *reloj suelto*, y sólo se otorgaba al pueblo soberano cuando ocurría algún suceso fausto, de los cuales, el más frecuente, solía consistir en algún alumbramiento régio, con el aumento consiguiente

de la Lista civil. Alcancé todavía al Sr. Alevesque; recuerdo haber visto almorzar al carpintero Bahamonde, en la caseta de madera que le servía de *comptoir* para sus baños del Pisuerga; el Palacio del Almirante me lo sé de memoria y muchas veces al entrar en el café de Calderón me acuerdo de que en aquella esquina tenía su *Molino de Chocolate* el acaudalado industrial Sr. Fernández Vitores. Desde la botica de mí abuelo vi pasar el entierro del abogado Alday, al que me parece concurrieron los individuos del Colegio formados en dos filas, severamente vestidos con el traje de los estrados; y ya que menciono la botica de mí abuelo, no he de entretenerle con su descripción, porque, acaso, usted la conocería más clásica que yo la alcancé, si entró en ella alguna vez á comprar *dos cuartos de regaliz*; pero quiero, si, hacer mención de un sencillísimo y desnudo banco de pino colocado delante del mostrador y en el cual se sentaban, para liar y fumar algún cigarrillo, muchos magistrados de la Real Chancillería.

Etcétera, etcétera, porque continuando así, de cita en cita y de fecha en fecha, habría de emborronar muchas cuartillas, pasando revista á los recuerdos y reflexiones que en mí memoria provocan los que usted ha consignado en los artículos que motivan esta carta, cuyo origen voy á explicarle, antes de cerrarla.

No sé, si por achaque de viejo ó por inocente vanidad, he cometido la indiscreción de ostentarlos delante de los redactores de EL NORTE, atreviéndome hasta á censurarlos cariñosamente su silencio, y ellos, con arte y finura delicadísimos, me han devuelto la pelota, comprometiéndome á que haga yo lo que habían dejado de hacer, ésto es, á escribir algo sobre motivos de los *Solaces de un setentón vallisoletano*, sin admitirme la excusa de que no pertenezco á su parroquia política, como así es muy de veras, y más de veras aún, que en materia de literatura y de periodismo, ni he tomado la alternativa, ni puedo portarme, á lo sumo, más que como aficionado vulgar.

Cedo, pues, á tan obstinada insistencia, no tanto por lo que me lisonjea, cuanto por el temor de incurrir, si así no lo hiciera, en una doble descortesía, y afronto el compromiso, enviando desde luego esta primera carta.

Por ella pido indulgencia á los lectores de EL NORTE; y á usted además le ruego vaya acopiando paciencia para leer alguna otra, con que habré de molestarle, para salir del paso, como Dios me dé á entender.

Y acepte usted, á la par, el respetuoso saludo con que se le ofrece, como servidor y paisano, su afectísimo

ANGEL BELLOGIN AGUASAL.

Valladolid-Agosto de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 22 de Agosto de 1894.





## CARTAS.



AL SR. D. JOSÉ ORTEGA ZAPATA, EN BADAJOZ.



### II.

**N**ACIDO yo á orillas del fétido Esgueva, cuyas insubordinaciones han costado tanto dinero al Concejo y tantos sustos al vecindario, sin contar el tributo que todos los antiguos le hemos pagado en tercianas más ó menos rebeldes; de ese riachuelo, á cuyas *aguas*, tantas perrerías dijeron Góngora y Quevedo, recuerdo bien cómo estaba su fangoso cauce hace cuarenta años, cuando comenzaban á derribarse sus catorce puentes de piedra, dándose principio á las obras, iniciadas, por el Corregidor Oller, y no del todo terminadas aún. Las cosas debían encontrarse próximamente en el mismo estado que las dejara la Real Junta de Policía, después de remediar los desastres de la crecida de 1788; puesto que, pasados treinta y dos años, nada consiguió todavía el síndico D. Gonzalo de Luna,

con imprimir su *Pensamiento de Policía pública*, abordando este y otros problemas de saneamiento y ornato. Hoy, sobre aquel lecho maligno de *las Esguevas*, se han abierto amplias vías y construido hermosas manzanas, que prestan á la población todo el aspecto y todas las condiciones de una ciudad moderna.

Esterilizados todos los proyectos de mejoramiento concebidos en la época de Carlos III, por la Guerra de la Independencia, primero, y más tarde por nuestras discordias civiles, las Moreras, el Campo grande y el Prado de la Magdalena, que yo alcancé en mi niñez, eran, sin duda, los mismos que V. dejó en 1835, con muy pequeñas mejoras sobre las que, hace un siglo, realizaron el Corregidor Astraudi y la Real Sociedad Económica. Hoy, aunque emplazados con mediano acierto, en el Prado de la Magdalena se han levantado el Seminario, dos Conventos de religiosas, un buen Matadero público, la Facultad de Medicina y un magnífico Hospital provincial, substituyendo al Caserón del Campo, que ya lo era en tiempo de Cervantes, según él mismo lo consigna en su *Diálogo de los Perros. El Espolón*, que es de lo más olvidado, ha ganado bastante en su parte alta; sobre el Esgueva lateral á San Benito, vegeta lozamente una de las muchas glorietas que sanean y embellecen las *Plazuelas* de Valladolid; el mezquino *Puente Mayor* es espacioso, elegante y casi nuevo, gracias á las obras proyectadas y ejecutadas por ingenieros vallisoletanos, y toda la extensión del Campo, en sus tres antiguas zonas, se ha transformado en un magnífico Parque municipal, con su larga avenida de casas elegantes, la primera de las cuales (del Sr. Mantilla) pudiera figurar muy bien en cualquier *boulevard* de París.

Aunque nos falta acometer el proyecto, ya estudiado, de alcantarillado y desagüe general, podemos envanecernos de haber construido el Canal del Duero, trayendo sus aguas á la ciudad y dotando á todas sus calles de bocas de riego y á todos sus barrios de grifos surtidores para el consumo

doméstico; beneficios sólo apreciables cuando se compara el actual desahogo con la sùcia economía de antaño y las dificultades insuperables que presentaban los servicios de riegos é incendios por la carencia del líquido elemento.

Apunto sólo las cosas de más bulto, para que usted pueda formarse idea, siquiera confusa ó escasa, de cuánto y cómo han cambiado en lo material la población y los suburbios, durante el medio siglo, muy cumplido, desde que se ausentó usted de ella; y puesto que no me es posible intentar igual apuntamiento por lo que á la parte moral se refiere, procuraré hacer una ligera síntesis y decirle después, con humorismo más ó menos serio, cómo aprecio yo las consecuencias, confiando en que coincidiremos, desde luego, en el justo medio, para estimar el presente y hacer justicia á lo pasado.

Bástele saber que aquí, como en todas las ciudades que progresan, á compás de estas y otras muchas reformas, evolucionándose todas las instituciones y todo el régimen local, transformándose, de todo en todo, el estado social y económico, cambiándose usos y costumbres, tipos y caracteres, en el trasiego incesante de clases, individuos y fortunas, la mutación ha sido tan intensa y tan extensiva, que es casi un arcaísmo de mal gusto mencionar la ciudad antigua y, como no podía menos de suceder, las familias empadronadas en aquel censo, de hace cuarenta años, que no llegaba á 30.000 individuos, hemos resultado poco menos que forasteras.

Por ésto, sin duda, un labrador de la vieja cepa, lejano pariente mío, mas hidalguillo que adinerado, algo latinizante y sobrado redicho, renegaba, yá hace un cuarto de siglo, de tan escandalosas novedades, echando de menos aquel Valladolid clásico, en el cual figuraban, como los personajes de más bulto, su tío el *Sr. Oidor*, su primo el *Sr. Vicario*, su cuñado el Coronel de Milicias, su condiscípulo de primeras letras el Catedrático de Cánones, y sus respetables amigos los Camarasas, San Felices, Revillas y Fuentenuevas.

¡Virgen Santísima, y cómo se excitaba aquel buen hombre en sus desplantes ultra-aristocráticos! Recuerdo que con un tonillo atiplado y despreciativo, llamaba él, *Zapaterotes*, á todos los que yo llamo *desamortizadores*, industriales y comerciantes que entonces figuraban mucho, y su inquina reaccionaria les imputaba el enorme delito de haber enca-recido algo la vida, enriqueciéndose ellos mucho, pero cen-tuplicando la riqueza general.

Ahora bien; yo que aprendí en la niñez el dogma de la soberanía nacional y que apenas cumplidos 10 años, asomado á las *gorgueras del Consistorio*, me pronuncié con mi padre, al grito de ¡Viva Espartero!, no puedo pensar, ni sentir, como aquel labrador y, aunque, á la verdad, las demasías del individualismo me van pareciendo broma bastante pesada, partidario convencido, como lo soy, del progreso, y aceptándole, como le acepto, con todas sus renovaciones cí-clicas, encuentro lo más natural del mundo que *los siglos, á los siglos se sucedan*; no me escandaliza que *los hombres á los hombres se atropellen*; ni por esto he de deducir, con el Byrón español, que

*es la historia del hombre y su locura,  
una estrecha y hedionda sepultura.*

Sábía y cristianamente profeso el principio de que *Ultra quod mortem est, vita est...*; pero advierto que me estravío, sin pensarlo, en filosóficas digresiones de biología social, lo cual, hecho por un mal aficionado, como yo, equivale á re-ventar al lector, obligándole á recorrer los cerros de Úbeda, y, como no se precisa tan fatigoso rodeo para demostrar la tesis de esta carta, voy á ella derechamente, y digo en puro romance:

Que es insensatez descomunal hacer ascos al progreso, resistiéndose á la adaptación; como es perfectamente tonto pasarse toda una vida aguantando la incómoda postura de tener la cara siempre vuelta hácia atrás, por no mortificar nuestro amor propio, viendo á los que se nos han colocado

delante; pero me parece igualmente ingratitud insensata hacer tabla rasa del pasado y menospreciar sus enseñanzas, sin conocer que ellas determinan siempre el momento histórico y preparan la evolución del porvenir.

Otro sí digo, sin insistir en razonamientos de mayor trascendencia, que menospreciar el pasado, arguye igualmente cierto grado de atrofia en el sentido moral del individuo; pues tanto significa como renegar de sus padres, de su hogar y de su patria, afectos que jamás se extinguen en una persona bien nacida, por mucho que le dure la vida y muy humildes que hayan sido su educación y su cuna. Todas las religiones honran á los padres; y los pueblos, cuanto más cultos y más ricos, estiman en más su pasado y con mayor esmero cuidan de perpetuar su recuerdo, entre otras razones, porque, bien inventariados, estos recuerdos constituyen la hijuela patrimonial de cada generación, que se suma después en el acervo común, obligando á todos á la incesante labor de su conservación y acrecentamiento. Y es, mi respetable amigo que, en estos tiempos del microscopio, nada hay que merezca despreciarse por su pequeñez aparente; ó si por acaso hay algo que lo sea, cuadrará el calificativo á ciertas grandezas fofas y vacías.

Así juzgo yó las cosas pasadas; de esta manera estimo el presente, y confiando que V. ha de opinar lo mismo, con este criterio habré de ocuparme de su trabajo literario, en la próxima y última carta, que le dedicará mañana, su afectísimo,

ANGEL BELLOGIN AGUASAL.

Valladolid-Agosto de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 23 de Agosto de 1894.)



## CARTAS.



AL SR. D. JOSÉ ORTEGA ZAPATA, EN BADAJOZ.



### III.



primera vista, los artículos de usted parecen un pasatiempo ligero y de puro subjetivismo, provocado por el sentimiento natural en los viejos, que tan delicadamente expresa nuestro Jorge Manrique, en aquella copla de hace cuatro siglos, exclamando:

¡Cuán presto se vá el placer,  
cómo, despues de acordado  
dá dolor,  
cómo á nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fué mejor!

Convengo, efectivamente, que no han sido otras sus pretensiones de usted al escribirlos: dar gusto á su corazón y dejar correr la pluma, sin plan ni aspiración ninguna literarias, aunque (y perdone su modestia) revelándose en todos

los períodos, por la espontaneidad y pureza del estilo y los muchos toques de cultura general que la entonan, al hombre de gusto literario muy ejercitado y de aficiones artísticas delicadísimas.

Con sólo que fueran ésto, yá resultarían sus *Solaces* respetables y gratos, porque... ¿qué menos puede concederse á una vejez laboriosa y honrada que el placer de *solazarse*, recordando *sus buenos tiempos*?

Pero yo afirmo que, además de respetables y gratos, utilísimos, hasta el punto de sostener que este género debiera cultivarse con más extensión, en provecho de la cultura general. Diserte usted en algún círculo de jóvenes cultos, sólidamente instruidos, sobre cualquier tema de literatura, ciencias ó bellas artes y verá lo que ocurre: le escucharán atentamente, pero no logrará usted convencerlos, ni interesarlos siquiera; ellos, verdaderos modernistas, tienen el novísimo concepto de la crítica; nuestra erudición les parece demasiado clásica y, aun cuando otra cosa aparenten, por obligada cortesía, no la otorgan otro valor que el de un dato más, para la información histórica del tema. Pero hablelos usted del tiempo viejo, hágalos la crítica directa, personal y anecdótica de cosas y sucesos que desconocen, ó de los cuales conservan, á lo sumo, algún apunte borroso, mal perfilado, trazos y fechas confundidos entre la sobrecarga de su memoria, y á buen seguro que la atención, de cortés, se tornará interesada y, al terminar la conferencia, se mostrarán impresionados y gozosos, porque se sienten más hombres, han tocado el lado real de aquellas cosas y quedan por ello, en posesión del pasado, con el mismo perfecto dominio que del presente ejercitan.

Y si tales beneficios reportan á la juventud culta y estudiosa, para la masa indocta y apática, entre la cual hay muchos individuos que no saben decirnos el segundo apellido de su abuela, esta clase de escritos pueden ser verdaderamente redentores. Por algo todos los escritores propiamente geniales han cultivado este ó algún género parecido, en

trabajos autobiográficos, memorias, recuerdos, bocetos y perfiles, cuya utilidad se me antoja mucho más apreciable, que la auténtica mejor comprobada, sobre alguna tabaquera de Voltaire ó los calzones del Gran Federico.

Entre los diversos gustos del género á que me refiero, nos presenta usted el más íntimo, sencillo y menos frecuentado de todos y, por esto mismo, creo yo que debe cultivarse más: me parece el llamado á mayor consumo, el que tiene asegurada más numerosa clientela y puede recibir más útiles y generales aplicaciones. Cuando se necesita para un fin determinado y concreto, revolviendo archivos, registrando bibliotecas, sacudiendo legajos y compulsando estadísticas, se detalla y analiza, con relativa facilidad, un lapso de tiempo, cualquiera institución local ó fase determinada de la vida urbana; pero no ha sido esta la labor de usted, y repito que, en no serlo, estriba precisamente su mérito singularísimo.

En formas de amena familiaridad, aromatizadas con delicado perfume de estilo, nos habla usted del Valladolid de 1830-35 y, á través de sesenta años muy cumplidos, nos dá á conocer la vida de nuestros paisanos en aquellos tiempos, sin abusar, ni mucho menos, del juicio subjetivo, antes por el contrario, sirviéndose de él con atinada frugalidad, sólo para que el lector perciba más plásticamente la realidad objetiva de las cosas que usted le recuerda, establezca por sí las comparaciones y aprecie de cuenta propia su significación. Nos dice usted, de esta manera, lo que se comía y cómo, en aquellos tiempos; cuáles eran los juegos ó diabluras infantiles y las honestas diversiones de la gente formal, y á cómo andábamos de urbanización, higiene y policía. Describe usted la solemnidad religiosa del *Corpus*, con sus *toldos*, sus calles enarenadas, sus altares y su numeroso contingente de frailes de todos los colores, olvidándose, por cierto de los voluntarios realistas; pasa revista al escaso *comfort* de la vivienda y se acuerda de la *matanza*, entónces detalle necesario para el régimen económico de toda casa bien administrada

y operación alegre que obligaba al cambio recíproco de regalos, consistentes en alguna morcilla, alguna maza de lomo fresco, un plato de chicharrones y un pucherito de *chichurro*; cuenta usted con qué sencillez se divertía la gente en las romerías y no se olvida del Cólera de 1834, que fué, según nos dice, una verdadera devastación para la ciudad, tanto por el número de víctimas, cuanto por los horrores del pánico, unos y otros consiguientes á las enormes deficiencias higiénicas de aquel entonces. Y forzosamente hemos de hacer punto, porque no tenemos tiempo para señalar uno por uno todos los que trata el autor en los catorce artículos que lleva publicados. El que no les hubiere leído, puede formarse idea de su variedad por el conato de índice sumarisimo que hemos apuntado, teniendo en cuenta, además, que casi todos están avisados con anécdotas, tan interesantes como oportunas, y salpicados de nombres, referencias y alusiones, de los más conocidos y populares en aquella época.

De cuyo conjunto resulta que los «Solaces de un setentón» retratan fidelísimamente la fisonomía de Valladolid durante aquella y la anterior é inmediata á la definitiva transformación constitucional; que nos dá á conocer su vida íntima, su idiosincrasia local, con todos esos detalles de nimia apariencia, pero cuya síntesis bien practicada produce la característica más real y positiva que no puede aprenderse en ningún libro, y que en el moderno experimentalismo es la que mejor puede informar los estudios de sociología. Y aun sin tomarlo desde tan alto y prescindiendo de tan profunda trascendencia, no es posible desconocer la saludable influencia que estos amenísimos entretenimientos podrían ejercer en la cultura general y en la suavidad de las costumbres.

¡Lástima, mi Señor D. José, que los muchos y buenos literatos nacidos en nuestra ciudad durante el siglo actual, no la hayan pagado este tributo! Por lo mismo que la mutación ha sido tan extensa y profunda, tan radical el cambio, sucede que las generaciones actuales, absorbidas por la

atención incesante de la lucha moderna, cual si hubieran surgido en el tiempo espontáneamente, como si fueran hijas de nadie, viven desconociendo la realidad de su origen y tal vez este mismo desconocimiento las produce cierta falta de ponderación que empequeñece su carácter, opaliniza su envidiable cultura y las obliga á cojear en el camino del progreso.

¡Cuántas cosas, qué buenas y qué bien escritas, nos hubieran dejado en este género, Zorrilla, Florentino Sanz, Morán, Cazorro, Santos Alvarez, Rosa González, Villergas y otros muchos, que han muerto sin darlas á conocer; y cuántas podrían contarnos los que aún viven! Pero está visto que la vida madrileña no consiente á los privilegiados del talento el vagar necesario para esta clase de recreaciones y que, hasta las medianías provincianas, gravitando siempre hacia la sima burocrática, ó no la sienten ó las desdeñan. Y así, pasan los años; se suceden las generaciones, cambian las costumbres, se transforman los pueblos y todo su pasado y su sentir más íntimos quedan borrosos ó totalmente extinguidos en el tiempo, como si no hubiesen existido para la historia; incuria lamentable y que no puede perdonarse á los modernos positivistas.

Para terminar: como á usted no le alcanza responsabilidad ninguna por tales descuidos, es claro que estos párrafos se enderezan principalmente á denunciar y encarecer la necesidad de remediarlos; lo cual, si se contara con el buen gusto y la buena voluntad de ciertos elementos, resultaría tanto más sencillo, cuanto que se trata de fomentar un género literario, fácil y ameno: ese mismo, para el cual usted ha demostrado tan singulares condiciones y tan preciadísimas aptitudes, mereciendo el público testimonio de gratitud y de aplauso.

Y ¡qué ocasión tan amena se presenta para intentarlo, si nuestros periodistas se decidieran á ello y usted se atreviese á echar una cana al aire, acudiendo á la próxima Féria de San Mateo, no precisamente para divertirse con los festejos

todos y siempre encasillados en la rutina de los programas oficiales, sino para solazarse paseando por las calles de su pueblo, cogido del brazo de su amigo Gordaliza y acompañado de otros amigos nuevos, que procuraríamos compensar la ausencia de sus viejos camaradas! Hablaríamos de todo, largo y tendido, comeríamos á la usanza de aquel *Vallault* que usted ha exhumado tan gallardamente, y hasta le dedicaríamos un banquete, para presentarle á sus paisanos, como benemérito.

Allá vá, pues, la idea, aunque, á la verdad, desconfío mucho se realice, entre otras razones, porque los *Vallisoletanos de ahora*, modernísimos en sus costumbres y tan variados como están, conservan su índole apática. Aquí, usted lo sabe bien, no hemos gastado nunca el buen humor de los andaluces, ni el arranque de los aragoneses; no sentimos el regionalismo, lo cual es una de nuestras mejores cualidades; pero nos pasamos de sosos y, en fin, somos así; porque... ¡Velay!

Si me equivoco me holgaré mucho de ello; pero si tengo el sentimiento de acertar, conste, Señor D. José, que, aun así y todo, apáticos y mortecinos como somos, hay todavía en Valladolid muchos Cazalleros (1), que saben sentir y agradecer sus «Solaces de setenton», que le felicitan, por haberlos escrito y le desean muchos años de vida y muy buen humor para continuarlos.

Así lo hago constar en nombre de todos y rogándole una vez más cuente entre los más entusiastas á este simple aficionado, su paisano añejo y servidor afectísimo,

ÁNGEL BELLOGÍN AGUASAL.

Valladolid-Agosto de 1894.

EL NORTE DE CASTILLA, del 24 de Agosto de 1894.

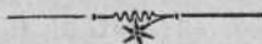
---

(1) Así llama el Autor de los artículos á los Vallisoletanos, por ser paisanos del Doctor Cazalla.





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.

### I.

«Villa por villa,  
Valladolid en Castilla».

(Mote anterior á 1595, en que Valladolid, de villa, pasó á ser ciudad).



VALLADOLID!

¡Hermosa ciudad, que tenías el sobrenombre, hace setenta años, y aún antes, de «antesala de Madrid», uno de tus hijos que, desde 1847, no pisa tu inolvidado suelo, te saluda, y va á decirte *lo que eras*, en aquel, tan yá lejano tiempo!

Algo, de ello, lo dijo el 25 de Enero de 1893, en *El Cronista*, periódico de Sevilla; y algunos de los hechos, que *exhumó* en ese *desfloramiento*, le servirán,

para intercalarlos en los *inéditos*, que va á consignar á continuación.

Y para que la ejecución vaya en pos del anuncio, comienzo.

\*  
\* \*

La ciudad de Valladolid, en 1830, era, no obstante su gran extensión superficial (1), un *puñito*, socialmente considerada.

Sus costumbres, de ciudad antigua, hacían que á la antigua se viviese, y tenían algo de patriarcales.

Sin otros medios de comunicación *con el mundo*, que las *galeras primitivas*, se tardaba ocho días en andar á paso de carreta, las treinta y cuatro leguas, que la separaban de Madrid, por el camino real.

Las personas que «se arriesgaban»—esta es la palabra—á hacer tan *larga caminata*, al llegar á Villacastin, se acogían al amparo de una pareja de *escopeteros*, de á caballo, especie de Guardia civil, de entonces, para que les sirviera de escolta, y para no ser robadas al atravesar el Puerto de Guadarrama, sitio muy peligroso, por los muchos bandidos que en él merodeaban.

Los *escopeteros* iban armados de sable y tercerola, y vestían uniforme muy parecido al de los miñones de Aragón, de época más moderna.

\*  
\* \*

---

(1) Igual ó mayor que la de Madrid.

De la Puerta del Cármen á la de Santa Clara, de Valladolid, hay acaso más distancia, que de la de Alcalá á la de Toledo, de Madrid, y es, porque las casas de Valladolid se extendían, teniendo *más suelo que vuelo*, al revés de las de Madrid, en que *el vuelo es mayor que el suelo*, por su altura, de cuatro ó cinco pisos.

Para viajes cortos, se valían las personas «pudientes», de los coches de colleras de un alquilador, apodado *Tragaleguas*, que tenía su *Estación*, en un soportal de la primera casa de la Corredera de San Pablo, á mano derecha, yendo desde la Plazuela Vieja.

Eran contadísimos los carruajes particulares de cuatro ruedas, que había en Valladolid; los médicos, únicos séres, que puede decirse, se permitían *ese lujo*, tenían para visitar, *birlochos* ó *bombés*, carruajes de dos ruedas, *progenitores* por su forma, de las *victorias* de hoy, y más bien, parecidos á las *calesas*, en que, hasta el año 1852 ó 1853, se iba en Madrid á las corridas de toros, y muy semejantes á los *quitrines* ó *volantas*, de la isla de Cuba.

Entre aquellos *birlochos* ó *bombés*, llamaba la atención el del vizconde de Valoria, personaje riquísimo, y tipo célebre en Valladolid, por sus extravagancias, su sordidez y su tacañería, de quien se contaban las más cómicas anécdotas.

\*  
\*\*

Los muchos conventos de frailes, que en Valladolid había, hacían que fuese una ciudad levítica.

Era costumbre en todas las casas, de desahogada posición, tomar chocolate, á las cinco de la tarde—«beber»—como se decía.

El chocolate iba precedido de una «tacilla» colmada de dulce de almibar, y acompañado de rebanadas de «bollo de agua», vulgo panecillo francés; de «bollo de leche», más conocido con el característico nombre de «bollo de teta», y de bizcochos.

Un succulento *piscolábis*.

Convidar á «beber», significaba una gran prueba de amistad y distinción; y rara era la casa en que, «á la hora del chocolate», no hacía su entrada, convidado ó convidándose él, un Reverendo Padre con su lego adjunto.

Entre los frailes, los Capuchinos representaban en Valladolid, la *aristocracia* conventual, por sus finos modales.

De los de San Francisco, que formaban la Comunidad más numerosa, decían las familias que «daban de beber», que eran «muy ordinarios.»

El convento de Capuchinos estaba al final del Paseo del Campo Grande, donde hoy, creo está la Estación del ferrocarril.

El convento de San Francisco, edificio inmenso, que se desparramaba, desde la calle de Santiago, por donde tenía la entrada principal, hasta la de Olleros, á la espalda de la Acera de San Francisco, tenía una leyenda.

En la media naranja de la Iglesia, un rayo había hecho una enorme hendidura, por donde penetraba la luz cenital; y se decía, que el boquete le hizo el alma del famoso Alcalde Ronquillo, al desprenderse de su cuerpo cuando estuvo allí cadáver, y antes de ser enterrado...

\* \*

En Valladolid había numerosa guarnición.

Las familias más sociables y «menos metidas en sí», tenían «tertulia» por la noche, á la cual concurrían los Jefes y la Oficialidad; así que, el día en que se cambiaba la guarnición, era un día de luto para aquéllas familias.

Era Capitan general de Castilla la Vieja—no existía entonces el distrito militar de Búrgos—Don José O'Donnell, que se firmaba «Josef».

Las casas que visitaba—«en que entraba»—modismo de 1830, en Valladolid—el D. Josef, se consideraban por las gentes, poco menos que de alcurnia divina...

Demás es añadir, que el Capitan general sólo visitaba alguna que otra casa.

\*  
\*

El más lujoso mueblaje de las viviendas, consistía en que, la «sala de estrado», tuviese sillería de damasco rojo ó amarillo, y tapices—las alfombras eran exóticas en aquel tiempo.

Lo común, aún en las casas ricas, era que las sillas, sofás, «confidentes» ó «canapés», tuviesen asiento y respaldo de cerda negra tejida, y que los suelos estuvieran pavimentados de estera blanca, de esparto, y á lo sumo de colores en invierno, y de paja—«estera fina»—en verano; la cual, con ó sin dibujos, era como la que hoy se usa, pues en esto no ha habido adelanto notable.

Signo evidente de poca fastuosidad, tan modesto menaje, revelaba un espíritu plausible de economía, compensado con el derroche en ropa blanca de mesa y cama, y en plata labrada, en forma de cubiertos, salvillas, bandejas, vasos, hechos de duros mejicanos, «de cordoncillo», candeleros, «chufetas, chufletas ó copillas» para encender los cigarros, y despabiladeras, cuyo artefacto, era indispensable para cortar de minuto en minuto el pábilo á las velas de sebo, alumbrado casi único de las habitaciones, pues los quinqués no estaban muy generalizados, cuanto menos las

lámparas, que son de ayer, relativamente á la época á que me voy refiriendo.

La economía aludida, nacía de lo barata que era la vida, pues el precio de los comestibles, de los alquileres de las casas, y la ausencia de lo supérfluo, se traducían en ahorros.

Luego hablaré de los comestibles.

Casas de gran capacidad, con corral y jardín, costaban tres ó cuatro reales diarios de arrendamiento.

La más suntuosa, en 1830 á 1833, era la de Gardoqui, sita en la Plazuela de San Miguel.

Su dueño—Gardoqui—habitaba el piso principal; y el segundo, que rentaba, con asombro universal, ¡diez reales diarios! lo alquilaban personas de alta estofa, tales, como el Regente de la Chancillería (1) ú otras, de elevada posición.



Los comestibles y demás artículos de primera necesidad, se adquirían *de balde*, relativamente á lo que hoy cuestan, lo mismo en Madrid, que en poblaciones de pequeño vecindario.

Un pan de dos libras y media, siete cuartos; la libra de carne de vaca, ternera ó carnero, no llegaba á once cuartos; el vino, á cuarto el cuartillo; la docena de huevos, doce cuartos, y todo lo demás á este tenor.

(No creo estar muy distante de la verdad en los precios apuntados; pero pueden fijarse las cifras,

---

(1) La Chancillería de Valladolid, cuya jurisdicción abarcaba todo el antiguo Reino de Castilla, el de León, y aún el Señorío de Vizcaya, fué anterior á D. Alonso XI; D. Enrique II, en las Córtes de Toro, dió nueva organización á la Chancillería, y los Reyes Católicos aumentaron la importancia del histórico Tribunal.

consultando antecedentes, en el archivo del Ayuntamiento de Valladolid.)

En el vestir, era desconocido el lujo.

Las señoras, con un par de trajes de «alepín de la reina», tela de lana, que ya no se ve por el mundo, y uno de tafetán, para las grandes solemnidades, estaban aviadas.

Un vestido de terciopelo, habría sido una enormidad; y el gró, no era conocido.

La «dulleta», especie de sobretodo, de los que hoy se usan, resultaba el no más allá de la elegancia, y sólo la usaban las petimetras; palabra entonces muy en boga.

El paseo público y «de tono», en Valladolid—1830-33,—la Acera de las monjas de *Sancti-Spiritus*, estaba muy concurrido los domingos por la tarde y algunos jueves.

La gente poco dada á dejarse ver, paseaba por las afueras de la puerta del Carmen, hasta la Fuente de la Salud y la ermita de San Isidro, el Puente Mayor, en dirección al monasterio del Prado; llegando los más andarines, á las puertas mismas del monasterio, para convencerse de que aquel edificio tenía tantos balcones y ventanas, como días tiene el año.

Los tres paseos, paralelos á *Sancti-Spiritus*, no se hicieron hasta el año 1832, si la memoria me es fiel; y antes de ese año, se adornó el de *Sancti-Spiritus*, con bancos de piedra, muy largos, y barandillas de hierro, que las gentes, mientras se hacía la obra,

iban á ver, quedándose embobadas ante tal *hermoseamiento*.

Fué debido ésto, así como la construcción de los tres paseos mencionados, á la iniciativa de D. Pedro Dominguez, Corregidor de Valladolid, cuyo cargo, llevaba anejos, los de Intendente de Hacienda y de Ejército, Jefe político y Alcalde (1).

Con tal suma de poder y tal centralización de autoridad en sus manos, D. Pedro Dominguez, hombre de grandes energías, y que se adelantó á su época, hizo mucho por embellecer á Valladolid.

Los tres paseos del Campo Grande, fueron una de sus obras; y de la noche á la mañana, y como por ensalmo, aparecieron, en el del centro, las estátuas de Mercurio, á la entrada, saliendo del Arco del Angel—calle de Santiago;—la de Vénus, en medio, y la de Saturno, al final, dando la espalda al convento de Capuchinos. -

¡Flojo escándalo causó la estátua de Vénus, que era un completo *desnudo!*

El clamoreo de la gente mojigata, llegó al cielo; pero D. Pedro Dominguez, del régimen del «orden y mando», y del *quod seripsi, seripsi*, no hizo caso de aspaventeros, y la diosa Vénus, allí quedó, luciendo sus formas, más ó menos artísticas.

Pensando yo, mucho tiempo después, en lo de la estátua, hube de sacar en claro, que el buen D. Pedro

---

(1) Los Corregidores continuaron en España, hasta que, en 21 de Abril de 1834, se decretó la división territorial por provincias, tal como hoy existe; habiéndose creado antes—23 de Octubre de 1833—los Subdelegados principales de Fomento, á los cuales reemplazaron los Gobernadores civiles ó Jefes políticos, por virtud del Real decreto de 13 de Mayo de 1834.

era un tantico volteriano y un mucho despreocupado, y que debió decirse, para su chupa de Corregidor:—¿no hay estatuas, *al desnudo*, en los Museos?— Pues lo mismo dá, que las haya en los sitios públicos, y al aire libre,

«teniendo el cielo por manta  
y la tierra por colchón».

Y fué, además, porque aquel Corregidor—Intendente—Alcalde de Valladolid, todo en una pieza, á fuer de valido y favorito del rey Fernando VII, siguió la corriente en los últimos tiempos del monarca, en que se planteó el «despotismo ilustrado» del ministerio Cea Bermúdez, merced al cual, *ciertas ideas y ciertas cosas*, empezaban á no asustar ya, á los que, con capa de realistas, pero liberales *por dentro*, sólo esperaban la ocasión de ser liberales *por fuera*, y de *cuerpo entero*.....

\* \* \*

Al anochecer, después del paseo, se encaminaba la gente á la botillería de Mingueza, sita en los Soporales de la Plazuela Vieja, esquina á la calle del *monumental* Bolo de la Antigua, y á la de Gutiérrez, Plazuela ó Corral de Comedias, ó Plazuela del Teatro, que estos tres nombres tenía, y no recuerdo cuál era el verdadero y oficial.

En cuanto los mozos de las botillerías—no se soñaba con que, andando el tiempo, tomarían el *aristocrático* nombre de «camareros»—veían entrar un parroquiano en el portal despacho, cogían un candelero, de los muchos que había sobre el mostrador, armados de la vela de sebo, de que he hablado antes; y echando

escalera arriba, conducían á la gente á las salas en que estaban las mesas y las sillas; éstas, con asiento de anéa, enéa ó espadaña, único menaje de aquellas habitaciones, y sin otro alumbrado, que las susodichas velas de sebo. con la intermitencia de tener á oscuras los salones ó salas, mientras no hubiera algún consumidor ó «marchante».

Los helados que se servían en las dos botillerías de Mingueza y Gutiérrez, eran, limón, leche y sorbetes de mantecado y frutas, con mucho «copete».

Se pedía al mozo lo que se deseaba tomar, y poco después, entraba con el vaso de helado; con una bandeja, y en ella, además, un azafate ó una canastilla de mimbres, con barquillos.

Desaparecer el mozo, y así estuvieran las salas llenas de gente, era diversión y costumbre, poner el hondón del azafate á la luz de la vela de sebo, para ahumarlo ó quemarlo, haciendo letras ó *arabescos*, según el capricho del parroquiano; por manera que, no había canastilla, ni azafate, sin tan especial *marca de fábrica*.

Despachado el refresco y pagado el mozo, con el aditamento de la propina—dos cuartos—los concurrentes abandonaban el local, pues no estaba admitido convertirlo en tertulia.

\* \* \*

Después, ya se sabía, á pasear en la Acera de San Francisco, hasta las diez de la noche, hora en que, todo el mundo vallisoletano, se iba á su casa, á cenar.

Olvidaba dar el detalle, y subsano este descabado recuerdo de mis siete á mis diez años, de que, en la tarde del día del *Corpus*, el paseo era en las

Moreras, y de que, en ese «relumbrante» día, los hombres se vestían de verano y cambiaban el pantalón de paño, por el blanco de dril, ó el de mahón, color anteado, ó de garbanzo.

Por entonces—1833—empezaban á «estilarse» los sombreros de copa, de paja de Italia, complemento de la indumentaria masculina, durante los meses de calor.

Badajoz-Febrero de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 6 de Marzo de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN



COSTUMBRES.—TIPOS.

### II.

**E**L único café que había en Valladolid, los años 30 á 35, era el del Corriño, llamado así, por estar en la Plazuela de este nombre (1).

Se tomaba café en una sala muy pequeña, al nivel del piso de la Plazuela, y en el entresuelo, se jugaba al monte.

---

(1) El café de los Italianos, que justamente llamó la atención, por sus condiciones espaciosas y de ornato, fué instalado en 1837 á 1838, y ocupaba la planta baja de un gran edificio, construido al efecto, frente á la Fuente Dorada.

Tallaban, generalmente, un tal Sotillo y el entonces estudiante, Pedro Blás, quien, años después, fué uno de los Doctores más brillantes de la Universidad Pinciana, y luego, consejero provincial.

Los jugadores, en su casi totalidad, eran estudiantes, de casas ricas de tierra de Campos, riojanos, y de las montañas de Santander.

Se admitían puestas, desde dos cuartos á muchos duros, y no era infrecuente ver, sobre el tapete verde, «una talega», como se llamaba en aquel tiempo á la suma de 20.000 reales, es decir, mil duros en plata.

Pedro Blás, muy simpático á la gente estudiantil y muchacho de felices ocurrencias, compuso los siguientes versos, suponiendo un diálogo, entre él y otro estudiante.

—«¡Pedro Blás!  
 ¿Dónde vás?  
 —Al Corrillo,  
 á echar un alburillo;  
 que está tallando Sotillo,  
 porque le ha salido el ás».

\*  
 \* \*

Nunca, en aquella *timba*, hubo la menor cuestión, y era porque se jugaba lealmente y sin fullerías.

¡Cuánto dinero, destinado á las matrículas y á los libros de texto, perdían *los puntos, por venir la contraria!*

¡Cuánta patrona de casa de huéspedes, para cobrar el pupilaje, tuvo que esperar, resignada, ó sin resignarse, á que el estudiante perdidoso *viera venir su carta* y hallase el desquite, yá que no la ganancia!

Y cuenta que, el «estar de posada»—así llamaban los estudiantes al pupilaje—costaba de cinco á siete reales diarios, desayuno, comida con principio, postres variados, cena, habitación, cama, luz, ropa limpia y todo servicio.

Verdad es que en cada «posada», se albergaban tantos estudiantes, cuantos cabían en la casa, con lo cual estaban bien asistidos y las patronas hacían negocio.

\*  
\* \*

He hablado en otro lugar de este *ayer*, de la fabulosa baratura del pan, y aquí encaja decir algo, en su elogio y remembranza.

Pan, como el que se comía en Valladolid, no exajero al afirmar que, desde que salí de mi querida Ciudad, el año 1847, no he encontrado ninguno que le iguale en sabor y calidad, á pesar de haber corrido mucha tierra, aquende y allende los mares.

Le había de una porción de clases, que me voy á recrear, detallándolas, porque la cosa lo merece y me produce regodeo.

Marcadamente distintas unas de otras, todas eran un «bien me sabe», yá fuesen muy «metidas en harina», yá de masa ligera y esponjada.

¿Habrà la novísima industria de la panificación desterrado de Valladolid aquel modo especial y multiforme de elaborar el artículo de mayor primera necesidad?

Si así es, aseguro á los vallisoletanos, que han perdido con el *adelanto*.

En la «Ciudad»—no había que pronunciar, ni que escribir la palabra «Valladolid», para que se

comprendiera que, decir «Ciudad» hablando ó escribiendo, era, antonomásticamente, decir «Valladolid»;—en la «Ciudad», pues, había el pan «de polea», de este nombre, porque no tenía canterones, y sí la forma de una polea, con su canal al rededor, como la de las garruchas, y del grueso de dos pulgadas próximamente.

Se hacía en el barrio de San Andrés—de la Mantería—de los *Sarracenos*—que estos tres nombres tenía el barrio, cuyos vecinos eran, en su mayoría, labradores y panaderos.

El pan de «polea» era un poco moreno; y al salir del horno, aromatizando con el agradable olor de, «á pan caliente», tenía una blandura y una suavidad deliciosas y se «deshacía en la boca».—El agua que se empleaba para amasarlo, del «Caño» (Fuente) de Argales.

Frío, y «de un día para otro», mejor aún, no tenía igual para la sopa, fuese de caldo de «la olla»—en Valladolid se llamaba «olla», lo que en otras poblaciones, puchero, puchera ó cocido—fuese de ajo (sopas *en ajo*, dicen en Murcia.)

El pan de «polea» era el pan de los pobres, porque, á su buena clase, reunía la baratatura—cinco ó seis cuartos, las dos libras y media—y porque, además, tenía «buen comer» y *rundía* mucho.

«Rundir», verbo popular de Valladolid, significaba «satisfacer», «alimentar», «cundir», «dar de sí» y «hacer con poco, mucho».

Del propio modo, la gente que vestía de paño pardo, llamaba á Valladolid, *Vallauli*.

Al pan de «polea», seguía en baratura, si bien costando un cuarto más, ésto es, seis ó siete cuartos las dos libras y media, el de Ciguñuela y Villanubla; los dos pueblos que mayor cantidad de pan llevaban á Valladolid, de entre los abastecedores de este artículo.

Su clase era de «no más pedir», lo mismo estando tierno, que «sentado», ó de un día de por medio, así para comido «seco», como para hacer sopa con él.

Muy blanco, muy «metido en harina», muy cocido, tanto que su delgadísima corteza superior, tersa, lustrosa, como bruñida, se descascarillaba, sólo con tocarlo, cuanto más, al partirlo con cuchillo, á *retortijón* ó á dentellada limpia; el pan de Ciguñuela y Villanubla, se subdividía, en pan «liso», en pan «del aceite», en pan «de anís» y en pan «lechuguino», por estar amasado sin ningún ingrediente extraño á la harina y la levadura; por haberle echado en la masa un poco de aceite, ó anises; saliendo estos á la corteza de arriba, empedrándola de puntitos brillantes, y porque, antes de meterle en el horno, afilegranaban las piezas, yá hechas y redondeadas, con las guardas de distintas llaves, dándole, con estos relieves, una visualidad despertadora de pegarle cuatro mordiscos.

Las cuatro clases de pan de Ciguñuela y Villanubla, descritas, eran iguales, en la forma de disco, y del mismo tamaño todas, muy extendido de circunferencia, del grueso de media pulgada, con canterones, ó sin ellos, de miga muy compacta, *sin ojos*, sabía á *gloria*, yá se comiera «seco», yá con otros alimentos, yá en sopa.

De un día para otro, se ponía «lludo», que quería decir, correoso, y «más hecho» y más alimenticio; no se agriaba.

\* \* \*

Otra clase de pan, no recuerdo si de los dos repetidos pueblos, ó fabricado «en la Ciudad», era el de «cinco canteros»; más alto que los cuatro antes reseñados, más esponjoso; del mismo precio y peso que éstos, formaba, con ellos, una clase general, á los efectos del mayor consumo.

También las tortas, pan moreno sin corteza y con mucha miga, abizcochado, eran muy apetecidas, pero constituían una clase aparte, y sólo representaban la golosina, el *sibaritismo*.

No recuerdo si eran *forasteras* ó *indigenas*; pero tengo para mí, que las tortas de Valladolid, ó de otros puntos de España, debieron ser el *modelo* del famoso pan de Lóndres, que no tiene corteza; que es muy alto, cilíndrico, y que, hace algunos años, trataron algunos tahoneros de aclimatarlo en Madrid, con escaso éxito y menor demanda.

\* \* \*

Las panaderas de Ciguñuela y Villanubla—sus padres, maridos, hijos y hermanos «se quedaban en casa», por ser *ellas* las que iban á Valladolid á vender el pan, ignoro si en virtud de femenino privilegio—eran en aquellos tiempos, á mi tierra natal, lo que en los actuales, los panaderos de Alcalá de Guadaíra, á Sevilla; población la de Alcalá, más conocida por

Alcalá de los Panaderos, por el gran surtido del artículo indispensable, como el que llevaban á Valladolid las panaderas susodichas.

En todas las estaciones del año, al rayar el día, llegaban á Valladolid, sentadas, á mujeriegas, en las caballerías conductoras de las cargas, en sendas aguaderas ó alforjas, las panaderas de «referencia».

Cubrían su cabeza, con la airosa montera negra castellana, pero, para diferenciarla de las de los hombres, adornada con moñitos de seda cardada, y uno de los moñitos, sobre el pico superior de tal tocado.

En derechura, se encaminaban á los Soportales de Guarnicioneros y de la Especería; descargaban, y, sentadas en cuclillas, delante de las aguaderas ó de las alforjas, ponían de manifiesto, sobre paños blancos y limpiísimos, los panes.

Mis ojos de niño repararon, más de una vez, que todas ellas eran unas mozas muy garridas; y hoy, por aquello de que «los ojos nunca son viejos», ratifican, merced á la mágia de los recuerdos, la idea de la hermosura de aquella bella mitad del género humano y *panaderil*.

¿Sigue exhibiéndose ese tipo en Valladolid?

Me intriga la duda y la lanzo á los cuatro vientos de la publicidad.

Porque, si el pan de Ciguñuela y Villanubla era sabroso, *más sabrosas*—me lo figuro—serían las panaderas....

\*  
\*  
\*

Además de las casi incontables clases de pan, de que dejo hecha mención, se hacía, en Valladolid, el que llamaré de lujo.

Era éste, el del Barrio del Puente Mayor; más conocido por el nombre de «pan del sello», porque, en el centro de su corteza superior, campeaba un sello, representando al Santísimo Sacramento, con dos ángeles arrodillados, y alrededor, el nombre del panadero.

Alto, con canteros, muy suave y gustoso, esponjado, costaba un real de vellón, cada pan de dos libras y media.

Había que comerlo tierno; duro, era poco agradable, y, blando, y duro, «hacía mala sopa.»

\*  
\* \*

Los «panecillos», de media libra, con cuatro ó cinco canteros, blanquísimos, muy cocidos, de miga suave, se hacían en tahonas, de las cuales, la principal y de más fama, era la de Dulce, su dueño, que tenía el establecimiento cerca de la Parroquia de San Miguel.

Cada «panecillo» costaba tres ó cuatro cuartos.

El renombre de los tales «panecillos» era tal, que á Valladolid se le llamaba «la tierra del panecillo», y que se decía, del que había corrido mundo: «ése ha corrido el panecillo!»

\*  
\* \*

Para tomar chocolate, para hacer sopa y para torrijas, por los Santos y Carnaval, el «pan de agua»—pan francés—no tenía compañero.

Le había de varios tamaños, era muy esponjoso y cada pan, de los pequeños, valía dos cuartos.

De él y de los «bollos de leche», vulgo «de tetas», he hablado, al describir las *chocolatinas*, de las cinco

de la tarde, conque se *obsequiaban* los reverendos de los conventos, en las casas donde eran convidados, ó donde se convidaban los frailes.

Los «bollos de tetas»—dos cuartos cada uno—tenían forma elíptica, y en sus extremos, dos pezones, que constituían el por qué de su nombre vulgar.

De masa muy tierna y *chupona*, á bollo por jícara de chocolate, se sacaba «á pulso», con ellos, el contenido de cada jícara ó «pocillo», quedando en su fondo, solamente, un sorbo, verdadero *epitlogo*, que solían *amenizar* los frailecitos, mediando la jícara con agua, para que no se destemplara la dentadura y para preparar el estómago al frío del vaso de agua, que cerraba el convite, acompañado del azucarillo, «panal», «bolado» ó «esponjado».

Los bollos de agua y los de leche, también se elaboraban en las tahonas.

Badajoz-Febrero de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 13 de Marzo de 1894.)





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES:—TIPOS.



### III.



EN el comer, había poco refinamiento; á las dos, la sopa, y en bastantes casas, una de pan y otra de arroz ó de pasta; cocido, con los riquísimos garbanzos de Toro, (1) y aparte, la verdura; siendo la preferida la de repollo «forastero»; en cada cocido campeaban la buena carne de vaca y de carnero, tocino, chorizo, morcilla, jamón; *aliquando*, cecina y otras *porquerías*, no menos sustanciosas, co-

---

(1) De la ciudad de Toro, era el arriero, que surtía muchas casas; de apellido, Asensio; estatura muy chiquita; pero con «muy malas tripas,» es decir, de muy mal genio, y muy valiente, según públicas voz y fama.

mo gallina, pavo y tal cual perdiz; principio variado, de carne, caza, pescado de mar, cuando le había fresco, que no era siempre; barbos del Pisuerga; anguila ó anguileta, pescadas en las aceñas de las Moreras y en otros parajes del río; ensalada, de la que daba la estación, y postres de frutas, queso de Villalón—«de pata de mulo»—blanco ó amarillo, arroz con leche, natillas, etc.

A las diez de la noche, para cenar, un guisado de carne, pichones, ó «palominos», ensalada, generalmente cocida, de la incomparable lombarda, coliflor, bróculis ó brécolis, remolacha, y si la ensalada era cruda, de escarola, lechuga, apio, cardo, berros, según los meses del año.

El caldo del cocido—de la olla—con los garbanzos y los demás adminículos, antes enumerados, «se podía cortar»; «resucitaba á un muerto», y no era como el del cuento del *Seminario*, que viene á pelo.

Pues, señor; á un seminarista ordenando, le preguntaron en los exámenes sinodales para ordenarse: —«si le llamaran á usted para echar el agua del socorro á un recién nacido y no hubiera á mano más que caldo, ¿qué haría usted?»

—Distingo—contestó;—si el caldo era del que nos dan en el Seminario, desde luego serviría; pero, si era del que toma el señor Obispo, *nequaquam.*»

\*  
\* \*

He dicho, en párrafo anterior, que no siempre había en Valladolid pescado de mar; por punto general, sólo en el invierno llegaban, llevados por maragatos, besugos, mero, bonito, congrio y merluza, procedentes de Laredo, tras cuatro ó cinco días de camino.

Se llamaba «fresco», genéricamente, todo ese pescado, y se vendía en cinco casetas, adosadas á las traseras del Ayuntamiento—del Consistorio—de dónde, por el número, hacía que fuesen más conocidas, por «las cinco llagas», aludiendo á las de San Francisco.

La fecha de la llegada de grandes partidas de «fresco», el 25 de Noviembre, día de Santa Catalina, apodada «la besuguera», por ser yá tiempo de escarchas y aún de heladas, que hacían que los besugos estuvieran «tiesos» y con el ojo muy claro.

Por Semana Santa, solía llegar algún que otro salmón, y costaba carísimo.

Las «cinco llagas», estaban en la Red, lindando con el Repeso, y formando ángulo con la iglesia de Jesús.

Al Repeso, iban á descargar los arrieros y los maragatos, los artículos de consumo; era un inmenso portalón, que despedía una mezcla de olores, penetrante y agradable; destacándose el de la pimienta, el clavo y el azafrán.

¿Existen aún las «cinco llagas» y el Repeso?

Me inclino á creer que nó, por haber sido derribado el «Consistorio», según noticias, con lo cual la Plaza Mayor, mirada desde la Acera de San Francisco, semejará, si no se ha edificado otro «Consistorio», enorme boca de vieja desdentada.

¡Y poco gallarda que era la casa de Ayuntamiento, que servía á la vez, de guardia del «Principal», formada la guardia por una compañía de tropa de la guarnición, mandada por un capitán!

El balcón corrido del «Consistorio» y las dos torrecillas, que le flanqueaban, nos parecían una maravilla á los chicos de diez y once años, hijos de *Vallautí*.

Andando el tiempo, fui á París, y al ver el famoso templo de Nuestra Señora—*Notre Dame de Paris*—la «sinfonía de piedra», que dice Victor Hugo, en su libro inmortal—al ver sus soberbias torres digo, dediqué un recuerdo á las torrecillas del «Consistorio» de «mi pueblo», y casi, casi, las comparé con la vivienda de *Quasimodo*.....

\* \* \*

Mi exajeración es amor purísimo de la patria, como se canta con infinita poesía, en la ópera *Atila*, de Verdi, página de bella música, no conocida por la actual generación, y con las sublimes palabras de:

«*Santo di patria,  
indefinito amor*»,

del recitado de la cavatina de tiple.

Quisiera disponer, en este momento, de los tipos musicales adaptados á esas palabras, para estamparlos aquí, porque son un modelo de invocación y de canturía inspiradísimas.

¡Cómo lo cantaba y lo *decta* Angiolina Bossio, en el teatro del Circo, de Madrid, el año 1847!

Aún me parece que estoy oyendo los aplausos que arrancaba, al terminar la palabra *amor*.

Diez años después, oí á la Bossio, cantar, en Londres, *La Traviata*, y afirmo, que hoy, época de *estrellas*, la Patti, inclusive, no habría dinero bastante para pagar á la Bossio que, poco después del 57, murió tísica, á consecuencia de los fríos de San Petersburgo, en cuyo teatro Imperial de la Opera italiana, estuvo cantando, desde 1848 á 1856.

Y valga la digresión precedente.

\* \* \*

Y después de «haberme arrancado», nó por *peteneras*, sino por un arrebató artístico de mi afición, dominante, de toda mi vida, me vuelvo á mis diez años, á mis reminiscencias de esa edad, en que jugaba á la pelota y á la peonza en los descampados de mi Valladolid, y á la prosáica labor de seguir hablando de lo que se comía en «mi lugar», como, con expresión de cariño, la llamamos los viejos *cazalleros*—por mal nombre, en lo antiguo,—y no me detengo á decir quién fué el célebre doctor Cazalla, porque ésto pica en historia, de los tiempos de la «Santa» Inquisición, y no quiero echármela de historiador.

\*  
\*\*

Había, por los años 30 á 35, en Valladolid, una tienda de comestibles—aún no se llamaba de ultramarinos—en los Soportales de la Plazuela Vieja, conocida por la de *La Navarresa*, que era el Prast del Madrid, de hoy, y á la cual tienda, llegaba lo más goloso y superfino de lo exótico, en materias gastronómicas, tales, como el queso de bola, el salchichón de Vich, las aceitunas sevillanas, los alcaparrones, los barrilitos de ostras escabechadas,—las crudas, ni pensarlo,—el *non plus ultra*, de la gastronomía; en aquellos felices tiempos, no se había oído hablar de las trufas, del caviar de Rusia, ni de tantos otros comistrajos indigeribles, que son un vehiculo de enfermedades *raras* y un seguro predisponente á la dispepsia, la apoplegía y la «revolución de humores».

Pues bien; cuando *La Navarresa* recibía noticias de que, *pasados quince días*, esperaba *algo* bueno y nuevo, enviaba recado á sus parroquianos, para que supieran

que estaban de camino, el queso de bola, las aceitunas, etc., etc.

Y los parroquianos iban y hacían su pedido, que se *solemnizaba*, anunciándolo en las tertulias, y relamiéndose de gusto, los que tenían el de «los buenos bocados».

Badajoz Marzo de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 27 de Marzo de 1894.)





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



### IV.

**R**ONDAS, que si quieres; no había ninguna, cuanto menos, *restauranes*—castellanizo la palabreja;—pastelerías, sólo una, la de Gordaliza, al entrar en la calle de Orates, á mano derecha, yendo de la Fuente Dorada.

En esa pastelería, no faltaba nunca el cabrito, el lechoncillo, el pavo asados, tan bien ó mejor, que los de la pastelería, tres veces secular, de Botin, plaza de Herradores, de Madrid.

En el escaparate, que era una pequeña alambarrera, y prolongación del mostrador, se veía, llamativos del apetito, cubiletes de almendra; empanadas, y unas

gelatinas, embutidas en cascarras de naranja, que estaban diciendo: «¡comedme!».

No me dejará mentir mi paisano, amigo de la niñez y condiscípulo, Gabino Gordaliza, uno de mis pocos contemporáneos que viven, y viva mil años, yá que, por desgracia, su hermano Francisco, murió muy jóven.

El buen Gordaliza, padre, siempre que ibamos los chicos á su casa, compráramos ó nó, nos regalaba «periquitos» y almendras garrapiñadas.

Si tengo la fortuna de que EL NORTE DE CASTILLA publique estas remembranzas y de que las lea mi querido Gabino, mencionado, de positivo que se asoma una lágrima á sus ojos, al ver la memoria que guardo de su padre; y de fijo que recuerda que, al espirar el año 1874, nos encontramos inesperadamente, él y yo, en Salamanca; él, de oficial de la Secretaría de la Universidad, ó de Secretario de la misma Universidad, y yó, de Secretario del Gobierno civil de aquella provincia.

¡Válgame Dios, y lo que charlábamos por las tardes, arrimados á la estufa de mi despacho!

¿Te acuerdas, Gabino, hoy Juez municipal de Valladolid, según leí, no há mucho, en un edicto, firmado por tí y publicado en la *Gaceta*?

Allá vá un apretón de manos y un abrazo «empechugado», yá que no puedo dártelos de persona á persona, como desearía.

\* \* \*

Y prosigo con «cosas de comer».

Vivía en Valladolid—1830 á 1835—en la casa del Almirante, frontera á las Angustias, un rico propietario,

soltero, D. Manuel Alevesque, cuya especialidad era, dar un banquete todos los 31 de Diciembre, por la noche.

A las doce en punto, se sentaba á su mesa lo más escogido de Valladolid, en hombres solo, y se servía un chocolate.

El último sorbo, se empalmaba con una opípara cena, que la luz del nuevo día y del Nuevo Año, alumbraba, á los postres y al café—por entónces, el café estaba muy poco generalizado como fin de comida.

Así festejaba D. Manuel Alevesque el día de su santo.

Me parece estarle viendo.

De colosal estatura, corpulento, muy buen color, frisando en los cincuenta años—«dos duros y medio»—frase vallisoletana,—vestía ámplio levitón, en todo tiempo, y calzaba zapato «de orejas», con media blanca.

Era muy caritativo; un español rancio, y un castellano viejo, «chapado á la antigua».

Si hubiera habido, *in diebus illis*, periódicos en Valladolid (1), el primero fué EL NORTE DE CASTILLA que apareció, creo, en 1848, (2) cuando yo llevaba un año de estar en Madrid—si hubiera habido periódicos, ¡cuánto ditirambo no habrían lanzado á los cuatro vientos del *reporterismo*, describiendo las cenas, *inter-anales*, que en el piso principal de su espaciosa

---

(1) En 1844 y 1845, se publicaron, pero con vida efímera, *El Correo de Valladolid* y *La Aurora Boreal*.

(2) Cuando escribí este *Solaz*, hacía años, que no había tenido ocasión de ver ningún número de EL NORTE DE CASTILLA; y por ésto, resultó inexacta, la fecha de su aparición.

casa, *olim*, Palacio del Almirante, daba D. Manuel Alevesque!

De boca en boca, y durante todo Diciembre y todo Enero, se hacía la descripción, *hablada*, de las cenas, en futuro y en pasado.

Asistir á ellas, equivalía «á una ejecutoria de nobleza».

Basta de comida, y á otros asuntos.

\*  
\* \*  
\*

Pero veo que, para escrito de «un tirón», lo que antecede, es una *ración* más que regular: y como aún no he agotado todos los recuerdos que, de mi edad de siete á diez años, bullen en mi mente, á los sesenta y pico y á partir del de 1834, suspendo aquí mi agradable tarea, hasta otro día, si no se niega á ello mi memoria, único elemento, que he puesto á contribución.

Para proseguir, invocaré, á modo de conjuro, los inspirados versos de mi ilustre paisano Eulogio Florentino Sanz, en su hermoso drama *Don Francisco de Quevedo*, estrenado en el teatro Español de Madrid, la noche del 17 de Enero de 1848, con un éxito—con un *exitazo*—de los que caen pocos en *kilógramo* (no siempre ha de ser «en libra»)—según la locución genuinamente castellana.

Los versos son estos:

«Tú, de tan altas ideas  
creadora, ¡oh mente mia!  
si eres luz, alumbra y guía,  
y si nó ¡maldita seas!»

Que alteraré, diciendo:

Tú, de tan *gratas* ideas,  
*guardadora* ¡oh mente mía!  
 si eres luz, alumbra y guía,  
 y si nó ¡maldita seas!

\* \* \*

Hecha la invocación; evocado un texto, que he creído á propósito para *pnemotecnizarme*; lanzado el conjuro, todavía apuraré el *sortilegio*, llamando en mi ayuda á Valladolid y al Pisuerga, por medio de estos otros versos, del siempre nuevo drama *D. Alvaro ó la fuerza del Sino*, del inclito duque de Rivas:

«¡Sevilla, Guadalquivir!  
 ¡Cuál atormentáis mi mente!

.....

Con la variante de:

¡Pisuerga, *Valladolid*»  
 ¡Cuál *acariciáis* mi mente!

.....

Y si aún fuese poco, plagiando la frase de Napoleón, el «capitán del siglo», que dentro de siete años, habrá que llamar, *despoetizándolo, el capitán del siglo pasado*; digo que, plagiando á Napoleón en la batalla de las Pirámides, en vez de aquello de:

«¡Soldados! ¡Desde la altura de esas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan!»  
 habré de esclamar:

¡Valladolid, Pisuerga, Cuesta de la Maruquesal!  
 ¡Desde el montículo de mis recuerdos de los diez años, setenta navidades os saludan!

Y así como, según el juego de palabras, italiano, dijo el vate, en lengua del Tasso:

*¡O gioventù, primavera della vita!  
¡O primavera, gioventù dell'anno!*

estiraré el simil, añadiendo:

*¡O inverno, vecchieza del anno!  
¡O vecchieza, inverno della vita!*

porque me faltaba decir, *lo que era* «El Valladolid de 1830 á 1835,» en lo *atañente* á la instrucción de los niños, en la primera y la segunda enseñanza, (1) que recibían en las «escuelas» y en los «estudios de los dómines»; á sus diversiones y juegos—los de los niños, nó los de las escuelas ni los de los dómines;—al influjo de «las nuevas ideas,» y, por fin, cerraré el ciclo de estas remembranzas...*reminiscentes*, con otros detalles, que no creo están paginados, ni sin paginar, en la Historia Pinciana.

Y todo se andará, echando por delante un *Deo volente*, y un, si la salud, el humor y la benevolencia de EL NORTE DE CASTILLA no me abandonan, al dolor de quedar *inédito*.

Y, por fin, *final* de las presentes cuartillas, firmaré; como firmaba en mis primeros años, «las planas de la escuela.»

JOSÉ DIONISIO ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Febrero de 1894.

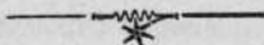
(EL NORTE DE CASTILLA del 31 de Marzo de 1894.

---

(1) Lo de las *pajaritas de papel*, humorismo del inolvidable D. Claudio Moyano, lo reservo por hoy.



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



V.



PROSIGO, espoleando mi memoria, con el acicate de mi voluntad, para anudar mi relato, suspendido en el artículo anterior.

Pocos días después de haberlo escrito, una feliz casualidad, tanto más feliz, cuanto menos esperada, me deparó un valiosísimo colaborador, en la persona del Sr. D. José Doncel y Ordáz, canónigo de esta Catedral de Badajoz.

El Sr. Doncel nació en Salamanca, pero se crió y educó en Valladolid, al lado del Sr. D. Anselmo Huerta, tío suyo.

Era el Sr. Huerta, boticario—en 1830-35, apenas se conocía la palabra «farmacéutico»—y tenía su botica en la calle de Orates y en la pequeña manzana de casas que estaba entre las calles de la Cárcaba y del Obispo.

La botica ó farmacia de D. Anselmo Huerta era un centro de reunión, al cual concurrían todos los hombres científicos de Valladolid.

El Sr. Huerta, que descollaba por su saber, dió evidentes muestras de ello, publicando, entre otros trabajos, una série de artículos, en *El Correo de Valladolid*, periódico, que, como tengo dicho en otro lugar, daba sus números los domingos, miércoles y viernes de cada semana, allá, por los años 1843-44.

Los artículos del Sr. Huerta, que están sobre mi mesa, llevan el siguiente título:

«*Artes industriales*», «*Utilidad de una fábrica de ácido sulfúrico en esta población*». (Valladolid)».

Hoy, que tanto ha progresado la química, si se reprodujeran los artículos citados, llamarían la atención, por ser un estudio que se adelantó á su época.

El Sr. Huerta fué teniente alcalde del ayuntamiento vallisoletano, y falleció en 1858, en la casa-botica de su propiedad.

\* \* \*

Su sobrino, D. José Doncel y Ordáz, canónigo, al presente, de la Catedral de Badajoz, como he dicho antes, siguió la carrera de teología en Valladolid; y en 1845 publicó, allí, una novela histórico-romántica, titulada *Walissina*, calcada en los hechos que precedieron á la batalla de Guadalete, en la cual, con la derrota y la muerte del rey D. Rodrigo, acabó la monarquía goda.

La descripción que hace el Sr. Doncel, en su citada novela, de aquella sangrienta batalla, es un modelo de bien decir y de estilo colorista.

Además de ese libro, publicó también el Sr. Doncel, en 1845, y en Valladolid, un tomo de poesías y otro de fábulas político-morales, dignas de ser leídas y meditadas.

En la actualidad, inserta á menudo, *El Nuevo Diario de Badajoz*, composiciones notables religiosas del Sr. Doncel.

Este permaneció en Valladolid hasta el año 1850, en que, previa oposición, obtuvo el cargo de Secretario de Cámara del Obispado Priorato de San Marcos de León, en la Orden Militar de Santiago, con residencia en Llerena, Badajoz; cargo que sirvió hasta 1877, en que fué nombrado canónigo de esta Catedral.

El Sr. Doncel, que vive en el piso principal de la casa en que habito, tiene setenta y un años; goza muy buena salud y está muy ágil; noticia, que será muy satisfactoria para su sobrino el Sr. D. Nicolás de la Fuente Arrimadas, á quién dedicó el Sr. D. Francisco Zarandona el artículo científico, *En camisa de once varas*, publicado en EL NORTE DE CASTILLA, del 25 de Marzo próximo pasado.

\* \* \*

Pues bien; el canónigo Sr. Doncel y Ordáz, es el *colaborador*, que una feliz casualidad, como he dicho al principio de este artículo, me ha deparado en Badajoz, al cabo de los 47 años, en que le dejé, siendo estudiante él en Valladolid; y ahora le debo el recordar mucho de lo que yo tenía, medio borroso, de las

cosas pincianas, desde 1839 a 1847, que irán saliendo en estos *Solaces de un setentón*.

\*  
\* \*

Dice un refran castellano: «lo que se aprende en la cuna, siempre dura»; y otro: «lo que en la cuna se mama, en la mortaja se derrama».

Este segundo refrán, le leí, hace muchos años, en el magistral libro de D. Pedro Felipe Monlau, *La Higiene del matrimonio*, y ambos refranes son dos evangelios.

Aplicándolos á estos mis recuerdos del *Valladolid de 1830 á 1835*, por ahora, y descartado del incidente de mi grata renovación de amistad y de paisanaje con el canónigo Doncel, llega el turno, á lo que era la instrucción de los niños en la ciudad del Pisuerga, durante aquellos años, según el *programa*, fin de mi precedente artículo.

No hago memoria de que hubiera otras escuelas públicas y *gratis* de «primeras letras», que la de los frailes de San Francisco, para niños; y para niñas, que la de unas monjas, cuyo convento, de nombre por mi olvidado, estaba en la planta baja del Hospital general ó de la Resurrección, en el Campo Grande, primer edificio de la acera de *Sancti Spiritus*, con su fachada principal y puerta de entrada, dando frente al Arco del Angel, que era donde terminaba la calle de Santiago.

Escuelas de pago para niños, había tres; la de D. Rafael Rivera, en dicha calle de Santiago, en el entresuelo de una hermosa casa, esquina á la calle del Verdugo ó del Pozo; la de D. Cayetano Población, que estaba cerca del *Rosarillo*, y la de D. Juan

Fernández, más conocido por *el manco*, porque lo era de la mano izquierda.

La escuela de este maestro estaba en una casa de uno de los llamados Corrales, que existía casi á la entrada de la Acera de San Francisco y cerca de la calle de Teresa Gil; Corral, que creo era el de Boteros.

Entre estas tres escuelas se distribuía el contingente de los niños de familias bien acomodadas; generalmente, cumplidos los cuatro años, «se les ponía á la escuela», y de ella salían á los siete ó los ocho; para ir al «estudio de los dómynes», y aprender en ellos latín ó «latinidad», que así se decía.

Las escuelas de D. Rafael Rivera y D. Cayetano Población no ofrecían otra particularidad, que la de que se enseñaba en ellas á leer y escribir con mucha perfección, y las «cuatro reglas de contar», hasta donde lo permitía la predisposición de los discípulos para las matemáticas.

La escuela de D. Juan Fernández requiere otro artículo, porque éste, es yá largo.

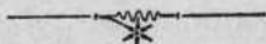
Badajoz-Febrero de 1894.

(El NORTE DE CASTILLA, del 15 de Abril de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



### VI.



ANTES de entrar en materia, he de decir que en los precedentes artículos, se deslizaron algunos pequeños errores de copia, que habrá salvado el buen criterio de los lectores.

Culpa de mi mala letra, asumo la responsabilidad, y puesto que de letra hablo, tomo el punto donde quedó, respecto del maestro D. Juan Fernández *el manco*.

Era este pedagogo, partidario del sistema de «la letra con sangre entra», y le practicaba hasta con crueldad, y sevicia, ó sea, con refinamiento de crueldad.

Por esta razón, muchas madres no querían que fuesen sus hijos á la escuela del D. Juan; pero, como era muy buen Maestro, y sobre todo, enseñaba á escribir una letra española muy gallarda, daba lecciones en las casas de los niños, y á la vista de las madres, para que no se le fuese, *por la costumbre*, la mano manca y arrimase con ella, que era la que al efecto usaba, un sornavirón, ó bofetada de «cuello vuelto», que es, lo que la muy castellana palabra «sornavirón», significa.

La manquedad del maestro D. Juan Fernández era de nacimiento y muy rara.

Consistía en no tener su mano izquierda más que dos dedos; el pulgar, muy ancho y con una gran uña achatada; el índice, sólo un *rudimento* de dedo; un *proyecto* de tal extremidad.

Parecía la antena de una langosta de mar, cuyas tenazas eran los dos dedos.

Entre ellos colocaba la pluma de ganso, con que entonces se escribía, para cortarla con admirable precisión, en dos ó tres tajos, y era de ver la ligereza con que lo hacía, lo mismo fuesen los puntos para trazos gruesos, que para los casi imperceptibles, y, de paso, enseñaba á los niños á cortar las plumas.

El D. Juan de mi cuento, era, en fin, un «á más señores» para dar el último toque en lo de hacer bonita letra; y muchos niños que escribían yá bien, dejaban de asistir á las escuelas de Rivera y Población, para que *el manco* los perfeccionase.

Con estos elementos de instrucción primaria, se entraba en el segundo periodo de enseñanza; el de la latinidad.

Había en Valladolid—1830-34—tres «dómines, que eran, D. Martín de la Fuente, D. Julián Cacopardo, y D. Cirilo González.

El D. Martín, el más antiguo de los tres, tenía su «estudio» en la esquina de la calle de Herradores, paralela á la esquina, formada por la iglesia parroquial de San Estéban, y casi frente á la casa del Cerrojo ó del Cordón; que no estoy bien seguro de si se llamaba así el edificio donde, años despues, se instaló la Casa de Locos, al ser trasladada desde la calle de Orates.

El estudio de D. Julián Cacopardo estaba en la calle del Corral de la Copera, y el de D. Cirilo González, en la plazuela de Santa Cruz, á la izquierda del Colegio de este nombre, frente á la calle de la Librería y á la casa del marqués de Valdegema, y esquina á la calle de Herradores

La gramática de texto en el estudio de D. Martín de la Fuente, era la de Nebrija, en latín; y para los alumnos en quienes «el latín no entraba,» la de Carrillo, en Castellano.

No recuerdo qué gramática «se daba» en el estudio de D. Julián Cacopardo.

En el de D. Cirilo González, una, escrita por él.

A la vista la tengo y se titula: «*Elementos analítico-prácticos de la Gramática latina*, su autor, D. Cirilo González, profesor de Humanidades, primera edición, Valladolid: Imprenta de Julián Pastor.—1834.

«Escritos para su «estudio semestre».



Entre los dómines D. Martín de la Fuente y Don Cirilo González, había gran rivalidad, que trascendía

á los discípulos de uno y de otro; rivalidad, que, en ocasiones, dió motivo á que, á las horas de salida de los respectivos «estudios,» «anduviesen á cachetes y pedradas» los muchachos de ambos bandos.

En el terreno de los adelantos en el latín, que cada uno de dichos dómynes obtenía con sus discípulos, y para patentizar quién sabía enseñar mejor de los dos, se verificaban frecuentemente ejercicios públicos en un salón neutral, ante catedráticos de la Universidad; actos á los cuales concurrían las familias de los alumnos y otras muchas personas de todas clases de la sociedad vallisoletana.

Aquellos certámenes estimulaban poderosamente á los dos dómynes y á sus discípulos, aunque manteniendo, no yá la rivalidad, sino un ódio encarnizado, entre los dos «estudios» de D. Martín y D. Cirilo.



El resultado final y tangible era que los alumnos salían sabiendo más latín que el mismísimo Cicerón. Dos años, y aún tres, con asistencia diaria, excepto los Domingos y demás «fiestas de guardar,» de cuatro horas por la mañana, y tres, por la tarde, se empleaban, como preparación, para ir á la Univerdad á estudiar «filosofía» que así se llamaban los tres cursos, en tres años consecutivos, de lógica, física y matemáticas y filosofía moral ó «ética».



Detalles domésticos, relacionados con la asistencia de los niños á las escuelas de «primeras letras:»

Dejo dicho que la edad en que empezaban á ir á ellas era la de cuatro años, y que hasta los siete

continuaban el aprendizaje de leer, escribir y contar, con los demás al mismo inherentes.

La hora de entrada en la escuela era la de las ocho de la mañana, en verano, y la de las nueve, en invierno.

Para que los niños madrugasen, tenían que irse á la cama al anochecer, y ésto producía un «toreo» en cada casa, pues es sabido que, entre las manías, acompañadas de rabetas y «barraqueras» de la infancia, es la constante y diaria, la de resistir las invasiones del sueño, cuando este dice: «aquí estoy yo».

Ese momento es de prueba para las madres; pero las de los tiempos á que me voy refiriendo, 1830-34, disponían de un recurso heróico que pocas veces fallaba; el de decir á los niños y á las niñas—de las escuelas á que iban éstas, no conservo ningún recuerdo—el de decir á los emberrinchados niños, con voz amenazadora: «¡que vienen *la tta Pastora* y *el tto Paparrandón!*»

Oir estos dos nombres los chicos, romper á llorar y obedecer á sus madres, era todo instantaneo.

Los dos *personajes bú*, que he citado, merecen unas líneas de descripción.

La *tta Pastora* era una desmedrada vieja, que vendía por las calles pajuelas de azufre (los fósforos de entonces); muy dada al vino, casi siempre estaba borracha, pero con la particularidad de que sus borracheras se señalaban por ser, nó el hazme reir, sino el terror de los chiquillos, con los gestos y visajes que hacía.

Su «desgarrapizado» y andrajoso vestido, consistía en un manteo ó zagalejo de bayeta amarilla, lleno de manchas, y en un corpiño de telas y colores

indefinibles, á cuyo *atavío* ponía remate un hirsuto y enmarañado montón de pelos blancos, que daban á su cabeza el aspecto de una de las furias infernales de la mitología.



El *tío Paparrandón* tenía, de hombrón y fornido, todo lo que la *tía Pastora*, de enteca y raquílica.

Era carbonero y el capataz de los que le vendían.

De formas atléticas, como he dicho, su rostro, negro por el polvo del carbón que le tiznaba, siempre la camisa despechugada y enseñando por la abertura un bosque de vello cerdoso, como el de un jabalí.

Y sin embargo de su facha tremebunda, era un hombre pacífico, incapaz de matar una mosca, y de muy buenas costumbres.

La cofradía del Cristo llamado de los Carboneros, que salía en la procesión del Jueves Santo, le tenía confiado el cargo de camarero, y como tal, que cuidase de que la imágen estuviera muy limpia y lustrosa; limpieza y lustre que, según se decía, lograba el *Paparrandón* á fuerza de su propia saliva y de frotos con sus manazas.

El Cristo de los Carboneros de Valladolid, era por lo venerado, lo que el Cristo de los Guardias de Corps, en Madrid, y, aunque no de un gran mérito artístico, tenía en toda Castilla la Vieja tanta fama, como la que tiene en Sevilla el Cristo de la cofradía del Patrocinio, del Barrio de Triana; Cristo, al que llaman el *Cachorro*.

A propósito de este Cristo.

En un telegrama de Sevilla, publicado el 24 de Marzo último en el *Heraldo de Madrid*, leo:

«La cofradía de la Expiración de Cristo y Virgen del Patrocinio, sale de la iglesia de este nombre, en el populoso barrio de Triana. Consta de dos pasos: en el primero, aparece un magnífico Cristo en la Cruz, obra del famoso escultor italiano Miguel Angel, y regalo que Felipe II hizo á la iglesia del Patrocinio, donde una tarde que estuvo orando, vió un lienzo pésimo, que representaba la expiración de Cristo, de un modo deplorable».

¿No habrá en ésto del regalo, un anacronismo? Lo pregunto, porque, en mi entender, Felipe II murió en 1598 y Miguel Angel nació en 1600, y dejo el punto á los eruditos y

«ahora que los sevillanos  
se las entiendan con él»,

y conque, sino fué Felipe II, fuese el III, ó el IV, el que regaló el *Cachorro*, de Miguel Angel, á la cofradía trianaera del Patrocinio; que por uno ú otro Felipe, no voy á armar pendencia crítico-histórico-artística.



Y como los niños de la escuela, de Valladolid, y la *tía Pastora* y el *tío Paparrandón*, y el Cristo de los Carboneros vallisoletanos *me han llevado á Sevilla* y á hablar del Cristo, llamado irreverentemente el *Cachorro*, por los hijos del Guadalquivir, y me he extendido más de lo conveniente, termino aquí, hasta el próximo número.

Badajoz-Abril de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 24 de Abril de 1894)



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN

COSTUMBRES.—TIPOS.

### VII.

UNA NIÑA EMPAREDADA EN 1835 (1).



ALTERO el plan que me había trazado, anteponiendo á otros recuerdos, que debían tener hoy aquí su sitio, el recuerdo de un hecho, que habría conmemorado en su tiempo y sazón.

A través de los sesenta años trascurridos, desde el hecho que he insinuado, al día de hoy, el suceso

(1) Los anteriores seis *Solaces* aparecieron sin sumarios, por una distracción mía.

que voy á referir, es de interés y de actualidad palpitante.

Véase por qué.



*El Norte de Castilla* está publicando conmovedores detalles del *martirio de una niña*.

Valladolid se soliviantó, el año 1834 ó 1835, con motivo de un suceso, igual en el fondo, pero más grave y más horrible, por sus circunstancias.

Vivía en el Campillo un maestro albéitar, que tenía allí su banco de herrador.

El tal albéitar, no recuerdo si era casado ó viudo; pero sí, que una hija suya, de cinco años, uno más, uno menos, desapareció de pronto, sin que los vecinos de las casas inmediatas supieran á qué atribuirlo.

Pasaron días, semanas y meses; interrogado el padre por los mismos vecinos, daba contestaciones evasivas y contradictorias, lo cual hizo que se cavilara y se entrase en sospechas.

Maliciando los vecinos algo, que no se esplicaban, empezaron á observar, y no faltó quien dijese haber oído lamentos y gritos ahogados en el desván de la casa del albéitar.

El rumor tomó cuerpo, se extendió por todo Valladolid y llegó á conocimiento de las autoridades.

Por entonces, yá había juzgados de primera instancia en España; (1) y el de Valladolid se personó en

---

(1) El real decreto de 21 de Abril de 1834 los creó; disponiendo que los corregidores de las poblaciones cesáran en el conocimiento de los procesos y los remitieran á los jueces letrados de las cabezas de partido.

la casa, que ya había empezado á llamarse «casa del crimen».

El albéitar negó que en su domicilio ocurriese nada de particular; pero el juez, no aquietado, antes bien, sospechando que allí había algo misterioso, procedió á reconocer todas las habitaciones, y al entrar en el desván, percibió un olor muy fétido y oyó distintamente quejidos entrecortados.

Fijando su atención, notó que aquellos quejidos salían de un rincón oscuro del desván, y, aproximándose, vió, á la altura de la cabeza de un hombre, una especie de ventanilla, que, más que ésto, era un agujero bastante ancho.

Mandó llevar luces; habiendo tomado la precaución de que los alguaciles sujetaran al albéitar, á quien había hecho subir al desván.



El espectáculo que se ofreció á la vista del juez, al asomarse á aquel agujero, no es para descrito; en el suelo yacía un bulto informe, que se movía y se quejaba.

Para cerciorarse de lo que aquello pudiera ser, dispuso que se llamara á un albañil, provisto de piqueta; llegado éste, le ordenó que abriera un boquete, suficiente á dar entrada á una persona.

Hecho así, el juez intentó penetrar, sin lograrlo, porque tropezó con otra pared; y en el suelo del espacio reducidísimo, entre ambas paredes, la derribada con la piqueta y la que cerraba el paso, vió, entre un monton de trapos, de paja y de inmundicia, el cuerpo de un niño de corta edad.

Aterrado el juez, mandó que fueran buscados médicos, para que reconociesen aquel cuerpo, le prestasen auxilios y certificaran el resultado del reconocimiento.

Se presentaron dos ó tres facultativos y ¡horror! vieron, después de sacada la criatura, de aquel sepulcro, que era sólo un esqueleto, cuya piel estaba cubierta de llagas, que despedían un hedor insoportable, y que la cabeza de aquel sér infortunado, tocaba á sus rodillas, sin que pudiera ponerse derecho.

Le bajaron á otra habitación de la casa; le tendieron en una cama; le lavaron, y descubrieron que era una niña de cinco años aproximadamente, que se quejaba é intentaba hablar, y que sólo pronunciaba sonidos inarticulados.

Mientras tanto, se había ido aglomerando gente, delante de la casa del albéitar, y aquella muchedumbre irritada, prorrumpió en gritos de ¡matar á esa fiera!

El juez pidió fuerza armada al Principal, y, entre bayonetas fué conducido aquel padre desnaturalizado á la cárcel; costando trabajo que la multitud, que ya acudía, desde todas las calles de la ciudad, atraída por la noticia, propagada como reguero de pólvora, costando trabajo digo, que el criminal saliera ileso de las acometidas del pueblo indignado.

La pobre niña fué llevada al Hospital.



No recuerdo qué pena se impuso al albéitar, ni si la niña murió.

Hago memoria, de que duró mucho tiempo su curación; de que corrieron de mano en mano relaciones

manuscritas de los tormentos, de que en el espacio de meses, fué víctima *la niña emparedada*; de los móviles del crimen; y aún creo que, de las imprentas de Aparicio ó Santaren, salieron romances, que vendían los ciegos.

Valladolid, pueblo muy morigerado, se conmovió profundamente con tan horrendo hecho, que fué el objeto de las conversaciones en todas partes.

Badajoz-Abril de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, de 1.º de Mayo de 1894.)





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.

COSTUMBRES.—TIPOS.

VIII.

DEDICADO Á LOS NIÑOS DE VALLADOLID.



Los juegos y las distracciones de los niños, en aquella ya lejana época, eran de una sencillez y de una inocencia primitivas.

La pelota, convirtiendo en trinquete ó frontón, la primera pared que encontraban; el trompo, en cualquier plazuela de buen piso, constituían las delicias de la niñez vallisoletana.



Para jugar á la pelota, el sitio preferido era los muros de la Catedral, en el casi callejón, que iba de la

calle del León (de la Catedral) ó de la Obra, que de esto no estoy seguro, á la Plazuela de Santa María ó de la Universidad.

Tener una pelota, forrada de ante ó de gamuza, con una sola costura, y que botara mucho, ¡qué deseo tan grande! Disponer de un real de vellón, para comprarla, su precio, ¡qué realidad más grata!

Las pelotas forradas de badana, generalmente azul ó verde y encarnada, ó de paño negro, de cuatro costuras, se despreciaban; pero cuando no había más que seis cuartos, que costaban, buenas eran.

El *summum* de la ambición estaba en encargarnos, forradas de ante, mejor que de gamuza, se entiende, á un guarnicionero y verlas hacer.

Comprada la pelota, si se jugaba en pared poco alta, y que siendo la de corral ó jardín, donde no se podía entrar, la pelota *se iba y se la tragaba la tapia* ¡qué desesperación, y qué «adios mi dinero!»

Sesenta años más tarde, cuando el juego de pelota está haciendo furor y hay *pelotaris* de oficio, que ganan miles de duros, y aficionados á verlos jugar, que apuestan grandes sumas, es curioso el caso *legal* que pende de la Audiencia de Bilbao, y de que habló EL NORTE DE CASTILLA, el 18 del pasado mes, á saber: que la empresa del frontón de Deusto ha demandado al arrendatario de una huerta colindante, por negarse á entregar las pelotas que caen en dicha huerta.

Lo *cual* que sucedía muy á menudo.

Veremos qué sentencia se dicta, (1)

\*  
\*\*

---

(1) No la he visto publicada, ni ha vuelto á haber otra noticia de este caso de *pelotarismo legal*.

Con el trompo, no había esos inconvenientes.

Parecerá exageración lo que voy á decir, y sin embargo, es una verdad.

Trompos, peones ó peonzas, como las que hacía un tornero, que tenía su taller, lindando con el Oratorio de San Felipe Neri, calle de Teresa-Gil, no he vuelto á verlos, ni tan bien concluidos, ni que *bailasen, zumbasen, cantasen y durasen* tanto tiempo, como aquellos.

El tornero á que aludo, era un verdadero *artista*, de cuyo obrador no salía objeto, de los muchos que su oficio abarcaba, que no fuese una perfección.

En los trompos empleaba madera de haya ó de encina, muy seca y curada; pero los trompos preferidos eran los de encina, porque pesaban mucho y señalaban más los *calcos* en los trompos destinados á recibirlos en una de las variedades del juego.

Las cuales eran dos: la una, consistía en «echar suertes entre los niños que jugaban, para ver el que tenía que poner su trompo en el suelo; se trazaba una raya circular, de una vara de diámetro; se echaba en el centro el trompo y todos los demás niños «tiraban á darle»; el que no le «daba», perdía, y en castigo, su trompo era el destinado á sufrir aquella especie de *servidumbre de oneris ferendi*.

Había *calco*, que dejaba marcado un hoyo, producido por la púa del trompo, que llamaré «dominante», siguiendo el símil de la *servidumbre* y aplicándolo á lo de «prédio dominante y prédio sirviente», del Derecho y del Código civil.

Había *calco*, también, que rajaba el trompo vencido.

La otra variedad del juego, que era de «interés», de jugar á «dinero»: consistía en trazar, como en el

juego del *calco*, un círculo en la tierra, y en poner en el centro, una pieza de uno ó dos cuartos.

Se tiraba el trompo por turno, según el que la suerte había designado: y para ello se hacían «bailar» los trompos de todos los jugadores; ganando, para que tirara primero, el trompo que, «durase» más, y luego, por el orden de «duración» relativa.

Dos lances tenía la jugada; uno, sacar, con la fuerza y el golpe del *calco*, la moneda del círculo, la cual era para el niño que la sacaba; el otro lance, llamado «del riesgo», se reducía á tomar del suelo en la mano derecha el trompo «bailando», y á dejarlo caer para dar con la púa en la moneda, ó á darle el golpe con un lado del trompo, cuando éste «se moría».

Este segundo lance demostraba menos habilidad, pero el resultado era el mismo para ganar.



Las monedas que servían para esta variedad del juego, estaban llenas de *calcos*; tal era la fuerza de algunos tiradores, que casi agujereaban las piezas de cobre de los «cuartos» y de las piezas de «dos cuartos», procedentes de la fábrica de moneda de Segovia, que eran las que por lo general circulaban más, en unión de los ochayos, segovianos también, y no morunos, pues en aquellos felices tiempos, no había entrado en España esta *riqueza* de Marruecos, aunque sí, existía la de los ochavos «roñosos».



El tornero de que he hablado antes, hacía las púas, de hierro, cilíndricas, anchas en la punta y algo convexas, muy bruñidas para que presentaran pocos

puntos de contacto y, evitando así el rozamiento, no perdieran la fuerza los trompos, «al bailar».

\*  
\*  
\*

Se completaba el «artefacto», con la «chapa»; una planchuela, igualmente de hierro, que el mismo tornero fabricaba y ponía, mediante el precio de «dos cuartos», haciendo en ella un agujero de menos orificio que el que ocupaba el cilindro de la púa, para que ésta no se hincase en la madera del trompo.

Estaba bien calculado todo, en cuanto á la perfección del juguete.

Para que «bailara» más rápido y más tiempo, era indispensable una cuerda de guita muy retorcida y que no se blandeara; de largo suficiente á rodear la mitad superior del trompo; uno de sus cabos se destorcía para que se agarrara á la púa, mojándolo antes con saliva, de cuya poco limpia operación resultaba llenarse de tierra la boca de los jugadores, en cuanto habían tirado una vez ó más, porque el cabo barría el suelo; en el otro cabo se ponía un redondel de suela, sujeto con un nudo; el redondel se metía por el dorso de la mano derecha, entre los dedos anular y meñique, y así no se escapaba la cuerda al tirar el trompo.

Cuando no estaba bien liada la cuerda, el trompo, en vez de *bailar* de púa, *bailaba* de lado ó de «coronilla,» y á ésto se llamaba «rabiarse.»

\*  
\*  
\*

La época de este juego era el otoño; y el de la pelota el invierno; las horas, despues de las de «escuela» «ó de estudio» de los dómynes, y casi siempre por la tarde; con lo cual se sobrentiende que los aficionados

á ambos ejercicios de gimnasia, no pasaban de los doce años y no habían empezado «á ir á la Universidad» y á ser yá medio «hombrecitos,» «y casi personas formales».

\*  
\*\*

La pelota y el trompo constituían lo que hoy llamaríamos *sport* infantil; y por la destreza que en él demostraban los pequeños, cabe decir que rendían culto á la *Euritmia*; palabreja, que significa, en una de sus muchas acepciones, «habilidad», pulso, destreza en el manejo de cualquier objeto, sea de juego, sea de oficio ó de arte».

Y basta de pelota y de trompo, puesto que, para demostrar que he retrogradado á la edad de los niños, harto he escrito.

Llegará su turno, cuando pase de las cosas del año 1835, á hablar del primer Juego de Pelota que hubo en Valladolid y que se construyó en la calle del Río.

\*  
\*\*

En todo caso, voy apuntando y adelantando recuerdos, que me sirvan de guión para mi agradable trabajo, que desearé sean estímulo á quien pueda y quiera hablar de las cosas pasadas de Valladolid, con más competencia que la mía.

Badajoz-Abril de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 3 de Mayo de 1894).



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.

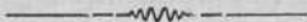


COSTUMBRES:—TIPOS.



IX.

LA TORRE DE LA CATEDRAL Y LA  
GIRALDA DE SEVILLA.



EN todo tiempo, la delicia de los niños, en Valladolid, era ir á la Cuesta de la Maruquesa, para desde su cima ver *la ciudad al revés*.

Fatigosa la subida, y más si había humedad en la atmósfera, porque se pegaba á las suelas del calzado la tierra gredosa de la cuesta, haciendo que cada pie pesase mucho, se empleaba en la ascensión media hora larga

Una vez en la cumbre, el descanso era, colocarse los niños, y aún las personas mayores que les

acompañaban, con la cabeza hácia abajo, entre las piernas, vueltos de espaldas á la ciudad.

Y se la veía al revés, siendo la base, la veleta de la torre de la Catedral; al cabo de algunos segundos de tan violenta postura, parecía que la torre y las demás torres y el caserío bailaban en el espacio, produciendo mareo; alguna peligrosa caída y hasta rodar desde la cima de la Maruquesa, podía ser el resultado de aquel vértigo de la altura.

\*  
\* \*

El recuerdo de la torre de la Catedral de Valladolid, me suscita otro; el del desplome de la torre, aunque entre la época á que hasta ahora me he referido—1834—y la de aquel lamentable suceso, pasaron siete años: pero viene á cuento lo que voy á decir, detallando, hasta con pesadez.

\*  
\* \*

La torre de la Catedral, que era conocida en tierra de Valladolid con el nombre de «la Buena Moza», se desplomó á las tres de la tarde del 31 de Mayo de 1841, segundo ó tercer día de Pascua de Pentecostés, apenas terminada la hora de coro.

Lo que se desplomó fué, desde la parte superior de los llamados «cuatro vientos», donde estaban las hermosísimas campanas, entre ellas la muy sonora del reloj.

Se dijo que lo derruido era lo fabricado por el arquitecto que sucedió á Herrera, que fué el autor de los planos del templo y el que había dirigido las principales obras.

El estruendo que produjo el desplome de la torre, fué como si se hubieran disparado muchos cañones á la vez; y la ciudad y las habitaciones de las casas se vieron envueltas en densísima nube de polvo, casi impalpable, pero que axfisiaba.

Una gran parte de las ruinas cayó á plomo sobre la capilla del Sagrario, destrozando su bóveda; y los sillares y los escombros de otra parte de las mismas ruinas, cegaron el cáuce del río Esgueva, en el trayecto de todo el lado derecho de la Catedral.

La gente de Valladolid, consternada por espacio de muchos días con la pérdida de *su torre*, atribuyó á milagro varios hechos, ocurridos momentos antes, y á consecuencia del derrumbamiento.

\*  
\*\*

Un capellán de la Catedral, sobrino del Deán, estaba encargado de cuidar del reloj de la torre; tenía la costumbre todas las tardes, terminado el coro, de subir á la torre para dar cuerda al reloj y ponerlo en hora, y así lo hizo la aciaga tarde del 31 de Mayo de 1841.

Instantes despues de haber bajado de la torre y de haber salido de la Catedral, donde ya no había persona alguna, ocurrió el desplome.

El campanero, que, con su mujer, tenía por habitación un cuarto inmediato al campanario, observó un movimiento de trepidación y la caída de pequeños trozos del techo de la habitación; por intuición é instinto, fué á refugiarse bajo uno de los arcos de los *cuatro vientos*, y en aquel momento mismo, ocurrió el hundimiento, quedando ileso el campanero.

Su mujer tuvo la desgracia de caer entre las ruinas de aquella inmensa mole de sillares, campanas,

maderas y hierro; porque es de saber que, con motivo de haberse cuarteado la torre, años antes, á causa de haberla herido un rayo, fué reforzada con grapones ó barrotes de hierro, que abrazaban sus ángulos.

Como digo, la mujer del campanero, envuelta en las ruinas, cayó con ellas en la capilla del Sagrario.

Se supo en Valladolid tan tremenda noticia, apenas fué conocida la de que se había hundido la torre.

Acudieron inmediatamente al sitio de la catástrofe las autoridades civiles y militares, con tropas de la guarnición para acordonar todo el edificio, y con una brigada de presidiarios, los cuales, por aquella época, extinguían sus condenas en el convento de S. Pablo, que estaba convertido en presidio.

Los arquitectos, maestros de obras y muchos albañiles, con sus herramientas, acudieron también.

Con grave riesgo penetraron en el templo las autoridades para conocer la extensión del siniestro en lo interior; vieron que, aunque destruida la cancela de hierro de la capilla del Sagrario, el arco de ésta se hallaba practicable en parte; con un valor á toda prueba y saltando por encima de las ruinas, entraron y vieron asimismo, que la capilla se hallaba completamente obstruida, en muchos piés de espesor, por los escombros.

Oyeron ó creyeron oír quejidos, y suponiendo que quien los daba era la mujer del campanero, acordaron en el acto que, para lograr salvarla, los presidiarios, dirigidos por los arquitectos, y en unión de albañiles, empezaran á descombrar con mucho cuidado.

Tan peligrosa operación, se verificó sin ningún contratiempo; pero hubo que suspenderla á las doce de la noche para que descansaran los trabajadores, los cuales aseguraron haber oído más distintamente lamentos de persona humana.

Al ser de día, se reanudaron los trabajos, y á media mañana, descubrieron los operarios la extremidad de una saya de mujer, entre una viga y los escombros; entónces no les quedó duda de que la mujer del campanero estaba viva, porque, aunque con voz muy débil, pedía socorro.

Ansiedad indescriptible se apoderó de las autoridades y de los arquitectos que presenciaban y dirigian los trabajos.

Se redoblaron las precauciones para desenterrar la viga, que era de enorme grueso; desembarazada un tanto de escombros, fueron vistos, no sólo vestidos, sino cabellos de mujer aprisionados entre la viga y los cascotes; para facilitar los movimientos de la desgraciada, se cortó con tijeras las ropas y los cabellos descubiertos; se continuó descombrando y, á medida que el trabajo avanzaba, se pudo notar que la viga presentaba un declive bastante pronunciado, por lo que, la operación se encaminó á apreciar, de abajo á arriba, si la punta de la viga tenía algún punto de apoyo.

No salió fallido el cálculo, puesto que el madero estaba en contacto con una de las paredes de la capilla, en ángulo, y formando hueco, en plano inclinado.

Hecho tan importante descubrimiento, se procedió á descombrar, de arriba á abajo, la parte de viga, que estaba todavía enterrada, y el resultado fué ver que el extremo inferior de la viga, descansaba en un montón

de piedras gruesas y que no había temor de que hiciera movimiento.

Guiados los trabajadores por la voz de mujer, que, yá se oía más cerca, fueron sacando escombros para agrandar aquel espacio y llegar al sitio deseado.

El éxito coronó la operación, porque se vió que la viga estaba también allí en el aire; reconocido el hueco con las manos y con luces, aparecieron más ropas, y un pie, pero lo mismo el cuerpo de la infeliz, que los vestidos, sujetos entre la viga y los materiales derruidos.

Un esfuerzo mayor en el trabajo y las precauciones, y la víctima estaba salvada.

\* \*

Acabada de descombrar la viga, hubo necesidad de cortar de nuevo con tijeras, el resto del traje y del pelo, para sacar de aquella tumba á la mujer del campanero.

Y se logró, y estaba viva, pero ¡en qué estado!

Casi idiota, sin poder hablar; pero por fortuna sin un araño.

¡Había estado treinta horas, bajo la inmensa mole de las ruinas de la torre!..

La viga que resistió aquella «gran pesadumbre», la salvó.

\* \*

Cómo pudo suceder que el madero cayera, en vez de perpendicular, diagonalmente, formando ángulo con la capilla, apoyada en una de sus paredes una punta, y la otra hincada en los escombros que cubrían el suelo; cómo, que mujer y viga fueran

precipitadas desde la enorme altura de lo desmoronado de la torre y entre aquella avalancha de piedras sillares, siendo la viga sostén y al mismo tiempo escudo salvador; cómo se obró tal prodigio, tal milagro, nadie, ni aún los arquitectos, pudo explicárselo.

Repuesta de la horrible impresión sufrida, las primeras palabras que habló la mujer del campanero, fueron para decir:

«Cuando volví en mí, sin saber lo que me había pasado, y me ví enterrada en vida; cuando noté que no podía moverme; que estaba ciega y con la boca llena de polvo, hasta ahogarme; cuando me convencí de que nada me dolía; cuando oí golpes que retumbaban sobre mí; cuando supuse si sería para sacarme de aquel sitio; cuando los gritos que creía dar no eran contestados, porque yo nada oía, como no fueran los golpes; cuando, despues de no sé cuantas horas, los golpes se pararon; cuando nada volví á oír, creí que Dios me había abandonado».

Estas palabras de la pobre mujer, se repetían de boca en boca por todo Valladolid; durante más de un mes estuvo gravísimamente enferma en una casa particular, en donde también el campanero pasó larga y peligrosa enfermedad.

Si no recuerdo mal, marido y mujer vivieron después muchos años.

Quedaban, descombrada que fué la catedral, grandes peligros que arrostrar; el del reconocimiento de la torre y el de derribar lo que apareciera ruinoso.

Ningún arquitecto, ningún maestro de obras, ningún albañil, se atrevían á acometer la empresa.

Así pasaron bastantes días, hasta que un presidiario se prestó á hacerlo todo, siempre que se le indulgase del tiempo que le faltaba de extinguir su condena.

Fué aceptado el ofrecimiento; se construyeron por el mismo presidiario, andamios y aparatos, y Valladolid entero vió á aquel hombre animoso y valiente, suspendido en el espacio por fuertes correas, trabajar con la piqueta, durante algunas semanas, hasta que llegó á asegurar que lo que había quedado en pié de la torre estaba firme y en disposición de que se reconstruyese todo lo que se había desplomado.



Tal es el penoso relato que, del hundimiento de la esbelta torre de la Catedral de Valladolid, me han permitido hacer los recuerdos que conservo, al cabo de los 53 años transcurridos; relato, que no creo discrepe mucho, del que haya hecho, en su historia de la Ciudad, D. Matías Sangrador y Vitores, como testigo presencial; y lo digo en hipótesis, porque nunca he tenido ocasión de leer el libro escrito por mi paisano y amigo, á quien ví por última vez en Madrid, en ocasión de ser él Fiscal de la Audiencia de Oviedo, en cuya capital falleció, sino estoy trascordado.



¿Quién hubiera creído que la torre de la Catedral de Valladolid, toda de piedra sillería, no iba, por su solidez, á desafiar la acción de los siglos?

Y sin embargo, vino, cuando se desplomó, á ser una de las que, según el poeta,

«Y muchas que desprecio al aire fueron,  
á su gran pesadumbre se rindieron».

• • • • •  
Construida en 1595, ó años después, era digna de que, en cada uno de sus cuatro frentes y en su parte más elevada, se hubiera esculpido cada una de las cuatro palabras *Turrís Fortísima Nomen Dei*, que ostenta la Giralda de Sevilla; monumento de arte, que se construyó el año mil de la era cristiana, por el moro Heber.

La torre de nuestra Ciudad, con haber tenido 500 años menos de existencia, no alcanzó la que, y tégala mientras el mundo sea mundo, tiene la famosa Giralda, orgullo de los sevillanos, y admiración de cuantos la ven.

• • • • •

\* \*

La diversión de los niños en Valladolid en subir á la cuesta de la Maruquesa *para ver la ciudad al revés*, objeto de las primeras cuartillas de este artículo, me ha hecho escribir lo que no pensé, al comenzarlo, y por eso ha salido largo.

Otros vendrán que sean cortos.

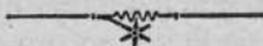
Badajoz-Abril de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA del 20 de Mayo de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



X.



AS labores de las señoras en Valladolid, los años 1830 á 1834, eran de utilidad y de adorno ó recreo.

Entre las primeras, además de las de costura en ropa blanca, nueva y usada, figuraba la de hacer media y calceta, porque en aquellos tiempos estaba poco generalizado el punto de telar.

Los calcetines para los hombres, apenas si se conocían; de modo que las medias, supliéndolos, hacían el gasto, con las inseparables ligas, de cinta de lana en colores.

Había señoras tan duchas en el manejo de las agujas, que hacían á la vez un par de medias; saliendo una de ellas algo más pequeña que la otra.

Esta fabricación casera, con preferencia, de hilo blanco, pues el de algodón se empleaba poco, abastecía á todas las personas de la familia, para la primavera, verano y otoño; y para el invierno, las medias eran de lana, también blancas y hechas en las casas.

Como todo se satiriza en el mundo, el hacer media, se ha dicho que es labor de holgazanas!

De los hombres, que los había que no usaban medias, porque, aunque fuese no muy limpio, lo permitía el calzado de botas de campana, casi hasta las rodillas, por debajo del pantalón, podría haberse dicho lo que Vital Aza, sesenta años después de los á que me voy refiriendo, dijo en la conocida cuarteta de retruécano:

«Muchos hombres en el mundo,  
llevan desnudas las piernas;  
unos, por falta de medios,  
y otros, por falta de medias».



La economía doméstica que resultaba de *fabricar* las señoras las medias y las calcetas, estaba llevando al límite del no gastar, porque, en muchas casas, el hilo, primera materia, se *hilaba* por las mismas señoras.

Al efecto, compraban por mayor el lino en rama; lo rastrillaban, separaban de él la estopa, y hecha esta selección, ponían manos á la obra, con la rueca y el huso.

Era cuestión de lujo, que el huso y la rueca fuesen de maderas comunes, ó finas, tales como el ébano;

y había husos, de hueso y marfil, con prolijas labores é incrustaciones, á todo lo cual acompañaba el rogador para moldear sobre la «roca ó castillejo»—que así se llaman—de la rueca, el copo de la estopa y del lino, y para facilitar el trabajo de la mano izquierda, y de sus dedos, que preparaban el retorcido, más grueso ó más delgado, que luego el huso, *al bailar*, convertía en hilo, con el movimiento adecuado de la mano derecha.

En los rocadores había también lujo, según que estaban bordados con sedas, lentejuelas, trocitos de espejo y otros primores, generalmente de monjas, las cuales, como agradecimiento, por las tareas de chocolate que se les regalaban, proveían de los susodichos rocadores, alternados con escapularios, á las familias que frecuentaban el trato de las «siervas del Señor», distribuidas en los quince ó más conventos monjiles que en Valladolid había.



En la operación de rastrillar y de hilar, las madres de familia tenían de ayudantas á sus hijas y á sus criadas, así como en la operación subsiguiente de devanar y aspar lo hilado.

Cuando había yá muchas madejas, se entregaban á las lavanderas para que las blanqueasen; de ellas se elegían las destinadas á hacer medias, y la mayor parte, á lo que se llamaba «echar una tela».

Según el grueso y la finura del hilo, se calculaba el que había de servir para hacer telas destinadas á sábanas, camisas, mantelería, toallas, servilletas, de dibujo llamado «gusanillo», rodillas para la cocina, etc.; y pasaban las madejas á los tejedores, muy

numerosos en Valladolid, y todos con telares en sus domicilios.

El «echar una tela», labor habitual de las mujeres y de las hijas de los labradores, lo era de las del «señorío», como he dicho, y con ello lograban, á la vez, una economía no despreciable, entre hacer telas caseras, ó comprarlas en «los comercios» de lencería.

De seguro que en la actualidad no hay casa alguna donde se hile, ni casi se haga media, ni calceta, porque *el mundo marcha, se afina*, y se han dado al olvido muchas buenas costumbres; lo cual, inspiró, sin duda, hace cuarenta años, á Luis de Eguiláz, en su hermosa comedia *Verdades amargas*, aquellos dos versos:

«La sociedad adelanta.  
¡Dios salve á la sociedad!

\*  
\*

Con la media, la calceta, el coser y el hilar, *promiscuaban* las señoras y las señoritas de Valladolid otras labores; y fué la primera, entre las primeras, hacer petacas de pita.

¡Cómo se desarrolló esta moda desde 1830 á 1832!

No había casa, donde no se hicieran petacas á destajo.

Las señoras, para sus maridos; las niñas crecidas, para sus papás; las mismas niñas, para sus novios; lo cual, es decir, tener novio, se llamaba ser «obsequiadas».

La pita, en hebra blanca, del grueso de un alfiler, flexible y resistente, se iba adaptando á unos moldes cilindricos, de madera, y de figura de mano de mortero, en la parte con que se maja; los moldes eran

dos y tenían el tamaño que hablan de tener las dos piezas de la petaca: estaban redondeados en sus extremos, para dar la forma al fondo de ambas piezas.

El *furor petaquil* estaba extendido en toda España, y, como el de todas las modas, procedía de Paris.

El incomparable Bretón de los Herreros le ridiculizó, con su «difícil facilidad», en su inmortal *Marcela*; poniendo en boca de *D. Timoteo*, y dirigidos á su sobrina, la protagonista de la sin par comedia, estos versos, al verla haciendo una petaca:

«Según parece, es de moda  
esa labor, ó tarea  
entre las damas; ó sea...

Pero dí, ¿no te incomoda  
esa mano de mortero  
en la tuya delicada?  
¡Qué moda tan desairada!  
No llega al mes de Febrero».

Advirtamos, que la *profecía* de Bretón, era á un plazo muy breve, porque *Marcela* se estrenó en el teatro del Príncipe de Madrid el 30 de Diciembre de 1831; de modo que á «la labor, ó tarea» de las petacas de pita, les dió de vida sólo un mes, y «no embargantes» la profecía, ó el vaticinio, ó la predicción, ó el horóscopo, «la labor, ó la tarea» de petacas de pita, duró, ó *duraron*, lo menos hasta 1834.

Y los versos, con ocasión de la «moda desairada», durarán lo que dure la hermosa lengua castellana.

Ó lo que es igual, que Bretón, inmortalizó las petacas de pita, aunque yá no se halle una para un remedio, ni para modelo, si la «deidad voluble y caprichosa» vuelve á ponerlas de moda, como ha vuelto á

poner las mangas «de jamon» y las hombreras, que hoy privan, en los vestidos de señora.

\* \*

Los bordados en cañamazo, eran otra «labor ó tarea» en Valladolid, hace sesenta años, y desde los pájaros, de formas y colores inverosímiles, á los perros de aguas, recorría la fantasía *bordadutriz* toda la escala ornitológica y zoológica, para decirlo todo de un golpe.

Entreverando, las señoras se ponían el mandil y echaban una mano á las cosas de cocina y á hacer dulces de almíbar, con frutas, para llenar muchos tarros, que siempre eran pocos, atendido el consumo de por las tardes, á la hora «de beber», con, ó sin frailes convidados, como dije en uno de mis primeros artículos.

Y vean los lectores por donde me resulta que dejé algo trasconejado en el capítulo de las cosas de comer; algo muy *sustancial* (sin b).

Esto me ocupará en las próximas cuartillas.

Badajoz-Mayo de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA del 9 de Junio de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



### XI.

**A**SIENDO por los cabellos del cerquillo de los frailes, la ocasión, deparada al terminar el artículo precedente, á propósito de cosas de comer, no debo pasar en olvido una costumbre que tenían los capuchinos de Valladolid, creo que de tiempo inmemorial, y de la que puedo certificar, con referencia á los años 1830-34.



Las familias, en cuyas casas «entraban» de visita los reverendos, se valían de ellos para que confesaran

á los niños, en cuanto estos cumplían los siete años de edad.

La confesión era por la tarde; y para animar á los pequeños á que «dijeran sus pecados», los frailes les daban un puñado de pasas, de que siempre estaban repletas las holgadas mangas de sus hábitos; y tengo para mí que elegían esta fruta seca, porque sus palitos despiertan, según se dice, la memoria, tan necesaria, en el trance de una confesión, y más, si el *confesando era primerizo*.

Arrodillado el niño ante el confesonario, el capuchino le iba preguntando, por los mandamientos de la ley de Dios, los pecados que contra ellos había cometido.

Terminado el acto, el capuchino cogía de la mano á su hijo de confesión, para que se le pasara el miedo de haber visto, tan cerca de su carita, las pobladas y luengas barbas del confesor y para que se convenciese de que, fuera de los hábitos y las barbas y las sandalias, el que le había confesado, era un hombre como los demás.

Bueno es hacer saber que, en aquella época, sólo llevaban barbas los gastadores de los regimientos; y bigotes, los militares y los voluntarios realistas; por lo que, las barbas, y más, las de capuchino, eran muy *respelosas*.



Iba diciendo, que el fraile, con el niño de la mano, se encaminaba á la portería del convento, donde esperaba la familia á que la confesión acabara; de la portería, pasaba el grupo á un refectorio, que había fuera de clausura.

La ocasión y el momento de devolver, fineza por fineza, las de los chocolates de por las tardes, eran llegados.

El agasajo de los capuchinos consistía en unas célebres tortillas, de igual tipo y sabor que las de yerbas, ó á la francesa, posteriores con mucho á la exclaustración de los frailes (1), y en una chanfaina; guisos y condimentos ambos, las tortillas y la chanfaina, en que tenían fama los capuchinos de Valladolid, como cocineros de primera.

Será lástima que se haya perdido la *receta* de la chanfaina, que era bocado para chuparse los dedos.

No sé si en el *Diccionario de la Cocina* de mi amigo Angel Muro, estará la supradicha *receta*, ni si habrá hablado de ella en sus *Conferencias Culinarias*; en la duda, allá van los *simples* que entraban en el *compuesto*, de nombre castellano, *Chanfaina*.

Menudillos de aves, cabrito ó cordero, en una salsa, de color verdoso, muy espesa y apetitosa, constituían el plato capuchino; cómo se guisaba, no lo sé; recuerdo, sí, que me dí de él buenos hartazgos, las muchas veces que, en compañía de mi nunca bastante llorada inolvidable madre, me confesé en el convento; y ahora, que hable Angel Muro, y *dé ó invente la receta* de la chanfaina.

La *caldereta* de los pastores de Cuenca y Extremadura, se parece algo; pero las *reminiscencias* de mi paladar, me dicen que, entre ese *algo*, y el *todo*, de la chanfaina de los capuchinos de Valladolid, hay la

---

(1) La exclaustración se llevó á cabo en España por virtud de los reales decretos de 25 de Julio y 11 de Octubre de 1835; de 8 de Marzo de 1836 y de la ley de 22-29 de Julio de 1837.

diferencia, en el olor, el sabor y la visualidad, que de las trufas á las criadillas de tierra, pongo por caso; es decir, que no existe punto de comparación, por ser dos cosas distintas, y unas solas y verdaderas asaduras de cabrito, cordero y aves.

••

Ya que me ha dado hoy por parodiar el *catecismo* de la doctrina cristiana, al hablar de cosas de comer, cocinadas en conventos de Valladolid, no he de pasar en silencio, porque sería «una omisión voluntaria» penada por la ley... de la gastronomía y de la *golosinería*, los sin rival bizcochos de *Santa Clara*, que hacían las monjas de esta orden, y que vendían en su convento, á seis reales la docena.

Regalar un cajón, de seis ó doce docenas, de bizcochos de *Santa Clara*, era el mejor obsequio que en Valladolid podía hacerse, así fuese al personaje más encopetado y de «más campanillas» de Madrid.

Las monjas de San Quirce hacían un dulce, llamado *de Cambray*, que también vendían en su convento, á seis reales cada tarro, y que era «cosa rica».

\*•

No todo lo que regalaban los frailes capuchinos era agradable á los niños.

Con las pasas, las tortillas y las chanfainas, alteraban las disciplinas de canelón retorcido, y los cilicios, de malla metálica, con puntas, para que se clavaran en la cintura y á raíz de la carne.

El regalo de las disciplinas y los cilicios tenía por objeto que las madres, en momentos dados, «metiesen miedo» á sus hijos; pero acontecía, que los niños,

como los pájaros de la vega, acostumbrados á ver los cilicios y las disciplinas, acababan por convertirlos en juguete, pasado el *efecto moral* de la primera impresión.



Voy á cerrar este artículo, con un apéndice á las cosas de comer.

Por primavera, se hacía en Valladolid mucho consumo de requesones y cuajadilla, para uno de los postres en la comida de las dos de la tarde.

Desde media mañana, se oía por las calles, el grito de «¡la requesonera! ó el de ¡cuajadilla fresca, fresca cuajaila!

Las vendedoras, entre grito y grito, daban este otro: «¡allá voy, muchachonazas!»

Era, contestando á las personas que llamaban para comprar.

Los requesones y la cuajadilla de Valladolid, *in illo tempore*, merecen una pequeña descripción.

Las lecheras, que por la mañana temprano vendían, por las calles también, leche de ovejas—la de cabras no era muy apetecida,—al despachar á los parroquianos, echaban, además del cuartillo ó la cantidad que se compraba, y por vía de regalo, un chorreón, á lo cual llamaban «echar el gallo».

Llevaban la leche en cántaros de hojalata, y los cántaros en aguaderas, en el lomo de burros, ó de burras, cuya *importante* distinción de sexo, no es para olvidada.

Las mismas aguaderas, servían para los requesones y la cuajadilla; sólo que cada requesón, iba dentro de un molde de barro, cónico, de cuatro dedos de

alto; y de ancho, poco menos que la palma de la mano; el molde tenía un agujero en el hondón; la vendedora soplabá en el agujero para que el requesón cayera en el plato ó cacharro del comprador.

Los moldes, boca abajo sobre paños blancos de lienzo, iban en hilera, y á medida que se desocupaban, los metían unos dentro de otros las requesoneras, formando pirámide, y á las aguaderas con ellos, hasta el día siguiente.

La cuajadilla, en barreños, y en las consabidas aguaderas, se despachaba, sacándola con un cucharón de madera, casi plano, y echándola en el plato ó fuente, que la criada de cada casa bajaba al portal, al oír los susodichos gritos de «¡la requesonera! *cuajailla* fresca, fresca *cuajailla*».

En cuanto las lecheras habían acabado de vender, era cosa de verlas sentarse de un salto, sobre el rabo del burro, ó de la burra, diciendo: «¡arre, burro, *mialo!*» y salir con él á escape, á modo de caballista de circo, cuando, con el caballo, en pelo, más que sentado, va pegado á las ancas.

Y ese alarde de agilidad y de equilibrio, le hacían igualmente las mujeres que llevaban yeso á las obras de Valladolid, una vez descargados los sacos.

Los chicos nos *pirrábamos* por asistir á tales espectáculos callejeros, y por gritar, con toda la fuerza, de nuestros *gañotes*—así se llaman, en castellano— «Un burro lo trae, y ciento se lo llevan».

¡Qué primitivo y qué de una ciudad del «antiguo régimen», era todo lo que he referido!

De aquella ciudad, tan del interior y tan aislada, como el Valladolid de 1830-35, al Valladolid de hoy, que podría llamarse cosmopolita, por ser el centro de

una red de ferrocarriles y un emporio de comercio y de industria, ¡cuánta diferencia!



En mis siguientes artículos hablaré de la higiene; de los *vertederos* antihigiénicos en el Esgueva y, como contraste, del Canal de Castilla, principio de la transformación y del progreso de Valladolid; y así pasaré, del año 1835, á los posteriores, con lo que verá el que leyere.

Badajoz-Mayo de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA del 28 de Junio de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN

COSTUMBRES.—TIPOS.

### XII.

LA HIGIENE.—LOS BAÑOS.



La higiene, como palabra técnica de la Medicina, y como precaución sanitaria, era completamente desconocida en Valladolid, los años 1830 y siguientes.

Lo único en que se echaba de ver *algo*, estaba en que, por la mañana, á primera hora, barrían las calles los presidiarios.

Pero, á la misma hora, y de nueve á diez de la noche *iquale orrore!*

En Valladolid, no había alcantarillas, que arrastraran las aguas sucias; no había, ni podía haber escusados en las casas.

¿Cómo evitar los focos de infección?

Para explicarlo, no hay más remedio, que emplear algunos nombres, que están en el *Diccionario* de la Lengua Castellana, aunque sean poco cultos, mal sonantes y peor olientes.

Y aunque Cervantes, Quevedo y otros grandes escritores de la Edad de Oro de la literatura pátria, emplearon esos nombres muchas veces en sus libros, hoy, al oírlos, ó al verlos escritos, la pulcritud, asomando á los lábios, exclama: «¡qué porquería!»

\* \* \*

Como no había, según he dicho, cuartos escusados, retretes, comunes,—ya solté uno de aquellos nombres *precitos!*—en las casas, había que suplir falta tal, con cosa *precisa, necesaria, secreta.*

La *olla*, desempeñaba un gran papel, en las primeras horas de la mañana, y en las de las nueve, en adelante, de la noche.

Las criadas de las casas, *cargaban* con la *olla*; la cubrían con un paño blanco de lienzo; se la ponían, *abrazada*, con el *brazo* izquierdo, en la cintura, ó sobre la cabeza, y emprendían la marcha, en dirección al vertedero más próximo, de los muchos que tenía el río Esgueva, en varios sitios de Valladolid, para arrojar, á sus no muy limpias aguas, aquélla, aún menos limpia carga.

Los vertederos eran, una *tribuna*, con barandillas, de dos á tres varas de ancho, que avanzaban, hasta el centro del Esgueva, para hacer más fácil la *operación...*

El *aroma* que envolvía á Valladolid, durante dichas horas de *limpieza*, traía, á la memoria, las palabras

de *Don Quijote á Sancho* en la aventura de los batanes: «Apártate tres ó cuatro allá, que hueles, y no á ámbar».

\* \* \*

En algunas casas, las inmundicias, se depositaban en los corrales, y en un hoyo, hecho en el suelo; medio, tanto más asqueroso, cuanto más permanente y cuanto más ocasionado á inficionar la atmósfera de todo un barrio.

Y menos mal que, de un modo, ó de otro, se desahogasen las viviendas, porque, en calles apartadas del centro de la ciudad, no era infrecuente oír abrir con estrépito una ventana, y un «¡agua vá!» que pueden suponer los lectores *lo que quería decir...*

La higiene, lo repito, *brillaba* por la ausencia de su aparición en Valladolid.

Y ausente continuaba, todavía, en 1847.

\* \* \*

Lo que antecede, pide *un lavatorio* en agua pura y cristalina; y para ello, nada mejor que hablar de los baños que había en Valladolid, pero que no funcionaban más, que de 1.º de Julio á fin de Agosto; y en rigor y por costumbre, de «Virgen á Virgen», ó sea, de la del Cármen á la de la Asunción.

Las Casas de Baños, de la Puerta de Tudela, llamados, *de Diana*, y los de Santa Clara, cerca de la Puerta del mismo nombre, atraían gran concurrencia.

Los de lujo, eran los primeros citados.

Para tomarlos con comodidad, y sin tener que «aguardar vez», en la Sala de espera, se abonaban los

bañistas á un número determinado, en cuyos billetes, estaba marcada la hora del baño.

Los cuartos, espaciosos; las tinas, de piedra, de una pieza, muy limpias y relucientes; y el agua, abundante y cristalina, que salía de dos grifos, para la fría y la caliente, excitaban á zambullirse.

Después del baño, se iba al jardín del establecimiento, donde, cenadores cubiertos de enredaderas y emparrados, de espesas hojas, convidaban á respirar un aire, relativamente fresco, para ser el rigor del verano, aquellos días.

Allí, había sillas y mesas; y por la módica suma de un real de vellón, se tomaba un vaso de leche de vaca, recién ordeñada, con un bizcocho de Santa Clara; tan esponjoso que, si se dejaba un rato dentro del vaso, *el bizcocho se bebía toda la leche*; y, al morderlo, gozaban los ojos y el paladar, porque el bizcocho, de una cuarta de largo, y grueso, más de lo que la mano podía abarcar, presentaba una corteza blanca y tersa: y por dentro, así como celdillas, color de oro, las cuales, empapadas en la leche, daban un dulce, que no empalagaba.

Y he descrito los nunca bastante ponderados bizcochos de las monjas de Santa Clara, de Valladolid, llenando el vacío, que dejé en el *Solaz* anterior.

\*  
\*  
\*

Los Baños del río Pisuerga, que se colocaban en casetas cubiertas de esteras, arrancando del centro de las Moreras, no se establecieron hasta el año 1832, sino me engaña la memoria.

El primero *que los puso*, fué un carpintero, de apellido, Vaamonde, ó Bahamonde, que tenía su taller;

en la Plazuela de las Angustias, casi frente á la calle de las Damas.

El tal carpintero, hombre muy ocurrente, á lo Manolito Gázquez, el sevillano famoso, asistía á una tertulia que, durante el día, se formaba en la amplia tienda del gran molino de chocolate—aun no se llamaba entonces, «fábrica»—de la propiedad de D. Juan Manuel Fernández Vitores, alcalde años adelante, de Valladolid, y una de sus más exímias personalidades.

El molino de chocolate, y la tienda, estaban en la planta baja; y en el entresuelo, con grandes rejas, de la histórica Casa del Almirante, número 1, frontera á la Iglesia de las Angustias, y «recayente», como se dice en Valencia, es decir, esquina á la calle de las Damas (1), donde, por las señas que dá EL NORTE DE CASTILLA, está, ahora, la Administración de este periódico.

A la tertulia del Sr. Fernández Vitores, concurría el carpintero Bahamonde, quien, en todo tiempo, vestía una chaqueta de bayeta amarilla.

Interpelado, un día, para que explicara por qué sus Baños del Río estaban cubiertos con esteras, contestó en el acto:

—Pues para que todas las mujeres que vayan á ellos parezcan Magdalenas.

El carpintero Bahamonde, estaba viudo.

Una noche, al retirarse á su casa, y al pasar por delante de la Iglesia de la Antigua, le salió al encuentro un amigo suyo, envuelto en una sábana, y, deteniéndolo, le dijo, con voz cavernosa:

---

(1) En la casa, número 7 de esta calle, nació, el 8 de Abril de 1824, para decirlo todo.

—¡Bahamonde!—Soy el alma de tu mujer, que estoy penando en el Purgatorio, porque no me mandas decir una misa.

—¿Sí?—Pues dame la peseta, respondió Bahamonde, aludiendo á lo que una misa costaba, y siguió su camino.

Sería interminable, contar todas las anécdotas de Bahamonde, el carpintero, porque su boca, era un saco de gracias, de malicias y de chistes.

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Junio de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 11 de Julio de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



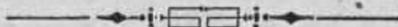
SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.

### XIII.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS.—LOS GI-  
GANTONES.—VAGAS ENMAROMADAS.



El mes de Mayo era, en aquellos años, de muchas fiestas religiosas, y de romerías.

La primera, el 13, día de San Pedro Regalado, Patrón de Valladolid.

La víspera, por la noche, había iluminación en la calle de la Platería, y todos los balcones lucían colgaduras.

En la casa primera de la izquierda de la calle, vivían unos comerciantes catalanes, de apellido Vidal,

que colocaban en sus balcones, y bajo dosel, un retrato, de cuerpo entero, del Santo Patrón, rodeado de hachas de cera.

Era noche de bullicio y alegría, aquella.

Este recuerdo me trae otro, que prueba el espíritu de intolerancia de entonces.

En la planta baja de la casa que he citado, y á la entrada de los Portales de Especería, tenía su vivienda y su taller de hacer peines, un alemán, que se decía era protestante, y á quien la gente llamaba «el judío».

La noche, víspera de San Pedro Regalado, aquel inofensivo industrial, se marchaba de su casa, huyendo de los insultos y de las amenazas de que, en años anteriores á 1830, había sido objeto.

¡Cosas de los tiempos y del atraso de España!



El día 15, romería en la cuesta y en los altos de San Isidro, que comenzaba el 14.

También eran noches y días de gran algazara y de mucho bailar, al són de la dulzaina y el tamboril y de violines y guitarras.

Valladolid se despoblaba para ir á la ermita de San Isidro.



Los años que caía el *Corpus* en Mayo, cerraba esta festividad la série de las del «mes florido».

No recuerdo si, el 36, ó 37, coincidió el *Corpus* con el día de San Fernando; aquel año, salió la efigie del Santo Rey de su capilla de la Catedral, en procesión,

como presidiéndola, según costumbre tradicional, cuando era el *Corpus* el 30 de Mayo.

\* \* \*

Otro hecho y otro día notables, anteriores á 1830.

La procesión salía, y siguió saliendo hasta 1847, de la Catedral—después, no lo sé—á las diez de la mañana; el día á que aludo, al llegar el magnífico *Carro Triunfal* á la calle de Cantarranas, empezó á llover, mejor dicho, á diluviar; la procesión terminó allí, y el *Carro Triunfal*—*Carro Trunfante*, le llamaba la gente del pueblo y las mujeres de «aparejo redondo»—se guareció en el gran portal de la casa, número siete, ó nueve de la misma calle de Cantarranas, y allí estuvo hasta que pasó el aguacero.

En conmemoración del suceso, no sé quién, mandó pintar un cuadro, que representaba ser el *Carro Triunfal*; el cuadro se colocó en lo alto de la pared que cerraba el portal, de frente á la calle, y el año 47 todavía estaba el cuadro en aquel sitio.

\* \* \*

Mientras hubo frailes, los numerosos de los muchos conventos de Valladolid, eran el más vistoso acompañamiento de la procesión, por la diversidad de los hábitos, en color y en forma.

\* \* \*

El día del *Corpus*, se ponía pantalón blanco la tropa del ejército, de guarnición en la ciudad; cubría la carrera de la procesión, juntamente con los voluntarios realistas; suprimidos—los voluntarios realistas—el año de 1833, á poco de la muerte de Fernando VII, y reemplazados por los «urbanos» ó milicianos

nacionales, este cuerpo popular siguió prestando desde entonces aquel servicio.

Terminada la procesión, la tropa de infantería, caballería y artillería, con los cañones, se replegaba á la Plaza Mayor, dando frente al Consistorio, en cuyo balcón principal, se colocaba un altar con la efigie de San Pedro Regalado, de tamaño natural, y de plata maciza, propiedad del Ayuntamiento vallisoletano; en el altar se decía una misa á la una de la tarde, y oída por toda la guarnición y por el gentío, que llenaba la Plaza, las tropas desfilaban y se dirigían, con sus músicas á la cabeza, á los cuarteles respectivos.

Esta era la procesión del *Corpus* en Valladolid, los años de mi relato.

Las calles de la carrera se enarenaban y se sembraban de espadañas, juncia, romero y otras plantas olorosas.

Antes de la procesión, el paseo de todo Valladolid eran dichas calles, y á ésto se llamaba «ir á la carrera».

\* \* \*

La víspera del día,

«más relumbrante que el sol»,

y el mismo día del *Corpus*, como los de todas las grandes solemnidades religiosas, ó cívicas, recorrían las calles, las cuadrillas de «danzantes», capitaneados por la dulzaina y el tamboril.

Los «danzantes», en número de doce hombres y de doce mujeres, ó más, eran hortelanos, casi todos.

Ellas, vestían zagalejos y corpiños, de colores muy chillones y con muchas flores en la cabeza; y ellos, pantalones blancos, cortos, medias también blancas,

alpargatas sujetas con cintas encarnadas hasta lo alto de las piernas; toneletes blancos y fajas y bandas de seda de muchos colorines; mangas con lazos y en la cabeza, dejando al aire la coronilla, pañuelos de abigarrados y llamativos dibujos.

Bailaban el «paloteado», que consistía en hacer pasos de contradanza las parejas, chocando unas con otras los palos cortos, que llevaban en la mano y produciendo golpes acompasados, al toque de la dulzaina y el tamboril.

Era de visualidad y de ruido alegre el tal baile, al cual se unía el repiqueteo de las castañuelas.



Alguna vez completaban esta diversión popular los gigantones, que eran dos, *el rey moro y la reina mora*, y las ochos gigantillas; salían del Consistorio, y se anunciaba su salida con la campana del reloj, que coronaba el edificio, tocando á «reló suelto», como se llamaba al no cesar del toque acompasado y rítmico, parecido al alarmante de tocar á fuego, pero con la diferencia de que el «reló suelto» era para Valladolid la señal de alguna gran alegría, de algún fáusto acontecimiento.



Marchaban delante del gigantón y de la gigantona, el dulzainero y el tamborilero de la ciudad, tocando unos *pasacalles* de indefinible melodía, si es que puede llamarse «melodioso» el sonido estridente y chillón de la dulzaina, por más que este instrumento debió ser el originario del oboe, que en las grandes orquestas, simula siempre ecos plañideros.

Detrás de los dos gigantones, iban las ocho gigantillas, en dos filas, contoneándose con contorsiones ridículas, para hacer reír.

Los gigantones tenían la altura de dos hombres de elevada talla, y proporcionada la cabeza al resto del Cuerpo.

Las gigantillas, de la altura de un hombre, con disformes cabezas, representaban lo más grotesco de la caricatura.

El traje de los gigantones, imitaba vestidos morunos, y con faldamentas que barrían el suelo; lo interior era un armatoste de listones de madera, modelando el cuerpo giganteo; debajo se metía un hombre, cuyos ojos enfilaban una abertura en la delantera de la faldamenta del gigantón y de la gigantona, y de aquí viene el dicho de «ver, como los gigantones, por la...»

El hombre, así embutido, movía y hacía andar, á saltitos, aquella figura.

En las gigantillas, su cabezota, con ojos enormes, se encajaba en la cabeza del hombre que las hacía moverse; de modo que el bípedo, que iba dentro y cubierto con las sayas de cada gigantilla,—cabezuda, ó cabezudo, se llama en Zaragoza—veía, como si llevara puesta una careta.



Los gigantones y las gigantillas, con su aparición en la Plaza Mayor de Valladolid y en las calles principales, producía inmensa algazara; seguían á los diez figurones, turbas de chiquillos, gente del pueblo y no pocas personas serias y formales, de otras clases de la sociedad, que decían encontrar algo filosófico,

y digno de estudio y de meditación en aquella mojiganga...



El *alma* de esta fiesta popular, porque era el que la dirigía y el que había ensayado en un salón del Consistorio lo que en público *debían hacer* los gigantones y las gigantillas; el *Deux ex maehina* de toda la tramo-ya, era un vendedor de la plaza, apodado *Cochinilla*, un *tipo*, por sus ocurrencias, un *factotum*, en todo festejo vallisoletano, que hoy solo esbozo, porque ocupará un lugar muy saliente en algún venidero recuerdo.



Las fiestas que dejo descritas, tenían, cuando «repicaban gordo», con motivo de sucesos extraordinarios y plausibles, su epílogo; el de las vacas enmaromadas.

Los carniceros elegían las más bravas del matadero; las amarraban los cuernos con una maroma, sujeta á las manos de muchos hombres, y tan larga, ó más, que toda la calle de Santiago, porque, estando el matadero á la izquierda del Arco del Angel, salida al Campo Grande, las vacas llegaban á la Plaza Mayor, sitio de *la lidia*, cuando los hombres y la maroma no habían desembocado en aquel circo *cuadrado*.

La tal *diversión* solía ocasionar caídas peligrosas; más peligrosas, por ser el empedrado de la Plaza Mayor de Valladolid, de guijarro puntiagudo; y luego, porque los conductores de las vacas arrastraban la maroma hácia donde veían más gente, para que al huir de las *fieras*, se les enredasen los piés en la maroma misma.

Los *burladeros*, en aquella improvisada *corrida de toros*, eran la Acera de San Francisco; y cuando entraba allí la vaca—sólo una á una, hacía el papel de *miureño*, aunque siempre se *lidiaban* ocho ó diez, para que el espectáculo durase toda la tarde;—cuando la vaca entraba, corriendo ó sin correr, en la Acera, el remolino de los *lidiadores*—todo el Valladolid masculino—y el resbalar de la vaca en las losas, aumentaban la diversión del *público* que llenando todos los balcones, asistía *gratis* á la *corrida*.

\* \* \*

Basta de fiestas vallisoletanas, por hoy; y dejo para su tiempo, y sazón, ó sea, para la Feria, hablar de los novillos y de los toros que, en plaza de verdad, se *lidiaban* en Valladolid, con todos los requisitos del *arte*, y en alguna ocasión, habiendo tenido de jefe de las cuadrillas y de primer espada, nada menos que á Francisco Montes, *Paquiro*, es decir, al *rey* de la *torería*.

Badajoz-Junio de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 21 de Julio de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.

XIV (1).



He ido retrasando, por los tristísimos recuerdos que para mí tiene, hablar de la luctuosa primera invasión del cólera morbo, que convirtió á Valladolid en un inmenso cementerio.

La terrible epidemia se desarrolló en España en la primavera de 1834 y alcanzó su mayor intensidad en el verano siguiente.

Los días 10 al 15 de Agosto fueron de prueba para Valladolid, por la gran mortandad.

---

(1) Este artículo, en su primera parte, debería titularse TRISTEZAS.

Hubo casa, la del marqués de San Felices, entre otras, donde, en el espacio de esos cinco días, murieron, del cólera fulminante, y en horas, después de invadidos, la marquesa, algunos de sus hijos y personal del servicio doméstico, en número de diecisiete atacados.

La casa, que era un palacio, estaba á la izquierda, entrando en la calle de Pedro Barruecos, prolongación de la del Obispo, y frente al convento de los Mínimos, hacía tiempo, medio derruido.

La casa quedó cerrada.

Y en todo lo demás de la calle, no hubo ningún caso.

Como la enfermedad era desconocida por completo y las invasiones eran muchas, los médicos de Valladolid, no fueron bastantes para atender á tanto enfermo, ni aún á los de su clientela habitual.

Muy á menudo se veía á un médico, materialmente asaltado en medio de la calle y detenido en su birlocho, por golpe de gente, que hasta pistola en mano, le obligaba á ir á asistir á los moribundos.

El terror, el pánico que dominó, no son para descritos.

Le aumentó, haberse establecido los «carros de los muertos», que eran una caja grande, negra, sobre cuatro ruedas, en la cual se apilaban los cadáveres, tantos cuantos cabían, para su conducción al cementerio, pues desde el año 1833, sino me engaña la memoria, quedaron prohibidos los enterramientos en las iglesias.

El cementerio, que se estaba construyendo en la huerta del convento de Carmelitas Descalzos, fuera de la Puerta de Santa Clara, se llenó; los nichos, yá

terminados, se llenaron también, y hubo familias, que pasaron por el nuevo dolor, de que tuvieran que ser enterrados en el suelo, los seres queridos, y aún en la fosa común.

El cólera del 1834 fué para Valladolid una devastación.

No pocos de los supervivientes, sentían el desconuelo de que, la falta de medios curativos, había sido causa de las muertes.

Recuerdo que el alcanfor, y el sorbete de arroz y el hielo, fueron los más *heróicos* recursos...



El pueblo, que de todo saca partido, hasta de las mayores calamidades, cantaba, al ver pasar el *carro de los muertos*:

«Arre, que te pilla  
el cólera morbo,  
el que no perdona,  
ni á flaco, ni á gordo».

Y ese mismo pueblo, cuando iba de paseo hasta el Cementerio, se burlaba de unos *versos* que, en tarjetones, había en la verja de entrada, y que decían:

«Aquí acaban placer y vanos gustos  
y principia la gloria de los justos».

«Padres, esposa, hijos tuve;  
á unos y otros los perdí;  
Yá estamos juntos aquí».

. . . . .



De las cosas de la muerte, pasaré á cosas de «hacer por la vida».

Se organizaban—1830-35, y años después,—con mucha frecuencia, comidas de campo, entre las familias que formaban las tertulias.

Los sitios preferidos eran las *Riberas*, próximas á la Puerta de Madrid, ó del Cármen, que estos dos nombres tenía la Puerta monumental, coronada con la estatua de Carlos III.

Cuando las comidas de campo eran en sitios más distantes, tales como la frondosa *Ribera* del célebre y eminente abogado D. Manuel Alday, los excursionistas iban en borricos, que alquilaban á los aguadores de Valladolid.

Muchas veces las jiras se organizaban de pronto, llevando las familias, lo que tenían dispuesto para comer en sus casas; y ésto se llamaba «juntar las comidas».

Cada cual cargaba con los cacharros de su cocina, y recuerdo un matrimonio, yá entradito en años, y que no había tenido hijos, digno, por la especialidad y por lo original del caso, de párrafo aparte.

El tal matrimonio, era la representación de la *disparidad*, en materia de gustos para las comidas.

A *ella* le agradaba que estuvieran saladas y con muchas especias.

*Él*, por el contrario, quería la comida sosa y sin pimienta, clavo, ni ningún otro estimulante.

¿Cómo conciliaron el marido y la mujer gustos tan antitéticos?

Pues muy sencillamente.

Todas las cacerolas, cazuelas, sartenes, cazos y peroles de la casa de aquel matrimonio antagónico y

*antípoda* de sí mismo, tenían una separación en su mitad, que formaba dos compartimientos, ó sea, que toda la colección de trebejos, destinada á ponerse al fuego, para cocer, freir, asar, estaba

«partida por *gula* en dos»,  
que no «por *gala*».

Si eran de hierro, azófar, hojalata, y los compraban hechos, al calderero con ellos, para que pusiera la *pared divisoria*; y si de barro, los mandaban hacer, *de nueva planta*, á los cantareros, nombre genérico de los alfareros de Valladolid.

El marido de mi cuento, hombre de muy buen humor, siempre que iba de campo con su mujer, llevando la comida para juntarla con la de las otras familias, cogía cualquiera de los cacharros de su casa, le enseñaba á la reunión, y, haciendo un discurso, decía:

— «Esta, y señalaba á su mujer, que es «mi parte contraria», no puede ver la comida sosa y que no tenga la pimienta y la sal por arrobas.

»A mí, sólo me gusta, estando muy sosa y sin ninguno de esos «ingredientes»; y para no tener «quimeras todos los días», hace muchos años que todos nuestros cacharros son «de división de plaza», cuyo sistema le aprendí en Madrid, al ver una corrida de toros, en plaza partida, con dos toros, uno negro y otro pio.

»¿Sí?—me dije; pues que la comida de mi mujer, esté negra, á fuerza de pimienta y clavo, y la mía, blanca, por no tener, ni sal, y para ésto, que toda la espetera de mi casa sea de «división de plaza».

Y resultaba, que ninguna de las personas que iban de campo, «juntando las comidas», quería, ni aún

probar la sosísima del inventor de los cacharros, para guisar en ellos, á la vez, con tan diferentes sazón y sabor.

Porque era con lo que terminaba su perorata aquel hombre, tipo de independendencia conyugal, en materias de paladar:

—«Se debe comer á gusto y vestir al uso, y si todo pudiera arreglarse en la vida de tan sencilla manera, no habría tanto matrimonio desavenido por cosas de otro género».

Y tenía razón el buen señor y daba pruebas de ser un filósofo práctico.



Muchas familias mataban cerdos para el consumo del año, y hacían chorizos, morcillas y otros embutidos.

El caldo que resultaba de haberse cocido las morcillas, se llamaba «chichurro», y era costumbre regalar un puchero del mismo, á las personas de mayor amistad.

El chichurro, del color de la morcilla, servía para calar pan en él y hacer una sopa muy suculenta; era á Valladolid, lo que es á Badajoz, la «cachuela», y á Cuenca, el «morteruelo»; pero, aunque de la misma clase, á los efectos del obsequio, completamente distinta, en cuanto á los componentes de guiso tan especial y recomendable.

En el chichurro no entraba más que tal cual trozo de morcilla, que se trasvasaba al cocerse, si la tripa se reventaba, y tal cual picadillo de la sangre del cerdo y de la cebolla, su acompañante; mientras que la cachuela y el morteruelo, que son para comidos con

tenedor y cuchillo, se hacen con los hígados del «animal cerdoso y gruñidor», del cual se dice que se aprovecha todo, hasta las pezuñas.

A propósito de este par de platos, el extremeño y el conquense, diré á mis lectores de Valladolid, que la cachuela y el morteruelo se envían fuera de Badajoz y de Cuenca, en latas estañadas y que se conservan sin alteración mucho tiempo.

Por consiguiente, á pedir latas á algún amigo, allá para el mes de Noviembre, que es el de la matanza, y á devolverle, fineza por fineza, chichurro *enlatado*, aunque no sé si el chichurro resistirá, sin descomponerse, la operación; porque es de advertir, que el morteruelo y la cachuela, en cuanto se enfrían, se solidifican, y que, lo que, en caliente es salsa espesa y coloradota, se convierte, á una baja temperatura, en manteca, que hace de todo ello, una conserva.

Y para comerla, se pone la lata, abriéndola antes, á modo de ostra, «por la persuasión», según la frase humorística, al baño de maría, ni más ni menos, que como se hace al flán.

Y que de esta *receta* tome nota Angel Muro, el *Montiño* de fin del siglo XIX.

\* \* \*

Para terminar con lo que los cerdos («que sin perdón así se llaman») dán de sí, en una de sus *metempsicosis*.

El día 4 de Noviembre, era costumbre en Valladolid, ir por la tarde á comer longanizas y salchichas á Zaratán.

Una verdadera romería, *en honor* del «compañero» de San Antón.

Se armaban bailes en las afueras del pueblo; y los embutidos se comían al aire libre, en el campo y en las calles, donde, en mesas bien aderezadas, servían las mozas del lugar.

Aquel día, el alcalde *abdicaba* en su mujer, si era casado, ó en una parienta.

La *alcaldesa*, revestida de toda la autoridad *edilicia*, y empuñando la vara y cubriendo la cabeza con la montera castellana, recorría, escoltada por los alguaciles, el pueblo, exhibiéndose por todas partes y pavoneándose con las mejores sayas del fondo del arca.

El alcalde, que yá los había en 1835, si alguien hubiese acudido á él para asunto de importancia, habría dicho:

—Hoy no mando yo; mañana será otra cosa, porque «hay más días que longanizas».

Alusión á las que se estaban merendando, y acaso origen del refrán, suponiendo que este fuese más moderno que la costumbre que dejó puntualizada.

Y véase cómo, hace sesenta años, estaba resuelto en Zaratán, siquiera por veinticuatro horas, el problema que hoy se debate, de *si la mujer es apta para ejercer cargos públicos...*

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Julio de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 11 de Agosto de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



### XV.

*El Teatro.—Los faroles de las calles, los de mano y los perros porta-faroles.—Perros ladrones.—Los Carniceros.—Otra vez las ollas.—La Esgueva.—Las tercianas.—«¡Anda agudo!»—El Hospital de Córdoba.—Los tres Califas.—Corralón de la Plazuela del Teatro.—La joven velluda.—El mandril.—Los deshollinadores.*



IR á la Comedia», se decía en Valladolid, el año 1832, en lugar de «ir al teatro»; y así se «echara» una tragedia ó un esperpento cómico, de figurón y de gracioso, á la gente le era igual.

Recuerdo que la primera «comedia» á que fui aquel año, con mi madre, fué *La Atala*, «hecha» por una compañía de «cómicos»—se llamaban así,—y no

«actores», como hoy se llaman,—que me parecieron *sublimes*, en todo lo que «decían y accionaban».....

El teatro de Valladolid estaba, y creo que no ha sido demolido, en la Plazuela del Teatro ó Corral de Comedias, que estos dos nombres tenía dicha Plazuela.

Sus localidades eran, palcos principales y segundos, galería baja, «lunetas», que ocupaban la mitad delantera del patio, pues la otra mitad, en la que se estaba de pie, era la entrada «general» (1) y la famosa «cazuela» (2).

Las lunetas, forradas de badana, amarillenta y muy lustrosa por el uso, hacían el papel de las butacas de los tiempos modernos; y la cazuela el de paraiso de la época actual.

Si mi memoria no me engaña, cada asiento de luneta costaba tres reales, con la entrada inclusive.

Y así, y con las mismas localidades, aunque costando más caras, seguía el teatro de Valladolid, el año 1847.

En 1837 «hubo», por primera vez, ópera en la ciudad del Pisuerga; pero de las óperas que se cantaron entonces, y años después, y de las representaciones que, en 1838 ó 39, dió el gran actor Carlos Latorre, hablaré y con muchos detalles, cuando llegue el turno cronológico, que tengo planeado para estos *Solaces*.

(1) Sólo para hombres.

(2) Sólo para mujeres.

Eran dos localidades, en las cuales estaba prohibida la promiscuidad de sexos.

A las lunetas no iban señoras.

Las funciones, en 1832 y más adelante, empezaban á las siete de la noche y concluían á las diez, que era la hora de cenar; la temporada, en invierno.

Como el alumbrado público se reducía á faroles, alimentados con aceite, y toda su *maquinaria* á una candileja de torcida, y como los faroles eran pocos, las calles estaban casi á oscuras.

Para no dar tropezones en los mal acondicionados cantos del piso, las familias iban al teatro, precedidas del criado que llevaba un farol de dos mecheros y agarradera, de T ó de martillo; las personas «sueltas», se valían de linternas, y no faltaba quien, dueño de un perro de aguas, amaestrado, le empleaba, para que, cogida la agarradera del farol entre los dientes, hiciera el oficio de criado.

El perro salía de la casa de su amo, yendo delante con el farol; al llegar al portal del teatro, tomaba carrera de vuelta, hasta su domicilio; y á las nueve y media de la noche, cogía con la boca el susodicho farol, ladraba, para que le dieran suelta, y emprendiendo á todo correr el camino del teatro, esperaba á la puerta á su amo.

¡Cualquiera se arrimaba al perro, ni á dos varas! Defendía *su presa lumínica*, más que si fuera un hueso..... robado por él; pues había perro *farolero* que, por las mañanas, se convertía en ladrón, yéndose á la Plaza del Peso, para acechar el momento en que los cortadores estuvieran descuidados, y atrapar un buen trozo de carne magra, que presentar como trofeo á su amo, el del perro, que no el de la carne.

No siempre hacía esto el perro impunemente, porque hubo casos en que, el carnicero, avizorando, y

teniendo un ojo en el perro y otro ojo en las tajadas, le soltaba una pesa, de las más gordas, ó lo que era peor, la cuchilla, con la que le abría una brecha en el lomo.



Los faroles, para ir y volver del teatro, llenaban una doble misión, además de la de alumbrar el piso de las calles, cuyo empedrado, de guijarros, nada bien dispuesto, ofrecía peligro de caídas y torceduras de piés; los faroles portátiles, digo, servían para que su luz disipase la densidad de las nieblas invernales, rodantes y «meonas»—«meonas» se llamaban, porque eran una especie de llovizna «calabobos», siempre bajas y que, aun de día, *cuanti ni más*, de noche, no permitían que se vieran los dedos de la mano, merced á las emanaciones de «La Esgueva»—así en femenino, denominaban los vallisoletanos al «aprendiz de río» que, al descubierto, corría por casi toda la «ciudad», siendo sus *esfluvios*, á más de productores de las nieblas, un constante vehículo de tercianas, en sus diversos tipos palúdicos, lo cual daba fama á Valladolid, de ser población tercianaria y cuartanaria; de tal suerte que, calenturas intermitentes, *cogidas* en Octubre, duraban todo el invierno, al contrario de las que acometían en primavera; diferencia, que engendró el refrán de: «tercianas en Mayo, salud todo el año».

La otra misión, antes indicada, de los faroles de mano, para ir, y más especialmente, para la salida del teatro, y de las tertulias, era ver de lejos, para huir, *la procesión de las ollas* á los vertederos de «La Esgueva», descritos en el XII de estos *Solaces*, y evitar «darse de hocicos» con *las procesionistas*, aunque los

*perfumes* que despedían, «daban el ¿quién vive?» al olfato, con las *agravantes de nocturnidad, premeditación y alevosía*..... agravantes y lo diré de prisa y corriendo, que concurrían en los fetidísimos carros de Sabatini, *inventados* por el arquitecto italiano de este apellido, á fines del siglo XVIII, para la extracción de las «aguas negras y fecales» de Madrid; los cuales carros-cubas, *funcionaban* todavía á mitad del siglo que está expirando, en la coronada villa y corte, desde las doce de la noche en adelante, hora también, allí, de la salida de los teatros y de las reuniones.

\*  
\*\*

«¡Anda agudo!», era una frase, una locución, un modismo, exclusivos del Valladolid de *diebus illis*, que querían decir: «¡Aprieta el paso!» y tengo por cosa averiguada que, su origen, fué el de avisar en el momento *preciso* de la invasión de las *ollas*, á las seis de la mañana y á las diez de la noche, en las calles de la ciudad *dominada* por «La Esgueva», á todos los transeuntes para que anduvieran de prisita.

\*  
\*\*

«¡Anda agudo!».....

En Córdoba hay un hospital, llamado de *Agudos*. La primera vez que visité, no há muchos años, la capital del Califa Aderrhaman III y de sus *sucesores* los *Califas*... Rafael I y Rafael II, pregunté si en el hospital mencionado no se admitía más que á los que «andaban agudos» en Valladolid; y la respuesta que obtuve fué que, el tal establecimiento benéfico, debía su nombre á haber sido fundado para la asistencia de las enfermedades agudas, violentas, fulminantes.

Y á la persona que me dió esta explicación, le di yo la del modismo vallisoletano; con lo que, preguntante y *respondiente*, aprendimos una cosa más, en prueba de lo que «ilustran los viajes á tierras ignotas»..... (¡!)

*Ignoto* será acaso, para el Valladolid de hoy, que en la Plazuela del Teatro, había un Corralón, en la acera opuesta á la del teatro, y esquina á la calle Nueva, que de la Plaza Mayor iba á dicha Plazuela, cuyo Corralón se alquilaba para la exhibición de fenómenos.

Entre otros, que ví el año 1834, citaré el de *la jóven velluda*, que tenía la cara y el cuerpo cubiertos de un vello negrísimo y sedoso, á través del cual se destacaban unas facciones muy delicadas y unos ojos, más negros aún que el vello.

He dicho «el cuerpo», y debo rectificar, porque lo único que enseñaba *la jóven velluda*, era el busto, hasta el nacimiento del pecho, los brazos y, de rodillas abajo, las piernas.

El resto de su cuerpo, estaba vestido con un tonelete y unos pantalones anchos, de raso blanco, para que resaltara más aquél vello fenomenal.

La entrada costaba ocho cuartos y un ochavo, y hubo muchas personas del sexo feo, que llegaron á ofrecer una onza de oro—*cada curioso*—por ver enteramente desnuda á *la joven vellosa*; nadie logró su deseo, ni aún algunos médicos, que quisieron estudiarla científicamente.

A poco de la llegada á Valladolid, de *la joven velluda*, se desarrolló el cólera-morbo-asiático; uno de los primeros casos fué dicha joven, quien no consintió que los médicos, llamados á asistirle, la reconocieran,

ni auscultasen el vientre; estuvo enferma de tan aterrador mal, cuatro ó cinco días, al cabo de los cuales sucumbió, y la admiración de Valladolid, hacia mujer tan pudorosa, fué grande, considerando la costumbre por ella adquirida de haberse dejado y de dejarse ver, por el dinero, en todo el mundo, aunque velada por el traje en que he dicho se exhibía.

Con posterioridad, he tenido ocasión de ver mujeres velludas; pero ninguna, tanto, como la enterrada en Valladolid, de que dejo hablado, por lo extraordinario de su sér físico y moral.



De recuerdo en recuerdo, de los años 30 á 35, porque se eslabonan unos á otros, vengo á parar, *sin salir* del Corralón de la Plazuela del Teatro, á los espectáculos que en él daban, y cuyos *actores* eran osos, monos, dromedarios, los muchos piamonteses, que con sus familias, á Valladolid iban en invierno, para deshollinar las chimeneas; exposición de fieras..... mansas, sin leones, ni tigres, de los que hoy se exhiben en los circos; alguno de los osos de mi cuento

«la no muy bien ensayada  
danza, bailaba en dos piés»

que dice, la fábula; los monos hacían sus *monerías* y sobre los dromedarios y sus gibas nos encaramábamos los chicos, para dar un par de vueltas *en la pista*.

Una vez fué con la *menagerie*, un mandril, mono feroz, de nariz encarnada y de poca tranquilizadora catadura, al cual, á pesar de estar muy encadenado, no se arribaba nadie; consistiendo su *habilidad única*,

en comer las castañas y las nueces que se le tiraban y que cogía al vuelo con sus manos.

Los tales espectáculos del circo rudimentario, se verificaban por la tarde; durante la mañana, los piamenteses, con los muchos niños, que eran parte esencial de sus familias, se dedicaban á deshollinar las chimeneas de las cocinas de Valladolid.

*Deshollinamiento*, que será materia del XVII y próximo *Solaz*.

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Julio de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA del 26 de Agosto de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.

COSTUMBRES.—TIPOS.

XVI.



PÉNDICE al artículo XII La Higiene).

Le escribí, — el supradicho *Solaz* — con propósito deliberado de completarle, por medio de *La Tradición Sevillana*, que lleva el ingenioso título de

DON PEDRO I

Y

EL PRIMER DON PEDRO;

juego de palabras, del cual resulta el nombre que, la gente chunguera y chuzona, sin darse cuenta del *por qué*, designa, hace siglos, para *cultificarlo*, al *mueble*, llamado en castellano «sillico», palabra que se halla

en todos los *Diccionarios*, el de la Academia Española, inclusive.

El sillico, llamado hoy «vaso de noche», aun más *cultificado*, era, por decirlo así, el *generador* de la *olla*, cuyo uso, para *limpiar* las casas de Valladolid, desde *ab initio*, hasta el año 1847, y *ainda mais*, describí en mi artículo XII de estos *Solaces*, publicado en EL NORTE DE CASTILLA, correspondiente al día 11 de Julio del año 1894, que puntualizo, á fin de enlazarlo con el de 1364, en que, *computando* fechas y edad, se iba, de noche, á *picos pardos*, por las oscuras, estrechas y laberínticas calles, como siguen siéndolo, de Sevilla, el rey Don Pedro I de Castilla, apodado el *Cruel*, y rehabilitado con el sobrenombre de el *Justiciero*, por nuestro inmortal paisano Zorrilla, en infinidad de leyendas y dramas, uno de éstos, *El Zapatero y el Rey*—primera parte—al cual sirven de texto los incomparables versos, que dicen:

«Por odio y contrario afán,  
calumniado torpemente,  
fué soldado más valiente,  
que prudente capitán.

Osado y antojadizo,  
mató, atropelló, cruel;  
mas, por Dios, que no fué él;  
fué su tiempo quien lo hizo.»

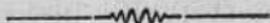
\* \* \*

*Empalmado* mi artículo XII, de *suso* dicho, con la enunciada *Tradicción Sevillana*, también, de *suso* dicha, que es, á la vez, *etimológica*, véanlas los lectores; y de seguro, les place, y la dejan grabada en su memoria.

# Don Pedro I



## el primer Don Pedro.



### TRADICIÓN SEVILLANA.



«Era una clara noche del mes de Julio. El astro nocturno rielaba sobre las tranquilas ondas del Guadalquivir, convirtiéndolas en líquida y refulgente plata.

»Desde el pie de la Torre del Oro, parte una ligera barquilla, llevando en su seno á un apuesto caballero, embozado en ligera capa de encarnada seda, y á un ágil marinero que conduce la pequeña embarcación. A los pocos instantes llegan á la opuesta orilla; el marinero se descubre respetuosamente, y el encapotado personaje salta ligero en tierra y se pierde por las desiertas calles del barrio de Triana.

»Al llegar á una estrecha callejuela, se detiene delante de una casita de pobre aspecto, dá tres palmadas y, con impacientes ademanes, se pone á dar largos paseos á lo largo de la calle.

»Al poco rato vuelve á tocar las palmadas, pero el resultado es el mismo; la gentil dama á quien espera, sin duda tiene el sueño muy pesado y no la despierta aquel ruido.

»Ya lleva el caballero más de una hora de pasear la calle, y en verdad que está cansado sobre manera, pues tal se deduce de esta frase, que se ha escapado de sus labios.—Pues lo que es otra noche, ya me traeré yo un asiento.—No había acabado de decir esto, cuando una vieja de esas que no duermen de noche para averiguar lo que en la calle pasa, asomándose por un ventanucho, dijo: Mi buen caballero, si os esperais un poco, yo os traeré uno; y metiéndose dentro, apareció á los pocos instantes en la puerta de la casa, trayendo en las manos una gran orza, y poniéndola en el suelo, dijo: Señor, como esta es una alfarería y no hay en ella siquiera un tres piés que ofreceros, ésto es lo que he encontrado más propósito para que descanséis.

»El rey Don Pedro, que no era otro el caballero que á tales horas iba á rondar á la bella trianera, aceptó el ofrecimiento de la vieja, y, gracias á él, pudo descansar hasta las tres de la madrugada, hora en que la gentil dama despertó al ruido de las ya estrepitosas palmadas de su enamorado galán.

\*  
\* \*

«A la siguiente mañana, como no hay vieja que no sea parlanchina, todo Sevilla supo la aventura ocurrida á Don Pedro en la pasada noche; y como el carácter de los sevillanos ha sido siempre el mismo, les faltó tiempo á algunos para mandar hacer en la citada alfarería infinidad de orzas iguales á la en que se había sentado Don Pedro, y á las que dieron su nombre.

»Y es fama que los muchos enemigos que Don Pedro tenía en Sevilla, pertenecientes al bando de su

hermano Don Enrique, por vengarse de su contrario Señor y ponerle en ridículo, dedicaron dichas orzas, á uso nada limpio, uso que, según dicen, ha llegado hasta nuestros días.

»Si es este ó es otro el origen de los primeros Don Pedros que se fabricaron en las alfarerías de Triana, yo no os lo aseguro; limitome á decir: *como me lo contaron te lo cuento.*

«EL KAID.»

(*El Tribuno*, de Sevilla, del 28 de Diciembre de 1889).

«*El Kaid*» es el seudónimo con que firmaba todos sus artículos, hace cinco años, el entonces casi niño y estudiante sevillano, Joaquín Alcaide y Zafra, hoy, abogado, oficial del Ministerio de Ultramar, y autor de no menos bellos artículos literarios, publicados recientemente, en *La Correspondencia de España*, el *Heraldo de Madrid* y *La Gran Vía*.

\*  
\*  
\*

Su *Tradicción*, que campea líneas más arriba, da la clave y la etimología del *Don Pedro*; nombre, cuya razón de ser, *es debida, por primera vez*, y como descubrimiento filológico, al citado Joaquín Alcaide y Zafra; nombre—el de *Don Pedro*—que, el vulgo, y el no vulgo, aplicaba inconscientemente, y que yá, está motivado en la aventura nocturna de Don Pedro I, en una de las calles del barrio famoso de Triana, de Sevilla, doblemente famoso, porque, si de sus alfarerías célebres salieron y salen figuras y obras maestras

de cerámica, de todas sus casas brotaron y brotan esas otras *figuras y obras maestras*, VIVIENTES, que se llaman *mujeres*, de tipo árabe, las cuales, á modo de imán, atraen constantemente, ingleses, á centenares, de la propia *Ingalaterra*; y españoles y rusos, y alemanes y franceses, *ni que decir tiene*.....

\* \* \*

El *Don Pedro*, originario de Sevilla, engendró una tradición cubana, que voy á vulgarizar.

Más que *tradición*, fué, y es un hecho que, remon-tándose, casi, á la época de Cristobal Colón, subsistía, á la mitad del presente siglo.

Parece, y digo que «parece», pues no lo he visto consignado en documento alguno, que los alfareros de Sevilla obtuvieron el privilegio de la exclusiva (1) para importar en la isla de Cuba, entre otros artículos de sus fábricas, los *Don Pedros*; y de aquí que, esos *chismes*, fuesen conocidos en la Antilla, con el pintoresco nombre, de... *Sevillanos*.

Cuando sólo había buques de vela—hace la friolera de 70 ó más años—siempre que arribaba á la Habana, alguno, con cargamento de *Don Pedros*, de variada *cabida*, se echaba un pregón, anunciando que el barco *tal*, había llegado con *Sevillanos*, para que los habitantes de la capital de Cuba, acudieran á comprarlos.

Lo cierto es que, todavía, el año 1857, y de ello fui testigo en muchas ocasiones, *si se necesitaba el Don Pedro*, se decía á la *criada de mano*, negra ó mulata, especie de doncella: *Pardita*, trae el *Sevillano*.....

\* \* \*

---

(1) ¡Así lo tuvieran las harinas de Castilla!

Y, véase lo que son las cosas del mundo.

Lo que me falta que decir en este *Solaz*, va á ser la explicación, *genérica*, de estos mis *Solaces de un vallisoletano setentón*.

El buen Joaquín Alcaide y Zafra, tuvo la ocurrencia de publicar, el 12 de Enero de 1893, y de dedicármele, un artículo, en *El Cronista*, de Sevilla, titulado, *El Rey de la Nieve*, de primoroso estilo, en el cual, *minió*, lo que es la vejez del año y el invierno de la vida.

Caer el artículo en mis decrepitas, aunque no temblorosas manos, y *ocurrirme* corresponder á la finura del *dedicante*, con algo, que fuese un,

«si mi fué tornase á es»,

que dijo Cervantes, poniéndolo en boca del hijo del *Caballero del Verde Gabán*, fué instantáneo.

Y nada me pareció menos malo, que *evocar*, POR ESCRITO, POR PRIMERA VEZ, EN MI TAN YÁ PROLONGADA VIDA, los recuerdos de mi niñez, en Valladolid.

Y diciendo y haciendo, borrajé dos artículos, á los cuales, puse por título: *Vejeces, niñadas*.—*Cuando no habia periódicos*.....

Esos artículos, fueron el *desfloramiento* de aquellos recuerdos; aparecieron, en *El Cronista*, antes citado, números del 22 y del 25 del mismo Enero de 1893; y, *si mi hilo vital no se rompe*, formarán parte, *corriendo meses*, de estos *Solaces* (1).

---

(1) Hasta *de ahora*, al corregir, en Mayo de 1895, las pruebas de este Libro, el tal hilo, parece *un cable*, por lo resistente y lo que *dura*.....

En el primero de ellos, publicado el 6 de Marzo del corriente año, (1894), en EL NORTE DE CASTILLA, hice, sobre ello, una ligera indicación.

Pero, el verdadero *salto del tapón*, que *dió salida á las burbujas*, encerradas en el *garrafón* de mi memoria, fué, la noticia, que leí, en *El Imparcial y La Correspondencia de España*, del 1.º y 5 de Diciembre, *al respetive*, de 1893, anunciando que, EL NORTE DE CASTILLA, ensanchaba su colaboración.

Y me dije: «pues voy á solicitar ser uno de los colaboradores».

Y mi carta, del 15 de Febrero de 1894, al señor D. Cesar Silió, director de este periódico, halló tan favorable acogida, que, contestada el 3 de Marzo siguiente, con un, «como se pide», determinó el desbordamiento de los *Solaces*, hasta hoy *dados á luz*, (1) sin que, hablando en verdad, haya yo necesitado de *forceps*, para que el *parto* fuese de *artificial obstetricia*, y para que este *SETENTÓN*, continúe *largando tela*, hasta poner punto final, en las cosas de Valladolid, desde 1835 á 1847.

Y esto, *Deo volente*, será obra de pocos meses.

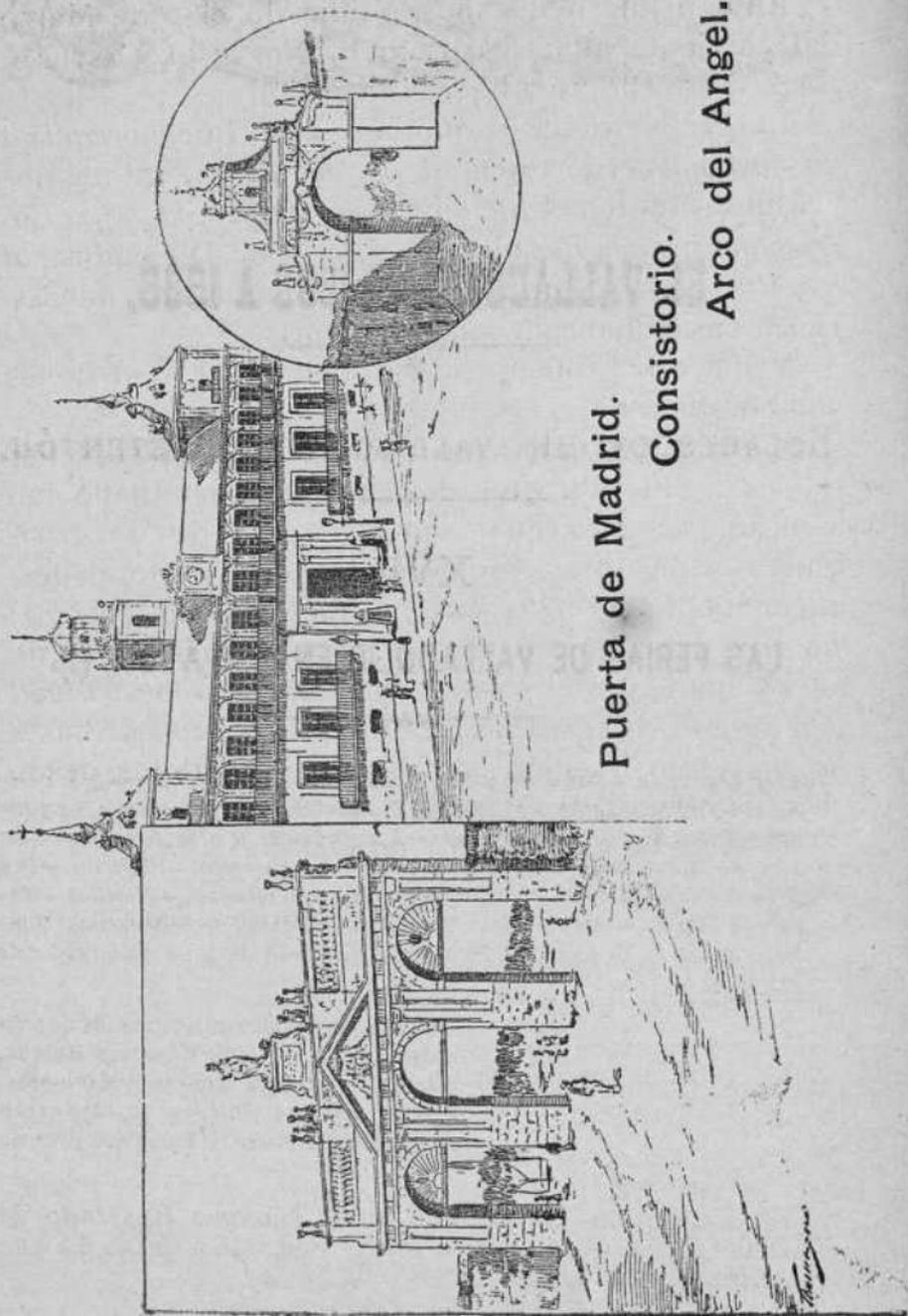
JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Julio de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 1.º de Setiembre de 1894).

---

(1) Y los que *caigan*.



Puerta de Madrid.

Consistorio.

Arco del Angel.



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



### XVII.

#### LAS FERIAS DE VALLADOLID EN 1830 Á 1847 (1).



*Una ley de partida.—San Juan y San Francisco.—Las «cojechas».—¡¡¡Los trigos!!!—Trillos.—Leche, á 17 cuartos, el azumbre.—La cuatropea.—Los gitanos.—Pelos de lobo.—El abigeato.—Los feriantes y «las feriantas».—La torre de la Catedral.—Virgilio.—Bretón de los Herreros.—Platerías.—Don Juan de las Viñas.—Acerolas.—Avellanas.—«La vinagre».—Novillos.—Toros.—Plaza de madera.—Plaza de piedra.—«Cochinilla».—Francisco Montes.—Bailes en El Liceo, El Circo y el Recreo.—Ovidio y un descargador de ladrillos.*

«Onde mandamos que todos los que viniesen á las ferias de nuestros Reinos, tambien cristianos como judios ó moros, é otrosí los que viniesen en otra sazón cualquier á nuestro señorío magüer no

---

(1) Este *Solaz*, se publicó en el *Número Ilustrado* de EL NORTE DE CASTILLA, con motivo de LAS FERIAS de Valladolid, del mes de Setiembre de 1894.

vengan á ferias, que sean salvos é seguros sus cuerpos, é sus aueres é sus mercadurias, é todas sus cosas... é ninguno non sea osado déles facer fuerza, nin tuerto, ni mal alguno».

«E si los robadores non pudiesen ser fallados, (los que robaren á los feriantes) nin los bienes de ellos non cumplieren a facer la enmienda, el Concejo ó el señor so cuyo señorío es el lugar do fué fecho el robo, ge lo deben pechar de lo suyo».

(Ley 4.<sup>a</sup>, título VII, Partida 5.<sup>a</sup>)

### DEDICADO AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID.



¿QUÉ eran las ferias de El Valladolid de 1830 á 1847?

Voy á decir lo que recuerdo de ellas, sin registrar otro *Cronicón*, que el *robinado* de mi memoria setentona.

Las Ferias de esta mi narración, eran dos; las *chicas* de San Juan, el 24 de Junio, y las *grandes* de San Francisco de Asis, el 4 de Octubre.

Las de San Juan, llamadas «de los labradores», se reducían, á la llegada á Valladolid, de las gentes de *tierra de pinares*, constructoras de trillos, bieldos, horcas, horcates, y otros aperos de labranza, como preparación de la siega, la trilla, las parvas, la troj ó las trojes, las paneras, en una palabra, de la recolección de la cosecha, ó de la «cojecha», según nombre, muy castizo, de Castilla la Vieja, en aquellos tiempos.

La Plaza mayor de Valladolid, en la mañanita de San Juan, se convertía en paseo y en mercado de flores,

amén del de frutas de Toro, que se vendían allí, durante el tiempo de las guindas, cerezas, albrichigos, «peras de San Juan», «perejones», peras de agua, de Longuindo» ó «Don Guindo», brevas, ciruelas de mil clases, y en fin, de cuanta fruta «Dios crió», privilegiando, con esta riqueza, las famosas «josas» toresanas.

Antes del paseo por la Plaza Mayor, la gente había estado á oír misa en la iglesia de San Juan, *la antigua*, pues la de la actualidad, veo en EL NORTE DE CASTILLA, que se halla en el templo del que fué convento de las monjas de Belen—Bethleem, para escribirlo... *secundum scripturas*; oída la misa, el «todo Valladolid», que hoy se dice, y que, en 1830-47 no imaginaba nadie se diría, *corridos que fueran diez lustros*, el «todo Valladolid», asaltaba las mesas que, en la Plazuela de San Juan y calles adyacentes, había puestas, para tomar leche de ovejas *sin bautizar*, y recién ordeñada, mediante la *enorme* suma de dos reales, en plata, ó en 17 cuartos, la jarra de ¡un azumbre!, ó de seis cuartos, el vaso de á cuartillo.

Y con ese refrigerio, que aposentaba en los estómagos toda una *vía láctea*, á pasearse por la Plaza Mayor, como más pormenor queda relatado, ó «retahilado», ó «garruleado» que son las palabras que «pegan».

\* \* \*

Las Ferias, por antonomasia, ó la Feria de Octubre, era la que «privaba», y voy á «describilla»—*habla de las mias añoranzas*.

Echaré por delante el dato de que, hasta 1841 ó 1842—no estoy seguro de la fecha exacta—no se

trasladó la feria al mes de Setiembre y al día 17 del mismo; uno de los motivos que para trasladarla hubo, fué que, por San Francisco, llovía todos los años.

Contadísimas las diversiones, el atractivo, puedo decir, *único*, que llevaba gente, era el de comprar y vender ganados de todas clases, y en primer término, mulas de dos á cuatro años.

El rodeo, que más se llamaba «cuatropea», confundiendo esta palabra, que significa el derecho de alcabala y de otros tributos, sobre la compra-venta de caballerías, derecho que fué suprimido por Reales órdenes de 7 de Julio de 1843 y 5 de Diciembre de 1845; el rodeo, digo, Real de la Feria, como hoy se dice, se situaba en el Campo Grande, que entónces era un yermo, sin otras señales de vegetación, que algunos árboles corpulentos, diseminados en aquella vasta extensión de terreno; y además, en el otro Campo, conocido por el nombre de San Juan de Dios, frontero, en su entrada, al Rastro, y en la parte opuesta, dando vista al Pisuerga, y cuyos lados los formaban, á derecha é izquierda, el Colegio de Niñas Huérfanas y el Hospital del mismo San Juan de Dios, con vários edificios, que unidos todos, servían de marcos laterales á aquella cuadrada, *parámica* y extensa planicie.

En ella, estaba la feria de caballerías, exclusivamente, y en el Campo grande la de ganado vacuno, lanar, cabrío y de cerda.

El ganado caballar, mular y asnal, procedía, en su mayor parte, de León, y el vacuno de Galicia.

Daban también su contingente, Palencia, Salamanca y Zamora, y de la provincia de Valladolid, Medina del Campo, Olmedo, La Nava del Rey, La Seca, Rueda, Rioseco, Tordesillas, Portillo y otros pueblos.

Las muletadas era el ganado más numeroso, yá lo he referido.

\* \* \*

Demás es decir que, como moscas á la miel, acudían al rodeo, bandadas de gitanos, atraídas por el cebo del abigeato, en que, tan *maestros* han sido y son estos cuatreros, vulgo ladrones de caballerías; y sería largo el citar las leyes dictadas contra los individuos de tal raza, en lo tocante á su presencia en las fériás.

Y menos mal que, en las de Valladolid, nunca cometieron la fechoría de quemar pelos de lobo para producir los *espantos* y aprovecharse de ellos, para robar caballerías, como más de una vez lo ví en el Teso de Salamanca, durante las fériás de aquella ciudad.

\* \* \*

Los forasteros y las forasteras, de los pueblos antes citados, que iban á la feria de Valladolid, hacían el viaje en carros entoldados y sin entoldar, y á caballo; *ellas*, las buenas mozas, generalmente caballeras en borricos, sentadas, á mujeriegas, en las albardas; y algunas, *las señoritas* medrosas, en jamugas, preservadoras de caídas, si la montura pollina, caballar ó mular, daba un respingo ó un tropezón.

\* \* \*

Durante el camino, los feriantes reconcentraban toda su atención, *por ver*, quiénes de ellos, divisaban antes, la torre de la Catedral—en uno de los *Solaces* anteriores, hablé de la torre derrumbada, largo y tendido—que se columbraba desde dos leguas,

dominando, con su esbeltez, todo el «Valle de Olit», al modo que la ciudad de Roma dominaba, en tiempo de Virgilio, todas las demás ciudades del Pueblo-Rey, según, en elegantísimos versos, dijo el poeta de las Eglogas:

«*Quantum lenta solent,  
inter viburna cupressi*»,

(como entre los cipreses, las mimbreras); versos que, con no menor elegancia, parafraseó, escribió, *tradujo*, en su *Marcela*, Bretón de los Herreros, diciendo:

«Una entre todas domina,  
como suele en los collados  
y entre tomillos menguados,  
descollar gigante encina».

\*  
\* \*

La parte *accesoria* ó *secundaria* de la Feria de Valladolid, era—1830-47—las casetas de madera, que se ponían en las dos aceras de la calle de Santiago y á todo lo largo de la Acera de San Francisco, en cuyas casetas, se vendía paño, telas y los indispensables juguetes para los niños, tales como trompetas, tambores, escopetas y sables de hojadelata, morriones y otros *aprestos de guerra*, muñecos; descollando los articulados «Juanes de las Viñas», y muchas baratijas más.

Había también casetas de platería, joyería y relojería, y alternando con ellas, tenderetes con canastas de acerolas y fresas, avellanas en montón—«avellanas» dicen en Madrid—melocotones, etc., etc., etc.

\*  
\* \*

Y en verdad que, estos adherentes de la Feria, podían haberse excusado, porque Valladolid, *era feria todo el año*, y en sus «comercios»—entonces no se llamaba tiendas, más que á las «de aceite y vinagre», en *femenino*,—*la vinagre*, se decía en Valladolid,—vulgo, abacerías, donde se vendía, además, pimentón, alubias, pajuelas de azufre y algunos otros artículos de consumo general—en sus «comercios», vuelvo á decir, se encontraba de todo lo necesario y superfluo, pues por algo, era mote antiguo de la «Ciudad», el de

«Villa por villa,  
Valladolid en Castilla».

\*  
\* \*

Diversiones.

De 1830 á 1836 ó 37, novillos, á cuerno limpio ó embolados, en la Plaza de Toros, de madera, que se ponía y se quitaba, en el Campo Grande, frente al convento de Filipinos ó al Colegio de Niñas Huérfanas y al Hospital de San Juan de Dios.

Doce cuartos costaba una entrada de tendido; la talanquera ó contrabarrera no tenía maroma, y más de una vez saltaron los bichos al tendido,

«sembrando consternación»,

porque las reses que se lidiaban, del Raso de Portillo, eran muy *saltarinas*.

Las corridas, para las cuales se ajustaba una cuadrilla de toreros, de la que hacía cabeza un diestro—he olvidado su nombre, y sólo recuerdo que tenía el *alias* de *El Frailillo*—las corridas, digo, estaban reducidas á bien poca cosa; á poner en medio de la Plaza dos dominguillos, hechos de pellejos, de los de vino,

inflados, figurando muñecos, y vestidos de mamarracho, con una plancha de plomo en la base, para que, al cornearlos los novillos, quedaran de pié; menos, cuando, al tirarlos por alto, los despanzuraban del puntazo, con lo que, la gente se reía á más y mejor; después de esta *suerte* venía el capeo; á ella seguía el pegar en la frente de los novillos parches, forma rode-te, de piel, adornados con cintas de colores y untados de trementina, para que se agarrasen; y puestos tres ó cuatro parches, salían los cabestros, se llevaban á la *fiera* al toril, y salían otra y otra, hasta seis, y *tutto era finito*, y la *corrida* acabada.

Los trajes de los toreros, como los de ahora; salvo que, en vez de alamares de oro y plata, hacían el gasto, alamares de seda, negros ó de colores, según los de los trajes.



Y aquí, voy á cumplir una palabra, que empeñé en otro *Solaz*, dando nuevos detalles del famoso *Cochinilla*.

Era este mozo—y buen mozo que era—pelirojo, y con patillas de «chuleta»—á la Plaza de toros de Valladolid, lo que á la de Madrid el *siempre jóven* apodado *Buñolero*; tenía á su cargo abrir y cerrar la puerta del toril, y aún «echar alguna suerte» en las corridas de «toros de muerte», de que hablaré en esta ó en la siguiente columna. *Cochinilla* recogía del alguacil, á caballo, la llave *enmoñada* del chiquero; trajeado de torero, pero vestido de tela de algodón gris, galoneado de azul ó encarnado, resultaba un completo botarga, el buen *Cochinilla*, porque se *botargueaba* á lo payaso, y mucha gente iba á los novillos, sólo para ver *trabajar*

á *Cochinilla*, de quien volveré á decir algo más, cuando, en futuros *Solaces*, reseñe los carnavales de mi Valladolid.

\* \* \*

En 1837, si no me hace traición la memoria, se inauguró la plaza de toros, construida con piedra y ladrillo, por Don Pedro Deza, en la plazuela de la Aduana Vieja, frente á la iglesia de San Miguel.

Fué un acontecimiento; y más, porque la inauguración se hizo con los *primeros* «toros de muerte», que hubo en Valladolid, y porque las cuadrillas de picadores y banderilleros, fueron las en que figuraba, como primer espada, el inolvidable espada *Francisco Montes*, quién, á la sazón, estaba en todo el vigor de su juventud y de sus facultades.

No recuerdo de qué ganaderías fueron las reses, aunque me parece que, en alguna de las tres corridas inaugurales, se «echaron» toros del Campo de Salamanca.

Tampoco recuerdo detalles de las corridas de las ferias siguientes, hasta la del año de 1847, en que me ausenté de Valladolid, para no volver, ¡ay de mí!

De lo que sí hago memoria, es de que, el público de los tendidos, cuando los clarines y los timbales daban la señal de la salida de cada toro, cantaba, á gritos:

«Salga el toro del toril,  
que le quiero ver morir  
en la plaza e *Vallault*.»

Y recuerdo, también, que allá, de 1843 á 1847, los organizadores de las corridas, fueron D. Julio Galo-Sanz, abogado y relator de la Audiencia, y D. Mariano

Lefort, el cual, en unión de dos hermanos suyos, tenía un comercio de telas de lujo, para trajes de hombre, en la Acera de San Francisco.

Tales eran las fêrias, en 1830-47.

\* \* \*

Algo, y aun algos, que ya no caben, dadas las dimensiones desmensuradas de este *Solaz* especial, tengo que dejar para otro, que será un aditamento al presente; y en él, hablaré de los Bailes de Fêrias, en el Liceo Artístico y Literario, en el Circo y en el Recreo, tres sociedades, que se crearon, respectivamente, en Marzo de 1842, y en 1.º y 2 de Noviembre de 1844, y cuya historia ofrezco un *diita* de éstos.

\* \* \*

Y por vía de final, *al enviar* á Valladolid estas cuartillas, y, al no llevarlas yo, diré, con Ovidio, en sus *Tristium, liber Primus, Elegia III.*

*Parve, nec invideo, sine me, liber, ibis in urbem. Y... labitur ex óculis tunc, quoque gutta meis».*

¡Porque, siento mis ojos, arrasarse en lágrimas..!

Sin embargo, *me las beberé*, para terminar con una nota alegre, valiéndome de la pintoresca frase del mozalvete, descargador de ladrillos, y declarante en la célebre, por lo horrenda, *Causa de la calle de Fuen-carral*:

«No es lo mismo ir á Valladolid, que hablar con el ordinario».

¡Aquí, para el caso: el «ordinario», soy yo, que quisiera *hacer el viaje*, al Valladolid de mi alma!

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Agosto de 1894.



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.

COSTUMBRES.—TIPOS.

### XVIII.

*Los deshollinadores.—Leña, sarmientos, paja, casca.—Los criados.—Una copla socialista y comunista.—Avanzar cuatro años para retroceder tres.—La Universidad.—La supresión de los manteos de los estudiantes.—An guarinas, capas, chaquetas, levitas, sombreros gachos y de copa.—Exámenes de doctrina cristiana.—Josué y Galileo.—Aire, agua, fuego y tierra.—Los sesenta y tantos elementos.—«Motus est causa caloris.—Don Lorenzo Arrazola.*



A lumbre que se gastaba en las cocinas de Valladolid era, rajas, astillas ó teas de pino y sarmientos; y para «arropar» la lumbre en los fogones, se hacía uso de paja menuda, y de casca de las tenerías.

Se compraban por carros los trozos de troncos, las ramas gruesas, y muy secas, de encina y pino; los sarmientos, la paja y la casca, por cargas.

Las casas donde había criado, entraba éste con la obligación de partir los troncos y las ramas, armado de hacha y cuña de hierro ó de encina, por ser ésta madera más dura y resistente que la de pino.

A falta de criado, se ajustaba con un jornalero la operación de partir la leña suficiente al consumo de algunos meses.

Las criadas, á la vez cocineras, partían los sarmientos, en el momento de encender la lumbre, para que hiciera llamarada y prendiese fuego, pronto, á las rajas y astillas.

La paja y la casca se iban quemando poco á poco y hacían lo que se llama fuego lento.

El humo producido por tan diversos combustibles; el olor que resultaba, sobresaliendo el característico de la casca, convertían las cocinas, en invierno, en el lugar más caliente de las casas y en unas *glorias de tierra de Campos*, al descubierto, aunque no tan confortables como las tales *glorias*, que son las *chimeneas francesas* de aquella tierra feraz y rica, cuando las cosechas son abundantes y no está el trigo por los suelos, como hoy, dado el ínfimo precio á que se vende; sea ésto dicho al soslayo, pero con toda la firmeza de un castellano viejo, que, si no ha sido, ni es, agricultor, se interesa con toda su alma por los agricultores de la vieja Castilla.

\*  
\*  
\*

El humo de que acabo de hablar, al ser aspirado por el tiro de las chimeneas de las cocinas, iba formando el hollín, tan ocasionado á incendiarse; de aquí, la necesidad de deshollinar una vez al año, y de aquí,

la llegada de los deshollinadores á Valladolid, al comenzar el invierno, como dije al final de otro *Solaz*, dejando pendiente el punto.

El deshollinamiento era labor de niños piamonteses, el mayor, de diez años.

Acompañados de sus padres, se presentaban en las casas por la mañana temprano, y cuando todavía no se había encendido lumbre; uno de aquellos pequeños subía gateando, cañon arriba de las chimeneas, para reconocer si el hollin era de mucho espesor; hecho el reconocimiento, descendía, y se ajustaba el precio de la faena, en dos ó tres reales.

Terminado este preliminar, se descalzaba el deshollinador niño; se ponía un mandil de cuero negro, de que iba provisto y que rodeaba todo su cuerpo; cogía en cada mano un rascador de hierro para arrancar el hollin, y *iala!*—ó *ihala!*—se encaramaba, apoyándose en la espalda y en los piés, contra las paredes de la chimenea, hasta llegar á lo más alto del cañon.

Desde allí, daba comienzo á la *rasqueta* y á arrojar al fagon las placas de hollin; á medida que iba deshollinando, se deslizaba hácia abajo, hasta que la chimenea quedaba sin las adherencias producidas por el humo.

Había chimeneas, en que la capa de hollin estaba tan endurecida, que resistía á la acción del rascador; para ablandarla, volvía á trepar *il bambino savoiano spazzamino*, con un cubo lleno de agua, y á fuerza de rociaduras, dejaba limpia de hollin la chimenea, pero ennegrecida.

Vuelta á bajar, y entónces preguntaba á la dueña de la casa:

—*Signora, volete imbiancare?*

Si era contestado afirmativamente, hacía una lechada de yeso ó de cal, que llevaba á prevención, y arriba otra vez, hasta dejar la chimenea.

«*Bianca al par di neve alpina*»,

Como dice una frase del *primo atto de Gli Ugonotti*, la inspiradísima ópera de Meyerbeer.

El *imbiancamento*, costaba una peseta ó seis reales, y la chimenea, con tales operaciones, había quedado *asegurada de incendios*, hasta otro invierno, en que volvía la *tropa* piamontesa, con sus chiquillos, sus osos, sus monos, para hacerlos bailar, chiquillos, inclusive, en el corralón descrito en otro artículo, y en las calles y plazas de Valladolid, al són de la *cornamusa*.

Olvidaba decir, que los pequeños deshollinadores —*Spazzamini*— cuando descendían de las chimeneas, parecían negritos de Angola, y se habían blanqueado —*imbiancato*— resultando figuritas, de mucho *claro-oscuro*, ó como dijo el festivo Villergas, en su *Sarmenticidio*:

«eran de gusto gris, mulato puro,  
es decir, medio blancos, medio negros».

\*  
\*  
\*

De los deshollinadores, que prestaban un servicio invernal en las casas de Valladolid, por los años 1830 á 34, paso á los criados de servir, cuyas funciones eran permanentes.

Estos «enemigos pagados», según la frase de las señoras de aquellos tiempos, eran, generalmente, el criado, la criada «para todo», la cocinera, la doncella y la rolla, donde había niños.

El salario que á cada uno de estos «serviciarios» palabra *superferolítica* del modernismo fin de siglo *gongorizante*, se pagaba, por término medio, era; al criado, 30 reales al mes; á la criada «para todo», 20; á la «asistente», 16; á la cocinera, 24; á la doncella, con obligación de peinar á las señoras, planchar «de liso» y «de fino», entre otras prendas de ropa blanca, las «camisolas» de los señores, de «tablas» muy estrechas en la pechera, (1) como era la moda, ó los fementidos «camisolines», de «lo que vé la vecina»; la doncella, digo, 30 reales y la rolla 16.

\* \* \*

Uno de los temas de conversación en las tertulias y las visitas—en Valladolid, *in illo tempore*, la gente era muy *visitera*—la *comidilla* de las señoras, además del *despellejamiento de las prójimas* ausentes; *de la cortadura del sayo* á la que *caía por su banda*; el—*pitorreo*, palabra sevillana—diré, iba enderezado contra los criados y las criadas y las cocineras, sobre todo, sin perdonar á las doncellas... de labor, las cuales, por lo mismo que desempeñaban funciones más *intimas*, cerca de sus señoras, eran las mas *acariciadas con la tijera*.

A propósito de aquella perdurable y sempiterna murmuración, voy á referir un episodio, que parecerá más propio de la época *dinamitera* actual.

---

(1) Al cabo de años, sesenta, han vuelto las tablas á las pecheras.

Ocurrió que, una noche, entró muy sofocada cierta señora, muy redicha, en cierta tertulia.

Al ver lo demudado de su semblante, las otras señoras *tertuliantas*, que ya estaban reunidas, la interrogaron con un

—¿Qué le pasa á usted?

—Callen ustedes, hijas, contestó: he echado esta mañana á la calle, á mi criada.

Pues ¿por qué?—La preguntaron.

*Figúrensen* ustedes, repuso, que la muy bribona, casi delante de mí, cantó una copla indecente, que ván ustedes á oír:

«Algún día querrá Dios  
que la tortilla se vuelva;  
que los pobres coman pan  
y los ricos coman m...ielgas».

(Otra palabra, más *finalmente* enérgica, pronunció la señora redicha).

—¡Jesús, María y José! exclamaron á coro, las *tertuliantas*.

—¡A qué tiempos hemos llegado!, siguió diciendo la que había echado á la calle á su criada; el «cantar», que acaban ustedes de oír, me sacó de quicio, porque

«la que canta la copla,  
te la sopla».

Y, como, si efectivamente la hubieran soplado con un fuelle, que despidiese aire caliente, empezó á abanicarse con gran furia y estrépito, con el *pericón*, abanico enorme, que entonces estaba en moda.

La copla con que *amenizó* la tertulia, la señora de mi episodio, es decir, del episodio auténtico, que he referido, anunció, con una anticipación de cincuenta ó sesenta años, el advenimiento del socialismo, y el comunismo.

Y fué, sin duda, porque, así como la criada que cantó la copla, habiéndola *aprendido*, ¡Dios sabe dónde! y sintiéndose, *porque sí*, dinamitera del *porvenir*, *por dentro*, á su turno, la señora, tan alzaprimada, se sentiría *burguesa* en su interior, sin darse cuenta de que habían de llegar días en que se descubriera la dinamita, y en que el comunismo y el socialismo hiciesen el *bú* al mundo...

Muchas veces, al cabo de los años mil, al recordar yo la copla del «pan y las m...ielgas», esto último, *en singular*, me he dicho:

—Pues no es tan *fin de siglo* la idea socialista y comunista, por más que, en 1830-35, no se conocían estos *voquibles*, «si que también», como escriben algunos *escritores*, los de «burgués, burguesía», que no están en el *Diccionario nacional* de Dominguez, publicado en 1853, quinta edición, por Mellado, que es un *Diccionario* mucho más completo, que el de la Academia, en la última edición vigente aquel año.

Y es, porque, ni en el orden físico, ni en el orden moral, *nihil novum sub sole*.

\* \* \*

Pero me he engolfado, olvidando que el epígrafe puesto á este *Solaz*, promete, lo que yá, no cabe en él, á no hacerlo archikilométrico.

Quédese para el próximo, lo que falta que es:

«Avanzar cuatro años para retroceder tres», y ello servirá de anuncio, prospecto y *reclamo*, á lo prometido, y no cumplido hoy.

Así como así, «hay más días que longanizas», y no sería el *programa* primero que se llenase, solo á medias.

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Julio de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA del 21 de Setiembre de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



XIX.

*En que lo del epigrafe del «Solaz» XVI, se quedará para otro.—El por qué.—Coches-diligencias.—El Parador de Rojas.—Un Obispo y el cuerpo incorrupto de un santo.—La muerte de Fernando VII.*

**C**ONFIESO humildemente que, cuando me puse á trasladar á las cuartillas los recuerdos de mis seis á mis once años, cuya exacta correspondencia es la del periodo de 1830 á 1835, yo mismo no sabía *de lo que iba á acordarme*.

Como no tenía nada «apuntado en mis apuntes», según dijo un célebre ministro, que no hay para qué nombrar, el año 48 en el Congreso, conté sólo con mi memoria; y ha ido sucediendo que, á medida que las tales remembranzas desfilaban por el papel, y luégo,

aparecían en EL NORTE DE CASTILLA, fui advirtiéndolo, que faltaba el orden cronológico riguroso debido, en fechas y en años, en la relación de los hechos.

Me ha ocurrido lo que á la persona que, al ver un libro mal paginado, no cayera en la cuenta de ello, hasta después de haber vuelto algunas hojas para buscar el hilo de la narración; y, para el caso, el *libro* es aquí lo que estaba dormido y confuso en mi memoria y que *ha ido saliendo*, por el procedimiento de lo claro á lo borroso, de lo conocido á lo desconocido, por olvidado; procedimiento semejante al que resulta de sacar cerezas de un cesto, cuando las que están encima, enganchan á las que se hallan debajo y acaban por sacarlas todas.

Notado á tiempo el *imbroglio*, colocaré, de ahora en adelante, *las cosas en su sitio*, y patentizaré mi involuntario desliz, por medio de un ejemplo.

El epígrafe al *Solaz* XVI, anunció la supresión de los manteos de los estudiantes, que no tuvo efecto hasta poco antes de comenzar el curso de 1834-35; lo que hoy voy á decir, se refiere á 1832-33; por lo tanto, aquel epígrafe y lo que á su continuación *ha de ir*, habrá de quedar para el *XIX Solaz*, puesto que en este XVIII, *non est hic locus*. (XVIII, entonces).



Fuera yá del atolladero en que me habia metido, y puesto que logré salir á campo raso y al camino real, de que me habia desviado, *llevaré á él* los coches-diligencias, que hicieron su aparición en 1832 ó 1833, marcando el progreso, de las galeras primitivas, anteriores á 1830, á las galeras aceleradas, que fueron

en 1831, como el no más allá de la *celeridad* para viajar.



La llegada de la primera diligencia á Valladolid —1832—causó más sensación que la causada en los tiempos modernos por la llegada del primer tren de ferrocarril á cualquier pueblo, donde se inaugurara una línea férrea.

Las gentes acudían en tropel á la Puerta de Madrid y á la de Santa Clara, para ver entrar en la vetusta ciudad vallisoletana las diligencias, procedentes de la Corte y de Francia.

Aquellos enormes coches, arrastrados por diez caballerías; aquel postillón, que era un niño, montado en el caballo ó la mula de la derecha de la cabeza del tiro; aquellas diligencias, con sus cuatro departamentos de, berlina, interior, rotonda y cupé ó imperial; aquellos vehículos, que resultaban de forma elegante y hasta *esbelta*; charolados de encarnado, azul, verde, amarillo y negro; aquel mayoral y aquel zagal, que iban en el pescante, con marseleses, *más vistosos* que los chaquetones de los conductores de las antiguas galeras; aquel postillón, de diminuta figura, llevando en su mano izquierda las riendas de la caballería que montaba, y en la derecha el látigo de corta empuñadura, que hacía res-tallar con chasquidos que se oían desde muy lejos; el mismo postillón, vestido de chaquetilla ribeteada de encarnado, y con botas altas de montar y espuelas; todo aquello, diligencia, tiro, mayoral, zagal y postillón, que era el *timonel* de aquel *barco* sobre

cuatro ruedas; el entrar los coches-diligencias por las calles de Valladolid á galope tendido y desempedrándolas, con ruido ensordecedor, y haciendo saltar chispas el herir de las herraduras de las diez caballerías en las piedras; todo ello, vuelvo á decir, atraía inmenso gentío; hacía que se abrieran ventanas y balcones para ver pasar las diligencias y, durante muchos meses, *el espectáculo* no decayó.

Más.

Hubo personas que hicieron un viaje á Búrgos ó á Madrid, *sólo por ir en diligencia*.



Cuando empezaron á correr tan rápidos carruajes y á hacer sus expediciones, que no eran diarias, paraban, así como sus viajeros, en la posada de la Rinconada, que desde entonces cambió su nombre, por el de, Parador.

Pero, fuese porque no había en él habitaciones bastantes, fuese porque un progreso llama otro adelante, un hombre acaudalado y emprendedor de Valladolid, D. José Rojas, para decirlo todo, construyó de nueva planta, en la Plazuela de Santa Ana, el *Parador de diligencias*. (1832-33).

Soberbio edificio, para aquellos tiempos; de dos pisos, con entresuelo; fachadas á la Plazuela que acabo de citar y á las calles de la Boariza y de Zúñiga; mientras duró la construcción, fué la Plazuela susodicha el centro de reunión de las gentes.

Tuve yo ocasión de ver los diarios adelantos de las obras, porque mi casa era la del número 13 de la calle de la Boariza, desde donde por estar en la acera

opuesta á la del Parador que se construía, se dominaba el trabajo de los albañiles.

Terminado el edificio, le curioseó todo Valladolid. Le estoy viendo.

La única puerta que tenía, en la fachada de la Plazuela de Santa Ana, era lo suficientemente alta y ancha para dar entrada á las diligencias.

El portal, con una escalera de dos ramales para el acceso á los pisos del Parador, tenía el defecto de ser estrecho; á derecha é izquierda, había un andén, de poco más de media vara, cuyos bordes rozaban las diligencias al entrar.

Largo el portal, desembocaba en un ancho patio, con cobertizos, para colocar los coches; inmediatas, estaban las cuadras.

Los viajeros se apeaban en el patio.

En el entresuelo, las cocinas y habitaciones de hospedaje.

El piso principal, destinado á espacioso comedor, más largo que ancho, y á habitaciones también, lo mismo que el segundo piso.

Las habitaciones eran cuadradas, con uno ó dos balcones, blanqueadas con yeso, pues en aquel tiempo no se conocía el papel para revestir las paredes, ni, mucho menos, el estuco ó la escayola.

Las camas, de nogal, y de igual madera las sillas.

El precio, por habitación, almuerzo y comida, en mesa redonda, un duro diario.

La comida y el almuerzo eran abundantes y á la francesa.

El servicio de las habitaciones, camareras burgalesas, santanderinas y vascongadas; camareros, sólo para el comedor y recados.

El Parador de las diligencias, más conocido por *de Rojas*, marcó desde luego una época de progreso en el Valladolid de 1832-33.



Su instalación, y paso, de lo *muy seglar y muy profano* á lo *muy beato*, dió mucho *que hablar* á la gente timorata y apegada á lo *antiguo*, por lo de que el servicio en las habitaciones del Parador, fuese de camareras; y paso, digo, á referir que, con la instalación del Parador de Rojas, coincidiese la llegada á Valladolid del obispo D. José Antonio de Rivadeneira, ó Rivadeneira, que no estoy muy seguro de qué modo se firmaba S. S. I.

Era un hombre joven, buen mozo, muy ostentoso en los hábitos, pectorales y anillos; natural de Galicia, fué á Valladolid, procedente de Roma, donde había estado algunos años, desempeñando el cargo de camarero secreto del Papa.

El palacio episcopal, en 1832 y años después, estaba en la calle de Francos, en una gran casa del general, de la guerra de la Independencia, Longa, quien hizo la guerra, en sus principios, de guerrillero.

El obispo Rivadeneira, llevó de Roma á Valladolid, el cuerpo incorrupto de San Perjeto, como regalo del Padre Santo.

El cuerpo, yacente, con vestiduras de tisú de oro, estaba en una urna de cristal, cantoneada de plata maciza.

Se expuso á la veneración de los fieles, en el templo de las Huelgas, Prado de la Magdalena, y allí permaneció muchos días.

Después, no recuerdo qué fué del cuerpo incorrupto de San Perjeto, ni de la urna que le encerraba.



Reinaba en Valladolid, el año 1833, una paz inalterada; la política estaba adormecida; los bandos de liberales y realistas, habían depuesto sus antiguos rencores; la unión entre las familias de unos y otros era estrecha; yá nadie se acordaba del epíteto de «negros», dado á los liberales, porque se había inaugurado un período de mútua tolerancia.

La muerte de Fernando VII, ocurrida el 30 de Setiembre del mismo año 33, vino á cambiar la faz de las cosas.

Los liberales se consideraron vencedores, y renació su ódio á los realistas.

Don José O'Donnell, á quien dediqué un párrafo en el I de estos *Solaces*, fué reemplazado en la capitania general del distrito de Castilla la Vieja, por el general duque de Castroterreño.

Este cambio de autoridad y los demás actos políticos subsiguientes del gobierno de la Regencia de la reina Cristina, madre de la reina niña Isabel II, determinaron una honda división entre liberales y realistas, entre vencedores y vencidos.

Las señoras de los primeros empezaron á usar, en sus vestidos y adornos, el color «azul Cristina».

Las visitas entre las familias de uno y otro partido, dejaron de ser frecuentes; las tertulias, formadas por las mismas familias, fueron desapareciendo.

Recuerdo que se desarrolló un sistema, llamado «de insultos», de unas familias á otras; y recuerdo más: que en una visita de cierta señora, tildada de

realista, á una señora, cuyo marido era liberal, ésta dijo á aquélla, «cuando seas martillo, da, y cuando seas yunque, sufre», cuya frase produjo una escena violenta.

Una salvedad.

Seré, en adelante, muy parco en mezclar la política en las cosas del Valladolid de 1833 á 1835; únicamente lo *preciso*, para seguir el curso de mis narraciones, porque, sinó, éstas habrían de quedar incompletas...

Aumentó la excitación en los ánimos, una Pastoral del obispo Rivadeneira, algo *subida de tono*, en sentido liberal, que fué muy motejada, por las familias realistas...

Y añado el detalle de la Pastoral, para que las personas curiosas, que deseen conocer las menudencias y las minucias del Valladolid de aquella época, puedan buscar y leer el documento aludido, si es que no tenían noticia de él.

Basta, por hoy, de la excursión que me he permitido en el campo de la política iniciada, con motivo del fallecimiento de Fernando VII.

Política, por ende, que, en medio de sus convulsiones, señaló el principio del engrandecimiento general de España y el particular de Valladolid.

Badajoz-Setiembre de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 4 de Octubre de 1894.)



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.



### XX.

*Repetición de lo que quedó de un epigrafe.—La Universidad.—Los manteos de los estudiantes.—Anuarinas, capas, chaquetas, levitas, sombreros gachos y de copa.—Exámenes de doctrina cristiana.—Josué y Galileo.—Aire, agua, fuego y tierra.—Los sesenta y tantos elementos.—«Motus est causa caloris».—D. Lorenzo Arrazola.—Su Prontuario.—Sus chanzonetas.*

«No es San Lúcas el que mata,  
sinó San Pedro de Alcántara».

«Niña, que á un estudiante  
el alma diste,  
en llegando San Lúcas  
¡tú, que le viste!»  
*(Alicantinas estudiantiles).*



allá voy, para ir terminando el *Valladolid* de 1830 á 1835 y estas *Gacetillas* de la capital castellana vieja, escritas... *al día siguiente* de... los sesenta años, en que estas mismas *Gacetillas*...

*podieron haber sido publicadas*; allá voy, con la Universidad Pinciana, haciendo caso omiso de su historia, anterior á 1834-35.



Años memorables, y más memorable curso universitario, porque, pocos días antes de «abrirse»—el curso—llegó la orden, «de arriba», suprimiendo el uso de los manteos estudiantiles.

Quiero decir, que el Rector de la Universidad, recibió una orden del Gobierno, por la cual, quedó abolido el uso de los hábitos escolares.

¡Orden que, para los *novatos*, cuyo sueño era «arrastrar bayetas», fué un completo descorazonamiento!

Casi todos los *pipiolos*, habían encargado á sus sastres, la sotana y el manteo; y á sus sombrereros, el sombrero de tres picos; algunos de los que, por primera vez, iban á «pisar los claustros», tenían ya los hábitos en su poder, esperando con anhelo el momento de ser aprobados en los exámenes «de latín», en la Universidad, para encapillarse la faldamenta, hecha famosa, por los estudiantes de «la tuna».

¡Gozo en un pozo!

La tal orden fué el aguafiestas de aquel anhelo vehemente.



La especie de *secularización* del cuerpo escolar, por medio de la prohibición de los hábitos, dió al traste con la igualdad de los estudiantes, ante... las bayetas.

Y surgieron las *castas*, de los pobres y de los ricos, con lo que, el refrán, de que, «el hábito no hace al monje», quedó sustituido de hecho, por este otro:

«El hábito hace al... estudiante».

O lo que fué igual; que el espíritu de clase desapareció, porque el escolar, que vestía levita de última moda y de paño finísimo, «tuvo á menos» alternar con el estudiante pobretón, cuyo traje era la anguarina de paño burdo y cuyo calzado se reducía á zapatos de «cornisa», ó «de gordo», como se llamaban los que hacían los zapateros de los soportales de la Plaza Mayor, comprendidos entre las Callejuelas fronteras á los soportales de Provincia, donde tenían sus despachos los escribanos, y delante de los cuales «ponían los puestos» de cacharros las cantareras.

La supresión de los hábitos, iba diciendo, mató la fraternidad de la niñez y de la juventud «docentes» de Valladolid.

Los que, frizando en los once años «entramos» en la Universidad para matricularnos, en Octubre de 1834, en el «primero» de Filosofía, asignatura de Lógica, así como nuestros compañeros de «curso», los grandullones, según que unos ú otros íbamos á cátedra, mejor ó peor vestidos, formamos dos grupos, rancho aparte, y cada *quisque* de cada grupo, decía á sus *similares*: «yo no me junto con ese», aludiendo al que llevaba ropa de distinto corte, y de distinta tela; porque es de advertir que, si los bien trajeados «tenían á menos, tratarse con los de ropa humilde, éstos, sintiendo la mordedura de la envidia, acaso, ó el rubor de la pobreza, huían de los «señoritos» y no querían nada con ellos.

Y si ésto ocurría entre los estudiantes, de «Lógica», que no *habíamos probado* los hábitos, ni sabido cómo había de llevarse el sombrero de tres picos, si sobre la frente ó en *faça*, picos sobre hombros ó

torcido hácia una de las orejas, los estudiantes de cursos más adelantados, para quienes el manteo y la sotana iban á ser yá sólo un recuerdo, «perdieron las amistades» que con sus colegas habían estrechado, cuando el traje talar, común á todos, á todos los hacía iguales.

Ese traje, se completaba con medias negras de lana y calzón corto, ó arremangado el pantalón hasta las rodillas, y zapatos de oreja, con lazos de cinta negra, también ó con hebillas, al estilo de las de los curas, pero no de plata.

La disciplina escolar, la regla de la indumentaria estudiantil, exigía la media y el zapato negros; algo relajadas esa regla y esa disciplina, en los últimos años de los hábitos y de los tricornios, los estudiantes se permitieron desterrar el zapato y la media y sustituirlos por las botas y el pantalón, en todo su largo, y algunos pantalones, con trabillas ó estriberas, que empezaban á estar de moda, como el pantalón «de botín», pero siendo siempre negros los pantalones, aunque fuesen de paño fino ó de paño gordo, fabricado en Santa María de Nieva.

Los hábitos eran, en 1830 y 1833, de tanto rigor para los estudiantes, como los uniformes para los militares; y, prohibido á éstos salir á la calle, vestidos de paisano, aquéllos, tenían que ir siempre, lo mismo á la Universidad, que á los paseos, que al teatro, que á las visitas, etc., con los capisayos escolares.

La *gala* era llevarlos con manchas, rotos y remendados, porque esto demostraba que el estudiante «estaba» ya en «Facultad Mayor»; al revés de los hábitos de los que «andaban», aún siendo *mozallones*, «en Filosofía», quienes los llevaban *nuevecitos* y *flamantes*, por cuya razón, eran llamados «aceiteros», lo cual quería decir, que las bayetas tenían todavía fresco el aceite de la fábrica y que, los que «las arrasaban», habían acabado de «salir del dómine».



Los hábitos, para los estudiantes pobres, eran una economía y un ahorro, porque con ellos cubrían lo raído de la chaqueta y del pantalón; el alzacuello ó corbatín negros, ocultaban quizás, la *ausencia* de camisa, y desde luego, la de cuello; los hábitos estudiantiles, en una palabra, proscribían todo lujo *exterior* en la persona, aun cuando en el seno de sus familias ó en las respectivas posadas y casas de huéspedes, los pobres comieran solamente sopas de ajo y patatas, y los ricos, perdices, gallinas y jamón, á diario; con los hábitos, en fin, los estudiantes, pobres y ricos, eran bien recibidos en todas partes.



La abolición de los hábitos, fué ocasión de que, en los claustros y en los patios de la Universidad, antes y después de la «hora de cátedra»—de «clase», que se dice hoy—se viera en abigarrado conjunto, al lado de la anguarina ó de la capa de paño pardo, la capa azul turquí—único color de las capas de aquella época—de paño, de á cuatro duros vara, con broche y cadenilla de plata, ó con «fiador» de seda, formando trenzas,

con gruesos cordones, y terminando con borlas, que casi llegaban al suelo; se viera, asimismo junto á la chaqueta, la levita negra, azul, castaña ó verde «botella», colores todos de moda entónces; pantalones de paño pardo, *codeándose* con los caros, á cuadros y de otros dibujos, y con los chalecos de terciopelo, los de pana; las cabezas, cubiertas, unas, con el sombrero gacho, de «pelo de burro», y otras, con el de copa, de lustrada seda, de la sombrerería de Ovejero, que era entonces, por lo elegante, lo que años después, fueron la de Leza, la de Fraile y la de Buxó, todas establecidas en la Acera de San Francisco.



Tal mezcla de prendas de vestir, desde que en 1834 quedaron prohibidos los hábitos, influyó sobremedura en la severidad que, fuera de las aulas, desplegaban antes, el rector y los catedráticos, por medio de los bedeles.

Un hecho, entre otros, que podría citar, para demostrarlo.

No estaba permitido á los estudiantes estacionarse en la Plazuela, ni en el atrio de la Universidad, de su fachada principal, ni en la calle de la Librería, á donde daba la entrada del claustro viejo.

Los bedeles, como he dicho, eran los encargados de conservar el órden y de disolver los grupos, para lo cual, los hábitos daban una gran facilidad en el desempeño de aquella vigilancia.

Vestidos los estudiantes como los demás muchachos y como los demás mozos, que no pertenecían á la clase escolar, cuando se acercaban á ellos los bedeles para intimarlos que entraran en los claustros,

eran objeto de burlas, tales, como: «no somos estudiantes».



Los bedeles, y el más antiguo y caracterizado de ellos, Barcenilla, se daban á los diablos, porque se veían desobedecidos y sin la fuerza moral necesaria para hacerse respetar, como en tiempo de los manteos, y resultado; que los estudiantes, indemnes con sus trajes *de paisano*, se salían con la suya, convirtiendo aquella plazuela y aquel atrio en sitios de juegos y de bulla.



El bedel Barcenilla, de bastante edad y de cara de pocos amigos, vestía, á pesar de la innovación de la desaparición de los hábitos, todo de negro, calzón corto y chupa; llevaba coleta del antiguo régimen, tejida con su pelo, que le llegaba á la mitad de la espalda; completaba el tocado de su cabeza, una especie de bonete, sin picos, y su signo de autoridad, era una varita corta, como la de los alguaciles.



Todavía en el curso de 1834-35, los catedráticos tenían la facultad de enviar á la cárcel universitaria á los estudiantes, por cualquier falta.

Durante la hora de cátedra, uno de los bedeles se ponía en la puerta del aula, que quedaba medio abierta, así para estar pronto para llevar á la cárcel á los estudiantes, como para «dar la hora», cuando había transcurrido la de «explicación» del catedrático.

La fórmula, para lo primero, era, decir el catedrático: «bedel, lleve usted á la cárcel á ese ó á esos», y el catedrático señalaba con la mano al ó á los corrigendos.

La otra fórmula: «Sr. Catedrático, la hora».

La cárcel de la Universidad de Valladolid estaba en una habitación de las que, como jefe de los bedeles, tenía Barcenilla, en la casa, propia de la Universidad, lindante con ella, en la calle de la Librería.

La estancia en la cárcel, no pasaba de dos ó tres horas.

\*  
\* \*

Los estudiantes, hijos de Valladolid, teníamos la fama, merecida, por cierto, de desaplicados; los catedráticos nos daban el pintoresco nombre de «naturas»; y cuando no sabíamos la «conferencia»—la lección del día—ni contestar á preguntas de las de días anteriores, lo cual sucedía siempre, los mismos catedráticos nos decían: «menos cera y más luz», aludiendo á nuestro *vicio* de pasear á todas horas, en la Acera de San Francisco.

\*  
\* \*

Por el contrario, los estudiantes forasteros, lo eran *de verdad*, y de los que al llegar fin de curso, no tenían que darse un *calentón*, para salir bien de los exámenes, porque habían estudiado durante todo el curso, y porque no habían perdido ningun día de cátedra.

A nosotros, los «naturas», á quienes nos entraban las prisas á última hora para mal hilvanar las conferencias, con objeto de no quedar al «cursillo» y de

tenernos que examinar en Setiembre, nos decían con mucha sorna nuestros catedráticos, y en latín: *Non oportet studere, sed studuisse*, que traducido, equivalía á un: «haber estudiado antes».



Este latín, que he recordado, trae á mi memoria, que, en el claustro nuevo de la Universidad Pinciana, estaba la entrada á la escalera que conducía al piso principal y sala rectoral; que, sobre la puerta de subida á las escaleras, había la siguiente inscripción, en letras de oro sobre fondo negro: *Sapientia ædificavit sibi domum*: que en el mismo claustro, una de las aulas tenía también sobre la puerta, esta otra inscripción: *Hic matheseos elementa discuntur*, la cual, de tiempo inmemorial, se traducía: «Aquí se descosen los manteos de los estudiantes», por el método del *mocosuena*, *mocosuena*, y que, en el claustro viejo, estaba la cátedra de grados «á claustro pleno», única que existía de dos puertas, sobre una de las cuales campeaba el siguiente letrero: *Hic juris utriusque veneranda palestra*.



He hablado en otros lugares de este *Solaz*, de los estudiantes pobres, casi todos, hijos de labradores de senara ó pegujal; algunos de esos estudiantes vivían en la Cistèrniga, y diariamente hacían el viaje á pié, para asistir á cátedra: tal fué Matías Rodríguez Sobrino, que empezó la carrera, siendo yá entrado en años; y el cual, á poco de haberla concluido, desempeñó varias promotorías fiscales, una de ellas, de Madrid, y que luego pasó á ser oficial de alta categoría, del ministerio de Fomento.

Matías Rodríguez Sobrino, muy estudioso y de mucho talento, puso en acción, para su bien, el *Sapientia ædificavit sibi domum*, porque á su saber debió aquellas posiciones oficiales.

\*  
\*\*

*Me he dormido*, meciéndome en los recuerdos de mi niñez, y al *despertar*, veo que este artículo salió largo; aún me queda bastante que decir de los estudiantes, de los manteos y de la Universidad «vallisotana»—«vallisolena», como hubo quien la apodó— ó «valladolideña», según algun cultiparlante.

El artículo próximo dará cuenta de lo que anuncio, y de lo que ofrece el epígrafe de éste, cuya mitad, será el intróito, el prefacio, el proemio, el «isagoge» —ésto, en griego—de lo que con los estudiantes del Valladolid, de antaño, se relaciona.

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-October de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, de 15 de October de 1894).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1835.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN

COSTUMBRES.—TIPOS.

### XXI.

*Lo que no cupo del epigrafe anterior.—Exámenes de doctrina cristiana.—Josué y Galileo.—Aire, agua, fuego y tierra.—Los sesenta y tantos elementos.—«Motus est causa caloris.—D. Lorenzo Arrazola.—Su Prontuario.—Sus chanzonetas.*

«No es San Lúcas el que mata,  
sinó San Pedro de Alcántara».

«Niña que á un estudiante,  
el alma diste,  
en llegando San Lúcas,  
¡tú, que le viste!»  
*(Alicantinas estudiantiles).*



EL curso universitario «se abría» el día 17 de Octubre, en que la Iglesia conmemora á San Lúcas; ese día, los catedráticos señalaban la «conferencia»—la lección—para el día siguiente, 18, que, según el calendario, es San Pedro Alcántara.

Había, pues, que estudiar «la conferencia», en el libro de texto, el 17, para llevarla «sabida de memoria», á «cátedra», el 18, y para «darla», si el catedrático «la preguntaba».

De aquí la «alicantina» de los estudiantes, atribuyendo al bendito San Pedro Alcántara ser la causa de los «sudores» y de las fatigas, que el apóstol evangelista San Lucas no les había causado, porque él, representaba un día de asueto.

Este día se empleaba, durante la hora de cada «cátedra», en pasar lista el catedrático, leyendo los nombres de sus alumnos, que yá, llevaba apuntados en un librito, de tapas verdes, de bolsillo; el cual libro, era el terror de los estudiantes desaplicados, porque, en él, apuntaba el catedrático las faltas de asistencia y de «no saber la conferencia», y porque, á las quince faltas, «echar rayas», se llamaba, «había perdido curso», según precepto del plan de estudios, aunque el mismo catedrático, oficiando de *tío Pedro*, venía luego con *la rebaja*, las borraba, por misericordia, y abría cuenta nueva.

Al comenzar los días de «cátedra», eran muy puntuales los estudiantes en asistir, para responder, cuando el catedrático leía sus nombres: «servidor de usía», y para «estudiar» al catedrático y «ver cómo las gastaba».

Después de los primeros días y pasada lista, los estudiantes más pequeños, en tonillo miedoso, se dirigían al catedrático, con un «¿me permite usía salir?», que casi siempre era contestado con un: «salga usted».

La salida tenía por objeto evitar «dar la conferencia», si el catedrático se «la preguntaba», porque no «la sabían».

No se pasaba lista todos los días; el momento de pasarla era, en cuanto el catedrático tomaba asiento en el pulpito ó en el sillón de madera, que había debajo de dicho pulpito.

Otra estratagemas de los alumnos haraganes; no entraban en el aula; se agrupaban á su puerta, que, como dije en el precedente *Solaz*, quedaba entreabierta y guardada por un bedel; así, oían si el catedrático pasaba lista; si la pasaba, entraban, y si no, se iban á los claustros ó á la calle, hasta el día siguiente, *en que repetían la suerte*.

Pero había catedráticos tan duchos en burlar tales ardidés estudiantiles, que, para que los haraganes cayeran en el garlito, pasaban lista á la mitad ó al fin de la hora de «cátedra».

Había también catedráticos de la Universidad de Valladolid, que, cuando veían entrar á los *rezagados*, que eran, sin excepción, de la clase de «naturas» (ojo á esta palabra en el artículo anterior) les interpelaban, diciéndoles en són de chunga: *Sero venis, cito vadis, nunquam bonus scolaris*, y acto seguido, les preguntaban la conferencia.

Pero, no por eso, escarmentaban los «naturas».

\*  
\* \*  
\*

Los niños de Valladolid, desde sus ocho á sus doce años, estaban obligados á examinarse de doctrina cristiana, en sus respectivas parroquias, al mediar la cuaresma; la hora designada, era la caída de la tarde.

El párroco, en el centro de la iglesia ó en la sacristía, hacía que los niños se pusieran al rededor de él, y comenzaba á examinarlos.

Voy á referir un lance, que presencié, ocurrido una de aquellas tardes, de la cuaresma de 1835, en la parroquia de San Estéban.

Entre los examinandos, había algunos, conocidos del párroco, y que éste sabía cursaban «Física», segundo año de «Filosofía».

Preguntó á uno de éstos:

—¿El sol se mueve?

—No, señor, contestó el niño.

—Estás empecatado, le atajó el párroco, y no te daré la cédula de exámen—¿Conque el sol no se mueve? ¿Y aquello de Jusué: *Sta sol?*—Estas cosas son las que aprendeis en la Universidad.—Otra pregunta: ¿cuántos elementos hay?

El niño, á pesar de lo cortado que quedó con la repriménda, dijo:

—Sesenta y tantos, que són: Oxígeno, Fluor, Azoe, Selenio, Arsénico.....

—Basta, basta, le interrumpió el párroco, ¿También este error?—No son más que cuatro, los elementos, y vas á verlo con los ojos de tu cara.

Y diciendo, y haciendo, sacó del bolsillo de la sotana, eslabón, piedra de chispa y yesca, y «echó lumbres», ardió la yesca, y entonces.....

—Mira, dijo al niño: los elementos son cuatro; fuego, que es la brasa que ha hecho la yesca; aire, que es el humo que sale de lo encendido.—Aquí una pausa, hasta que la yesca se apagó.—Este polvo negro, que en la piedra de chispa queda, de lo quemado, es tierra; y la humedad que ves en la misma piedra, agua. Los elementos son cuatro, aunque otra cosa te enseñen en la Universidad: fuego, aire, tierra y agua, y nada más. Y te doy la cédula de exámen de doctrina,

por compasión; pero cuidado conmigo, si olvidas lo que has visto...

—

¿A qué comentar, hoy, tales cosas, DE AYER, de un ayer, de hace sesenta años?...

Que el lector las comente, y siga.

\* \* \*

Explicaba Física, en la Universidad de Valladolid, curso de 1834-35, el Dr. D. Lorenzo Arrazola, gloria de aquella Universidad, por su saber; y terror, y á la vez, ídolo de sus discípulos y de todos los estudiantes.

¿Quién no ha tenido ocasión en España de conocer al catedrático «D. Lorenzo», como era llamado entonces antonomásticamente el que, pocos años después, fué ministro de Gracia y Justicia, y en épocas casi contemporáneas de la actual, presidente del Consejo de ministros y del Tribunal Supremo?

D. Lorenzo Arrazola, en 1835, era un maestro severo, y al mismo tiempo, afable y asequible.

Cuando le veíamos sentarse en la cátedra—yo fui discípulo suyo de Física aquel año, y siempre le tuve veneración, y hoy se la guardo profunda á su memoria inolvidable y respetada;—digo que, cuando D. Lorenzo, al sentarse en la cátedra, se ahuecaba su cabello, crespo, que, en forma de «tres potencias», constituía su peinado, nos echábamos á temblar, porque era señal de que iba á estar muy riguroso.

Si al primero á quien preguntaba la «conferencia», no la sabía, entre burlas y veras, le decía:

—¿Qué carrera va usted á seguir?—Porque, según las muestras que usted da, sólo le conviene atender á

este refrán: «Estudiante perdulario, sacristán ó boticario».

Al explicar la teoría del calórico, y despues de profundizarla, terminaba con el siguiente chiste:

—*Motus est causa caloris, nisi in cantimploris*; aludiendo al movimiento de las garrafas para helados.

Y empleaba otras muchas agudezas, por el estilo, que sienta no recordar.



Escribió y publicó un *Prontuario de Filosofia*, en latín muy fácil, y en preguntas y respuestas, que fué el libro de texto para los tres cursos de Filosofia.

Constaba de tres tomos: el primero, la Lógica; el segundo, la Física, y el tercero la Ética ó Filosofia Moral.

Y con dicho *Prontuario* adquirimos algo más que nociones elementales de las tres Ciencias...



Hasta aquí llegan mis recuerdos del *Valladolid de 1830 á 1835*.

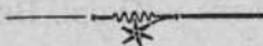
JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-October de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, de 24 de Octubre de 1894).



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1847,

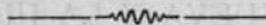


SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.



COSTUMBRES.—TIPOS.

DE BADAJOZ Á MÁLAGA.



XXII.

*Antojo fantástico-humorístico.—Dos periodistas, que escribían antes de haber nacido.—Cartas-artículos-gacetillas.—El Canal de Castilla.—El Esgueva.—La Higiene.*

A LOS SEÑORES

D. César Silió y Cortés y D. Angel Bellogin Aguasal.



MIOS QUERIDOS PAISANOS Y AMIGOS: Si en 1835 hubiese tenido cada uno de ustedes treinta años de edad; si yo hubiese tenido entonces los mismos treinta años; si en 1835, hubiera aparecido el primer número de los periódicos, titulados,

*El Progreso de Valladolid y La Crónica Vallisoletana*, que bien podrían haberse llamado así los primeros periódicos que en aquel año, ya se deseaban, y no había en la ciudad del Pisuerga; si todo ésto hubiera existido, por providencial coincidencia, de fijo, de positivo, de seguro, que los dos primeros artículos de fondo del primer número de *El Progreso de Valladolid*, habrían llevado estas firmas:

CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS.—ANGEL BELLOGIN AGUASAL.

Y ¿cuál hubiera sido el tema de uno y otro artículo?

El de V., Sr. Silió, éste:

#### EL CANAL DE CASTILLA.

El de V., Sr. Bellogin, estotro:

#### EL ESGUEVA Y LA HIGIENE.

Y yo, modesto autor, en 1894, de las presentes *cartas-artículos-gacetillas*, hubiera sido el *gacetillero*, en 1835, de *La Crónica Vallisoletana*, y *habría inaugurado* «mi cometido» con la *gacetilla* siguiente:

«Bien comienza nuestro colega *El Progreso de Valladolid* su vida periodística.

»En su primer número, campean dos artículos »notabilísimos, firmados, respectivamente, por nuestros queridos paisanos y amigos los Sres. D. César »Silió y Cortés y D. Angel Bellogin Aguasal, los cuales han hecho un magnífico alarde de que son y de »que saben ser escritores de empuje.

»El artículo del Sr. Silió, se titula, *El Canal de Castilla*, y el del Sr. Bellogin, *El Esgueva y la Higiene*.

»Tiempo, mucho tiempo hacía, que la ciudad de  
»Valladolid, á pesar de tener dos ríos, el Pisuerga y el  
»Esgueva—¡ojalá no tuviera este río negro!—estaba  
»sedienta de un periódico que, órgano de sus múlti-  
»ples necesidades, de sus adelantos y de sus anhelos,  
»fuese el eco de la opinión pública, hasta hoy, sola-  
»mente manifestada, por medio de las conversaciones,  
»en las tertulias de esta hermosa capital, llamada,  
»con harta razón, «la antesala de Madrid».

»El artículo *El Canal de Castilla*, es un estudio his-  
»tórico de esta vía fluvial, y un resumen de los in-  
»mensos, incalculables beneficios que de ella reporta-  
»rá Valladolid.

»El artículo del Sr. Bellogin, *El Esgueva y la Higie-  
»ne*, un exámen científico acerca de lo necesario que  
»es encauzar y cubrir este río,

»del que me río,

»manantial permanente de enfermedades, entre las  
»cuales, las tercianas y las cuartanas, dan el más nu-  
»meroso contingente de casos clínicos, en especial de  
»la gente pobre, forzada cliente de nuestro hospital  
»general de la Resurrección.

»Saludamos á *El Progreso de Valladolid* y á *La Cró-  
»nica Vallisoletana*; les deseamos larga y próspera  
»vida, con muchos suscritores, y felicitamos á los  
»Sres. Silió y Bellogin, nuestros queridos ilustrados  
»paisanos, por sus oportuniísimos artículos».

\*  
\*\*

Tal habría sido *mi primera gacetilla*; pero, ya que  
en 1835 no pudo publicarse, la publico hoy, al cabo de

sesenta años, que son, como si dijera, AYER... POR LA NOCHE.

\* \* \*

¡Nonagenarios hoy serían ustedes, amigos Silió y Bellogin, si hubieran escrito á los treinta años, que les adjudico, los artículos susodichos, por mí *imaginados*; y centenario fuera yo, si la *gacetilla* que ofrezco á la consideración de ustedes, hubiese salido de mi *márgn*, á mis treinta *abriles*!

¡Ustedes y yo, *formando terceto*, estaríamos *aptos*, únicamente, para que nos sacaran en un coche-sillón á tomar el sol en cualquier *solana* del Valladolid antiguo, por donde podían correr caballos...!

\* \* \*

Pero, ya que tales artículos no se escribieron por entonces, *in diebus illis*, por la sencilla razón de que no habían ustedes nacido *entadia*—palabra vallisoletana, de las mozas que en la Plaza Mayor jugaban «al cántaro», juego de que hablaré en otro *Solaz*—voy á ver si logro fantasear, aunque toscamente y en palurdo, lo que ustedes, con galanura y elegancia, sabrían decir, en EL NORTE DE CASTILLA de 1894.

Y allá va, de sopetón y de golpe y porrazo, *el primer artículo de los dos* «del márgen».

#### «EL CANAL DE CASTILLA.

»Un poco tarde, hay yá en Valladolid, un periódico; por consiguiente, venimos rezagados para hablar de la Real Cédula de 17 de Marzo de 1831, mediante

la cual, se concedió á la Compañía creada con el título del presente artículo, por D. Alejandro Aguado, banquero de París, y marqués de las Marismas del Guadalquivir, que se encargara de terminar, por su cuenta y á sus expensas, en el plazo de siete años, los tres ramales del Real Canal de Castilla, denominados, del Sur, desde los prados de Albures á Valladolid, en una extensión de 46.767 varas; de Campos, desde Paredes de Nava hasta Rioseco, que comprende 53.560 varas; y del Norte, desde Alar del Rey hasta Golmir, en una longitud de 75.664 varas.

»Los siete años de la concesión, fueron, á partir de la fecha de la Real Cédula citada.

»El Canal de Castilla databa, en proyecto, del año 1550, nada menos, en que se hicieron los primeros ensayos; paralizados éstos, se continuaron durante el reinado de D. Fernando VI (1746 á 1759), en que se construyó una parte, de corta extensión; por Real orden de 27 de Enero de 1815, se mandó que la laguna, llamada de la Nava,—Nava, quiere decir, espacio de tierra muy llana y rasa—se desaguase, para librar de su funesta influencia á los pueblos que la circundaban y para restituir á la agricultura 9.000 obradas de tierra, ocupadas por la laguna; pero dicha Real orden no tuvo efecto, por las circunstancias políticas de aquella época.

»Posteriormente, una Real Cédula de 17 de Marzo de 1831, dice: «Mandé—era Fernando VII quien mandaba—que se continuasen las reparaciones del Canal, con sus propios recursos, por cuyo medio, restablecida la navegación después de penosos desvelos, se ha empezado á lograr que los granos de las fértiles llanuras del país de Campos «vuelvan á presentarse

en los mercados» de la costa española del «Mediterráneo» y en los de la isla de Cuba» (1).

»Iba construida, cuando se expidió la Real Cédula, cuyo extracto vamos haciendo, una cuarta parte del Canal; pero como eran muy crecidos los gastos para la ejecución del proyecto, se consignó en el preámbulo de la misma Real Cédula, que el único y más conveniente medio de realizarlo, sería el de una empresa de particulares que, tomándolo á su cargo, con las condiciones oportunas para la inviolable seguridad de los capitales que se invirtieran, acometiese las obras.

»A este fin, y de conformidad con lo propuesto por el capitán general de Castilla la Vieja, se formó una junta de hacendados de considerable arraigo, y de otras personas ilustradas, las cuales, presididas por el mismo capitán general, formularon las condiciones para sacar á pública subasta dichas obras.

»Fueron nombrados vocales de la junta D. José Verdonces, el marqués de Villatorre, D. José Obejero, el bailío frey D. José Cabeza de Vaca, D. José Omar, D. Diego María Nieto y D. Roque Delgado (2).

(1) Hoy, Setiembre de 1894 (\*) no se exporta para Cuba, *ni un polvo de harina de Castilla*; de donde resulta que, *lo de la vuelta de los granos á los mercados de la Antilla*, se ha convertido en una triste ilusión.

(NOTA DEL COPIANTE EN 1894).

(\*) Escrito este *Solaz* en Setiembre último, en Badajoz, no ha podido ser remitido á Valladolid, por enfermedad de su autor, hasta Febrero de 1895, en que, trasladado á Málaga, el benigno clima de esta hermosa región andaluza, le está deparando un gran alivio.

(NOTA DE DICHO COPIANTE).

(2) En otro *Solaz* daré largos detalles de algunos de estos señores, que eran muy «visibles» en Valladolid.

(NOTA DEL «SETENTÓN» EN 1894).

»Se contrajo, en el referido preámbulo, el compromiso de que el Real Patrimonio tomase acciones del Canal, esperando que, por el ejemplo, las tomarían también los infantes de España, los preladados, grandes y títulos del Reino.

»En equivalencia de los 600.000 reales que con anterioridad se pagaban con destino á las obras del Canal y á cargo de la renta de Correos, se dispuso que por el secretario de Estado y del despacho universal de Hacienda D. Luis López Ballesteros, se instruyera expediente, uniéndose á él los planos que existían en la Mayordomía mayor de la Real Casa.

»El proyecto abarcaba las obras de un Canal de navegación y de riego y del desagüe de la laguna de Nava.

»Entre las condiciones de la concesión que vamos examinando, figuraba la de que la Compañía concesionaria no podría exigir más maquila que la que se pagaba en los doce molinos harineros que existían en el Canal del Norte, y en los siete existentes en el del Sur; que de dichos molinos, ó de los demás que pudiera establecer la Compañía, se destinarían los que bastasen á moler los granos necesarios al consumo del país; que pertenecerían á la Compañía, durante los ochenta años de la contrata: 1.º El producto total del peaje sobre la navegación de los particulares. 2.º El importe íntegro de la navegación que hiciera la Compañía por su cuenta, con sus barcos. 3.º El producto de los edificios, artefactos y demás propiedades del Canal. 4.º El de la pesca, arbolado y riego. 5.º Que pertenecerían asimismo á la Compañía, por espacio de veinticinco años: 1.º El impuesto de cuatro maravedís en cántara de vino que pagaba la

provincia de Palencia. 2.º Una consignación de 300.000 reales anuales sobre los productos de arbitrios ya establecidos, en lugar de los 600.000 sobre la renta de Correos.

»Se puso á disposición de la Compañía el número de 2.400 presidiarios, por de pronto, sacados de los depósitos más cercanos, cuya custodia se encomendaría á escoltas facilitadas por el Capitán general de Castilla la Vieja; y por conducto de esta autoridad, podría la Compañía proponer rebajas de condena en favor de los presidiarios que por su celo y conducta se hiciesen acreedores á este beneficio.

»Se encomendó á las Salas del Crimen de Valladolid, Santiago, Oviedo y Pamplona, así como á la Sala de Alcaldes de la Real Casa y Corte, que destinaran al Canal de Castilla los reos que hasta entonces enviaban á los presidios de Málaga ó de Africa.

»La Compañía podría designar los ingenieros civiles y militares que necesitara y le acomodasen; podría también introducir máquinas, libres de todo género de derechos, los instrumentos, carros, barras para los carriles de hierro y demas útiles y materiales aplicables precisamente al Canal y camino de hierro.

»Como concesiones perpétuas en favor de la Compañía, se declaró que serían propiedad de la misma y de los hijos y sucesores de los que la formaban ó formasen en adelante: 1.º Las tres ó cuatro mil obradas de tierra que debían resultar laborables por efecto de la desecación de la laguna de la Nava, sin que, ni entonces, ni en tiempo alguno, pudiera reclamarse nada de la Compañía por razón del valor del terreno, ni de censos impuestos sobre él en otro tiempo, ni por ningún otro motivo. 2.º Los molinos ú otros artefactos

que la Compañía hiciere construir en las veintitres esclusas que habían de hacerse en los tres ramales del Canal, así como las que se establecieran sobre las esclusas 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> del Canal del Norte, y sobre la 33.<sup>a</sup> del Canal del Sur, cuyas caídas de aguas no se habían aprovechado hasta la fecha de la Real Cédula.

»Pasados los ochenta años de la concesión, los molinos expresados, las esclusas y los demás artefactos, pagarían anualmente al Estado por reconocimiento del derecho de agua, como fuerza motriz, un censo equivalente á un uno por ciento del capital, cada año.

»Antes y después de espirar la concesión, y en cualquier período del tiempo que durase, podría la Compañía exigir la maquila que estipulase, sobreentendiéndose que esa libertad respecto de exigir el pago en la maquila, era respecto de los molinos que construyese, á diferencia de la restricción establecida, en cuanto á los que se hallaban contruidos; y podría, como propietaria absoluta dicha Compañía, vender, arrendar, ceder, hipotecar, los molinos, graneros, edificios, artefactos, árboles de sus plantíos particulares y las barcas y cualesquiera otros efectos que le pertenecieran, sin restricción, intervención, ni oposición alguna».

\* \* \*

»Queda hecha la historia de la concesión del Canal de Castilla hasta el momento presente—1835—en el cual Canal, numeroso golpe de trabajadores, entre ellos, los presidiarios, venidos del penal establecido en Rioseco, continúan las obras comenzadas, cuyo

término será, si vale la frase, *hacer de Valladolid un puerto de mar*.

»Adelanto importantísimo; progreso que regenerará á toda Castilla la Vieja; que influirá, de rápida manera, en aumentar la población de Valladolid; en atraer á ella capitales; en desarrollar las industrias que hay aquí; en crear otras nuevas; en contribuir á que los labradores que hoy sólo tienen una ó dos yuntas, dejen de ser pegujaleros, que cultivan su pobre senara, para trasformarse, de senareros, en propietarios de extensos terrenos, con lo cual yá no rezará respecto de ellos, el refrán que dice: «haz tu senara donde canta la cogujada», ó sea: aléjate de las poblaciones, porque el *ejido* en que hasta ahora te intrusaste, á falta de tierras tuyas, para sembrar, y que era el sitio preferido por la cogujada para anidar, es insuficiente espacio á tus labores agrícolas; y, como has comprado muchos terrenos, con la esperanza de cosechar trigo en abundancia, que el Canal de Castilla se encargará de exportar, llevándolo á las costas españolas, para que en ellas se fleten barcos y más barcos con destino á las islas de Puerto Rico y de Cuba, y aún á toda América, tu fortuna se acrecentará y habrás salido de la mísera condición de senarero, y adquirido muchos pares de bueyes y mulas de labranza.

»Así deberás, además, el aumento de tus cosechas, y *seguimos profetizando*, á la fertilización que producirán las proximidades del Canal de Castilla á los campos que cultivas; así, también, las numerosas fábricas de harinas que se alzarán en las márgenes del Canal, te pedirán miles de miles de fanegas de trigo con que alimentar su poderosa maquinaria, movida por los saltos de agua del Canal, y, en fin,

Castilla la Vieja, y especialmente las regiones vallisoletana y palentina, vendrán á ser una *sola región* y un emporio mercantil, próspero, rico y feliz.

CESAR SILIÓ Y CORTÉS.»

\* \* \*

*Los vaticinios, hechos en el artículo que hemos copiado, de El Progreso de Valladolid, que se publicaba hace medio siglo, fueron, poco tiempo después, en 1837, una realidad, puesto que comenzaron las barcas de sirga á navegar por el Canal de Castilla, desde Valladolid á Palencia y á Alar del Rey; que se construyeron muchas fábricas de harinas, y que el trigo constituyó un vestiginoso tráfico en Valladolid, Rioseco, Palencia, Frómista, Paredes de Nava y en cien y cien pueblos de las dos provincias hermanas, beneficiadas por el Canal.*

\* \* \*

El representante, en Valladolid, de la empresa del Canal, fué D. Rafael Imaz; los ingenieros que dirigieron las obras, D. Juan Rafo y D. Epifanio Estéban.

Mientras se ejecutaban—1835—al pié de la Cuesta de la Maruquesa, las del elegante y anchuroso semicírculo, cabeza del Canal, el paseo de los vallisoletanos era á aquellos sitios, *para ver aquello*, y para ver, á la vez, echar los cimientos á lo que se *creyó iba á ser una plaza de toros*, por la forma *circular* que los cimientos revelaban, y que luego *resultó* ser el almacén de granos, levantado á la izquierda de la dicha cabeza.

\* \* \*

En 1836 ó 37, D. Felix Aldea, riquísimo propietario y capitalista de Villalón, y Doctor de la Universidad Pinciana, construyó, al lado de la *retesusodicha* cabeza, una soberbia fábrica de harinas; durante su construcción, también se «salía de madre» Valladolid, por las tardes; para *curiosear* los compartimientos que se iban trazando en la planta baja del edificio; pero cuando estuvieron terminados, y terminados, igualmente, los dos ó tres pisos de la fábrica, y cuando llegó el momento de colocar la maquinaria en los receptáculos de piedra, destinados á que entrara en ellos el agua del Canal, que había de ser la que diera movimiento á las ruedas, árboles, cilindros, correones, etc., de las enormes y *vistasas* máquinas en que el hierro era la parte principal, ¡oh desencanto!, la gente *curiosona* se veía detenida ante un cartel, colgado en la puerta provisional de entrada; cartel que, en letras negras, de á cuarta, decía:

«HOY NO SE PERMITE LA ENTRADA AQUÍ,  
MAÑANA SÍ»,

equivalentes al verso que, 22 años más tarde, escribió Luis Eguilaz, en su inolvidable comedia, *Verdades amargas*, según cuyo verso,

«Mañana en España, es nunca»,

y trasunto del refrán

«Siempre mañana,  
y nunca mañanamos»,

porque el tal cartel equivalía, *asímesmo*, al

«*Lasciate ogni speranza,  
iò voi! che intrate!*»

que dijo el Dante; salvo que el

«che intrate»,

resultaba un

«che NON intrate»,

porque en la fábrica de harinas, en construcción, de D. Felix Aldea, *no llegaba nunca* el suspirado *mañana*, para penetrar por la puerta de su *amurallado* recinto.

\* \* \*

Triste fin tuvo aquella fábrica.

La noche del 10 de Octubre de 1846, en sus primeras horas,—me es forzoso avanzar nueve años en mi narración—y cuando llevaba *dos olimpiadas* de estar elaborando la fábrica miles y miles de quintales de harina, un terrible y voraz incendio, la redujo á escombros y cenizas, y por cierto, que fué en noche histórica y memorable, porque, á la misma hora en que ardía la fábrica, se estaban celebrando en el Palacio de Madrid lo que se llamó «regias bodas», de Doña Isabel II con su primo el Infante D. Francisco de Asís, y de la infanta, entónces princesa de Asturias, Doña María Luisa Fernanda, con el duque de Montpesier.

\* \* \*

¡Espectáculo imponente y horroroso fué el del incendio!

Todo Valladolid acudió á contemplarlo: el Puente Mayor, macizado de gente, en avalancha, que llegaba hasta el mismo sitio del siniestro; las columnas de fuego que se elevaban, poniendo rojizo el horizonte; las chispas que se desprendían hácia lo alto; el estallido

del maderámen, al ser mordido por las llamas; las bocanadas de luz, brotando por sus innumerables ventanas; el fragor del derrumbarse los muros con «horrisono estruendo»; todo, todo ello, fué indescripiblemente emocional.

Algunos chuscos, de los que nunca faltan, áun en las catástrofes, para *amenizarlas*, decían:

«¡Buenos fuegos artificiales!»

En otros grupos, de gente dada á ser «agorera», se oían frases como ésta:

«¡Mal presagio para las bodas de la reina..!»



Aquella misma noche, y para solemnizar el doble «matrimonio regio», había un gran baile en la Capitanía general.

Me parece que era el general D. Felipe Rivero, el, á la sazón, Capitán general del distrito de Castilla la Vieja—todavía Burgos formaba parte del distrito;—de uniforme de gala, tal como estaba en el baile, se trasladó Rivero con sus ayudantes de campo y al frente de las tropas de la guarnición, al sitio donde perecía la millonada invertida en la fábrica y en las incontables fanegas de trigo y en la elaboración de los cientos de miles de quintales de harina y salvado, que eran pasto del incendio y que al mismo tiempo le avivaban, alimentándolo; todas las autoridades civiles acudieron igualmente; las señoras, ataviadas con los trajes vaporosos de baile, se confundían con las gentes del pueblo, para contemplar aquel castillo y á la vez brasero inmenso de fuego que, al reflejarse en las aguas del tranquilo, terso y límpido Canal,

producía un efecto fantástico de luz, digno del pincel y del buril de Rembrant, el pintor-grabador de lo fúnebre; una noche clara de luna, y serena, como lo eran las noches otoñales de Valladolid, y como sumpongo lo serán actualmente, sin ser yo un Noherlesoóm, nuestro ilustre paisano, ni mucho menos; el espectáculo de la noche del 10 de Agosto de 1846, cuya descripción he intentado esbozar, sin haberlo conseguido, fué, para Valladolid, de los que hacen época, por las múltiples circunstancias que en él concurrieron.

No hubo desgracias personales.

La causa ocasional y no intencionada del incendio, fué, según se dijo, el haber enganchado una de las correas de la maquinaria, estando ésta en movimiento, el garabato de un candil que, por descuido, había dejado un operario, en sitio inmediato al de las correas trasmisoras, las que, al enganchar el candil, le subieron ó le tiraron sobre los cedazos.

La fábrica—no recuerdo si estaba asegurada—no se había reedificado en 1847, si mi memoria no me hace traición.



Fué una lamentabilísima consecuencia del incendio, la grave enfermedad que al Sr. Aldea, su dueño y constructor, acometió, y de cuyas resultas perdió la vida.

Volviendo á tomar el tono festivo, porque quiero ser Demócrito y no Heráclito, y dejando la nota triste, diré que, en Setiembre de 1894, *he venido á escribir una gacetilla, que habría sido oportuna, el día 11 de*

Octubre de 1846; un *ayer*, que ni el célebre de fray Luis de León, el portentoso y admirable Fr. Luis,

\* \* \*

Hablar más, *por mi cuenta y para mis cuentos*—verdades del Canal de Castilla; de «La Ría» como la llamaba todo el mundo, sería igual á «llevar hierro á Vizcaya,» porque ¿qué podría yo contar á los vallisoletanos de la «faja de agua», tendida por la industria, en la falda gredosa de la Marquesa, que no sepan hasta la hartura?

Sería exponerme á que me dijeran, con sobra de razón:

«Vete con ese *cuento* á otra parte, que aquí huelga».

\* \* \*

Y, pues *he copiado*, y dicho, *por hoy*, cuanto me ha ocurrido, acerca del Canal de Castilla—ya me *embarcaré* en él, ¡ojalá! cuando hable de las *primeras óperas habidas* en Valladolid—paso á *transcribir y copiar*, el artículo, *El Esgueva y la Higiene*, que *escribió y publicó* D. Angel Bellogín Aguasal, diez años antes de nacer él, es decir, el de 1835.

\* \* \*

Pero veo que, *si copiara* hoy el tal artículo, con los comentarios que me ocurriesen, sería inconmensurablemente largo lo que falta, y que dejo para mañana, es decir, para el subsiguiente inmediato día al en que «salga» en EL NORTE DE CASTILLA lo que garrapateado queda.

Así, los lectores, «harán boca».  
Hasta mañana, pues.

\* \* \*

Quiero, no obstante, terminar, con la expresión de un punzante deseo,

«en alas de mi ardiente fantasía»,

que, de repente, ha hecho presa en mi imaginación y en mi voluntad, aunque, POR AHORA, «nun dan», como dijo el gallego del «cuentiñu».

Y allá va «mi atrevido pensamiento».

El *Solaz* que yo escribiría con más gusto, sería el que escribiera en la mesa de batalla de la redacción de EL NORTE DE CASTILLA, entre el ruido, las conversaciones y el tráfago que hay en todas las redacciones de los periódicos.

¿Lograré ese gusto? ¿Realizaré algún día ese, que es HOY mi más bello, y quizá mi ÚNICO ideal?

¿Chi lo sá?.....

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz 22 Setiembre 1894, á la hora de la primera corrida de toros de LAS FERIAS DE VALLADOLID, de ese Valladolid que es el

«¡DOÑA INÉS del alma mía!

Barriada de Miraflores del Palo (Málaga). Febrero de 1895.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 23 de Febrero de 1895).



## EL VALLADOLID DE 1830 A 1847.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN.

COSTUMBRES.—TIPOS.

DE BADAJOZ Á MÁLAGA.

XXII BIS.

*Antojo fantástico-humorístico.—Dos periodistas, que escribían antes de haber nacido.—Cartas-artículos-gacetillas.—El Canal de Castilla.—El Esqueva.—La Higiene.*

A LOS SEÑORES

D. César Silió y Cortés y D. Angel Bellogín Aguasal.

(LO QUE NO CUPO EN EL ANTERIOR SOLAZ).



MIOS QUERIDOS PAISANOS Y AMIGOS: «Se ha dividido la continencia de la causa», según fórmula forense, por no haber cabido en mi *Solaz* anterior, lo que á continuación va, y que es, un

*Sequentia epistolæ ad...* el SR. D. ANGEL BELLOGÍN AGUASAL.

Y, sin más preámbulos, circunloquios, ni intróitos, *dico tibi*, que voy á copiar el artículo que escribiste y publicaste el año 1835, dos lustros antes de que hubieras nacido, en *El Progreso de Valladolid*, periódico, que no se publicaba lampoco.

Estabas, pues, 60 años há, «en la mente del Padre Eterno», como decía mi *agüela*, con frase gaditana, porque gaditana era la madre de mi madre.

Tu artículo tenía, y tiene, el título de,

### EL ESGUEVA Y LA HIGIENE,

y, «atención, que ya escomienzo», «cuasi» *en verso*; «cuasi», que es antieufónico:

#### «EL ESGUEVA Y LA HIGIENE.

»Dos enemigos mortales de la población de Valladolid; el Esgueva, porque *existe*; la Higiene, mejor dicho, la negación de la Higiene, porque es completamente desconocido en nuestra ciudad todo lo relativo á la Higiene pública.

»El río Esgueva que, más que nacido en tierra de Castilla, parece que viene del Indostán, y que es un brazo de los más mefíticos del Ganjes; el Esgueva, que está enseñoado de Valladolid; que, á modo de estigma de paludismo, *mancha* el suelo vallisoletano y, á la vez, envenena la atmósfera; que corre, al descubierta, por una gran parte del suelo de la antigua Pincia—aquí no cabe lo de que «los grandes ríos han sido puestos al lado de las grandes ciudades», según dicen que dijo un *piensador*;—que se atreve á mirar cara

á *cara al sol*; vehículo constante de fiebres intermitentes, tercianarias ó cuartanarias; que engendra y sostiene las nieblas invernales; arroyo, más que riachuelo, y arroyo cenagoso, con más materias fecales y más *detritus*, que agua; que, á modo de sapo venenoso, lanza su ponzoña al Pisuerga, como si sintiese envidia y rencor *al ver* la anchura y la limpidez de verde esmeralda de sus caudalosas ondas; el Esgueva, llamado por el vulgo y en femenino «la Esgueva»; sumidero, cloaca y compendio y resumen de lo inmundo; vertedero general de todas las aguas sucias y *negras* de las casas de Valladolid; que, por ser *vertedero*, eres estímulo á la desidia y rémora á la diligencia, en lo de construir escusados en las viviendas y alcantarillas en el subsuelo; Esgueva hediondo y pestilente, que, con tus dos brazos de agua, de cenagal, tienes encinturada la ciudad; llegará día, que ya tarda, en que se encauce y cubra tu casi nula corriente, y en que se *sepulle* «bajo siete estados de tierra», en atajea, para que, ni vuelvas á atreverte á *mirar* al sol, con tus *inmundos ojos*, ni el sol á proyectar sobre tí sus rutilantes rayos; y, si esto no sucede y no viene «por la posta», ¡guay de la ciudad de Valladolid!

»Urge higienizarla; urge, asimismo, que esta rama de la Medicina tome carta de naturaleza entre nosotros; urge, en fin, alcantarillar «la» Esgueva, para que puedan construirse escusados en las casas de todos los barrios de la ciudad; «escusados» que ya son *inexcusables*, si han de desaparecer los focos de inmundicia permanente que hay en cada vivienda.

»Encauzado y cubierto el Esgueva, todas las zonas que ocupa, se convertirán, por ley ineludible del progreso, en nuevas calles y nuevas plazas; en una

palabra, que Valladolid se hermostrará; que atraerá farasteros que se avecinden aquí, y que la población crecerá.

»En sus afueras, y en lo que hoy es sólo Campo de los Vadillos, saneado convenientemente el Esgueva, que por allí cruza, podrá convertirse en una hermosa barriada; las aguas, que hoy son perdidas para la industria, utilizarse en fuerza motriz de fábricas de todas clases; y, diciéndolo de una vez y por conclusión, el engrandecimiento y la prosperidad del Valladolid de *mañana*, dependen, casi exclusivamente, de la desaparición del Esgueva, tal como *hoy* está, y que es como le conocieron nuestros padres y nuestros abuelos.

ANGEL BELLOGÍN AGUASAL».

..

«Este artículo, igualmente que el que le precede, de D. César Silió, que «les cuelgo» á ustedes dos, fantaseándolos, habrían sido PROFÉTICOS, porque, lo mismo el Canal de Castilla, que la *ocultación*, á la vista, del Esgueva, *dando y quitando agua á Valladolid*, han hecho de la ciudad de 1830 á 1847, lo que ACTUALMENTE ES, según «me voy enterando», por lo que, «á diario,» leo «todos los días y todas las noches» en EL NORTE DE CASTILLA; de lo cual saco en limpio y *en turbio*, por su «cuotidiana» y por su «nocturna» lectura, que del Valladolid de *ayer*, al Valladolid de *hoy*, no queda más que EL SITIO y que su vetusto venerando caserío, se ha transformado en el de una ciudad novísima, de las más adelantadas, estilo, más que de París ó de Londres, de los Estados Unidos de América, que es el país de las grandes *improvisaciones*, en lo

de hacer brotar, por magia, una población, de sobre algunos centenares ó miles de «acres» de terreno, de los que, según la medida francesa, tienen á razón de 4.840 varas castellanas cada uno.

\*  
\* \*

Y, *me paice*, que es ya hora de terminar.

Pero antes de poner punto final, se me antoja largar una parrafada más, que sirva como de epílogo.

No sé,—sospecho que nó,—si «me he dado arte», ó—sospecho que sí—«si he hecho una riza» (dos frases vallisoletanas *de mis tiempos*) al intentar «la escrituracopia» de los dos «preinsertos» artículos; si tal hice, que sus *autores* me echen encima «todo el peso» del Código penal, por la *falsificación* que «he perpetrado» y que me digan á modo de pregón, lo que el «ejecutor de la justicia», vulgo verdugo, decía cuando iba dando azotes, con la penca, por las calles de Valladolid, á los reos, condenados por «la Sala del crimen» á esta pena «infamante»:

«Quien tal hizo, que tal pague;  
alza la penca, y dale»,

(Nota *instructiva*). En 1833 y viviendo yo en la calle de Santiago, *vidi ego* un «azotado» y una «emplumada», cuyo «suplicio» terminó bajo el creó que hoy derribado Arco del Angel, salida de la calle, é «ingreso» en el Campo Grande.

De dicho «suplicio», aunque sea «retrogradando» y para salvar un olvido, hablaré cualquier otro día.

\*  
\* \*

Pero si los «de suso» dichos *autores* «fulminan» contra mí el Código, *por falsedad* y «suposición de parto», «parto intelectual» se sobreentiende, yo «á mi turno», y usando el *vim vi repellere*, «fulminaré» sobre sus cabezas el *mesmo* Código, «acusándolos», *como cómplices*, de mi «contumacia» y de mi «reincidencia», en esta mi *chisladura* de los «Solaces de un setentón», los cuales, por lo que los *dilato*, me temo que llegarán á ser *póstumos*, ó sea «que verán la luz» cuando «mis ojos se hayan cerrado para siempre» y cuando yo esté «cavando la tierra con el cogote» ó con «el *cocote*», que de estos dos modos se decía, en Valladolid, el haberse *morido*, cuando *il mio cadavere* SÍA MORTO.

Explicotearéme.

«Yo, inocente, en paz vivía»,  
 cuando *La Voz Montañesa*  
 me dió un *bombo* estrepitoso,  
 al que, EL NORTE, referencia  
 hizo, *dodeci di Luglio*,  
 del año que nos gobierna (1).

Y á ese *bombo* siguió otro, de *tres golpes* y *repique*, en el mismo NORTE, y en forma de tres «Cartas», firmadas *Angel Bellogín Aguasal*, insertas los días 22, 23 y 24 siguiente ó último, como más plazca.

Esas tres «Cartas», tan inmerecidas como cariñosas, al igual de las particulares de Gabino Gordaliza y Andrés Brocos,—cito por orden de fechas estas

---

(1) No se olvide que el presente artículo fué escrito en Setiembre de 1894.

cartas particulares—excitándome todas ellas á seguir  
*solaceando*,

fueron y son  
una provocación

*al crimen de lesa literatura que vengo cometiendo, «á destajo, y hablando—con el lapiz escritor—por los codos».*

Si no es ésto ser *cómplice*, al par del amigo César Silió y Cortés, que ha puesto al *mío comando* las columnas de EL NORTE DE CASTILLA, para que yo «despotriquee» en ellas, á trochemoche, no sé lo que significan las voces, del criminalismo, «*cómplice, complicidad*».

En *justo castigo*, pongo á Silió, á Bellogín, á Pepe Estrañi, á *La Voz Montañesa*, á Gordaliza y á Brocos

«en la picota,  
y ahí me las dén todas»,

para darlos las más encarecidas, fervientes y reteduplicadas gracias.

«Y con ésto no canso más».

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Setiembre 1895.

Barriada de Miraflores del Palo (Málaga). Febrero de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA del 24 de Febrero de 1895).





## EL VALLADOLID DE 1830 A 1847.



SOLACES DE UN VALLISOLETANO SETENTÓN

COSTUMBRES.—TIPOS.

XXIII.

*La Casa de Polentinos.—Una fonda de aquellos tiempos.—Lo demás que leerá, el que lea.*

CARTA

A los Sres. D. Gabino Gordaliza y D. Antonio Brocos.



MIOS QUERIDOS PAISANOS Y AMIGOS: En vísperas de las renombradas FERIAS de ese *nuestro* lugar, á las cuales, por lo mismo que no puedo dir, á causa de mis años de palmar y de mis achaques de vejestorio, que constituyen toda una sala clínica de hospital; esas FERIAS, que me tienen nostálgico, ya que no las *vea*, el recuerdo de lo que fueron y la «figuración» de lo que serán, me inspiran la

CARTA que «escomienzo», según palabra vallisoletana de los mozos que jugaban á la barra y á la calva en los «altos de San Isidro», en mis tiempos de chiquitín, hace sesenta años y pico.

A tí, Gabino, «que allá te vas conmigo», en lo de contar doce lustros, *ménos dos ó tres 365 dias*, te enderezo estos renglones, en pago de los que en cartas particulares me has dirigido, dignas por lo que dicen, y por la forma literaria en que lo dicen, de la publicidad, «en letras de molde».

\*  
\*  
\*

Y á usted, amigo y paisano Brocos, á quien no tengo el gusto de conocer, sino por sus epístolas, de iguales circunstancias que las de Gabino, que casi como yo, le dobla á usted la edad, *le dedico el 50 por 100* de las presentes líneas y de las que detrás de ellas vengan, ó en pos, ó *dimpués*, voz de los labriegos de ese «riñón» vallisoletano de Castilla la Vieja.

Voy, no obstante la prioridad de Gabino, por tener, al par de yo, opción á la cruz de San Hermenegildo, que da patente de vejez, y que fué creada en 1815 por Fernando VII, el *Deseado*,—la cruz, que no la vejez—voy, digo, á «fajarme» con usted, en primer término, «habida consideración» á que es de más remota fecha, en el orden de mis años y de mis recuerdos, lo que con usted personalmente se relaciona.

Su buen padre de usted fué, durante muchos años, administrador de los estados y jefe del archivo del conde de Polentinos.

En la llamada por todo el Valladolid de 1826 y años posteriores «Casa de Polentinos», gran edificio,

de fachada y proporciones señoriales, que era un ornamento de la calle del Salvador, acera izquierda, yendo desde la iglesia de San Felipe Neri, el fundador de la congregación de los clérigos de Italia y de otros países; en esa casa, se «soltó usted á andar», calculo que por los años de 1850; en esa misma casa me pusieron á mí mis padres en andadores, y en el carretón, y en la pollera de mimbres, forma—la pollera—de campana, que en dicho 1826 se usaban para que los mamones empezáramos á dar nuestros primeros vacilantes pasos.

Sus abuelos de usted, querido Brocos, tuvieron estrecha amistad con mis padres; computando el tiempo, es más que probable, que su padre de usted fuese ya entonces administrador de los vastos estados del conde de Polentinos; de aquí que esa amistad hiciera que yo, á los dos años de nacido, pasara con mi familia, de la casa número 7 de la calle de las Damas, en que nací, á la de Polentinos, en la cual, y en su anchuroso cuarto bajo, con grandes rejas de hierro, viví, hasta 1828...

¡Año tristísimo para mí!

Diré por qué aciago suceso.

Era mi inolvidado padre, Comisario Ordenador de los Reales ejércitos del distrito de Castilla la Vieja;—tal se llamaba el destino, equivalente al de intendente militar de hoy;—en Julio del referido 1828, el rey Fernando, de vuelta de Cataluña, con ocasión de los disturbios políticos de aquella época, era esperado en Valladolid, despues de su estancia en Burgos.

Mi padre, muy adicto á la persona de Fernando VII, por haber pertenecido á la «servidumbre» del monarca, en el palacio Real de Madrid, y por haber

ido muchos años con la Real familia, de «jornada» á los sitios de El Pardo, Aranjuez, El Escorial y La Granja, quiso hacer el viaje á Palencia, para incorporarse allí á la regia comitiva; no habiendo hallado otro carruaje de alquiler que una tartana, en ella emprendimos la expedición mi padre, mi madre y yo, á la sazón, de cuatro años.

Pasado Torquemada y ya cerca de Magáz, volcó la tartana y cayó en una zanja de la carretera; mi padre, que era muy corpulento, tuvo la desgracia de que en la caída se le fracturase la clavícula derecha; moribundo, fué llevado á Magaz; desde allí envió mi madre un propio á Búrgos, noticiando el triste acontecimiento; el rey dispuso que dos médicos de Cámara tomaran la posta para asistir á mi padre; pero cuando llegaron, mi padre era cadáver y estaba enterrado en Magáz...!

Mi madre y yo quedamos heridos, aunque levemente, de resultas del vuelco.

Cuando regresamos á Valladolid y á la «Casa de Polentinos», nuestra habitación última que, en vida y rebosando salud, pisó mi padre, mi madre era viuda y yo huérfano...!

\* \* \*

Yá ve usted, mi querido amigo Brocos, si tengo motivos, y motivos dolorosos, para que sean indelebles mis recuerdos de la «Casa de Polentinos», en la que tantos años vivió usted.

\* \* \*

Otros recuerdos, de diversa índole, guardo de esa casa, que se remontan á los años 35 y 36 del siglo actual, yá en sus postrimerías.

En el piso principal de aquel casi palacio, vivieron los marqueses de Villalcázar.

Tenían tres hijos, que eran: Paco, Nicolás, y no me acuerdo del nombre del más pequeño.

Paco tocaba admirablemente el piano; Nicolás fué un brillante ingeniero civil, y murió pocos años después de haber salido de la escuela del cuerpo «de los albañiles ilustres», como llama un amigo mio á los ingenieros; del tercer Villalcázar no recuerdo su nombre de pila, sólo sé que era idiota, y que todo el día se le pasaba tendido boca abajo, soplando el polvo de las juntas de los ladrillos de su cuarto, donde le tenían encerrado, de cuyo capricho monomaniaco, resultaba que sus ojos estuvieran siempre ribeteados de encarnado.

Se contaba que, además, tenía la monomanía de ser muy aficionado á *las faldas*, y en esto no era idiota ni tonto, sino hombre de buen gusto, porque ¿qué varón *de sentido y querencioso*, no se pirra por el *odor di femina*, según la frase italiana?

Y se contaba otra cosa: que perseguía, como el gato al ratón, á las criadas de su casa...

\* \* \*

Paco, el mayor de los tres hermanos, se casó, allá el año 40, con la hija única del señor de Trespalacios, riquísimo propietario de Salamanca, en cuya capital vivía el 74, compartiendo su tiempo entre tocar el piano, para admirar á los que le oían, y dirigir una fábrica de harinas, de que era dueño.

Por cierto que, cuando el cantonalismo del 73, que hizo horrores en la ciudad del Tormes, fué incendiada la fábrica, que reconstruyó después, montándola con maquinaria de los últimos adelantos.

Paco Villalcázar, marqués de este título por muerte de sus padres, para evitarse otra *cantonalada* y otra *subsiguiente* quema de sus propiedades, ingresó en el partido republicano federal, y era su jefe en Salamanca, el año 75.

El 76, hallándose accidentalmente en Madrid, murió de un ataque fulminante al corazón. Asistí á su entierro.

\* \*

Aquí tiene usted, amigo Brocos, los datos históricos, que recuerdo, de la «Casa de Polentinos», de Valladolid, que formaba parte de la inmensa propiedad, que administró su honrado padre de usted.

Y como á usted y á mí nos cobijó el mismo techo, á través de 25 años, que son los que le llevo de cruzar «este valle de lágrimas», creo habrá agradado á usted mi narración.

Punto, y aparte.

\* \*

Ahora, Gabino Gordaliza, mi querido paisano, amigo y contemporáneo, *te saco á bailar una sardana llarga*, (larga) como las que ví en Gerona, el año 1868, y que no sé si será parecida á la que el maestro salamanquino Tomás Bretón ha compuesto para su ópera *García*, porque *enterrado yo en vida*, en Badajoz, no he tenido ocasión de oír esa tan aplaudida obra musical, ni de ver cómo se baila, en la escena que sea, la

yá famosa *Sardana* bretoniana; y cátrate, que resultó *cacofonístico* y *antieufónico* y *antimúsico*, el haber escrito, una tras otra, dos voces acabadas en «ana».



De tu buen padre, que era el Lhardy de Valladolid en 1830 y años siguientes, por lo bien que daba de comer, hago cabal memoria. En el piso principal de su casa, calle de Orates, núm. 2, donde tú vives, estaba el salón para los banquetes; pocos adornos, ni *ringo-rangos* tenía; las paredes, de blanco yeso; el zócalo, de azulejos blancos y azules; algún espejo, no muy grande, con marco de nogal, y pára de contar.

Pero, en cambio, ¡qué guisos tan apetitosos, y sobre todo tan sanos, los de cabrito, tostón (cochinillo) y pavo asados; la gallina en pepitoria; el pollo con guisantes ó tomate, según la estación, y no en latas de conserva como hoy; la perdiz estofada; las magras de jamón gallego; las truchas, las anguilas, las tencas, con el aderezo natural que estos pescados piden; el salmón, por Semana Santa; y olvidaba los palominos y pichones, criados en los palomares de Valladolid y Villalón; las liebres y conejos de la dehesa de Fuentes, de los montes de Corcos y Torozos,—del monte Torozos, terror de los que tenían que atravesarlo para ir desde Valladolid á Rioseco, porque le poblaban más ladrones que conejos y liebres había en sus matas!

En las mesas del comedor de tu casa, cuyos manteles adamascados, de blancura, cuya sola vista abría el apetito, brillaban los ¡CUBIERTOS DE PLATA! hechos á martillo, y no de plata imitada, de Meneses ó Christhof, como en las fondas y *restauranes*—lo castellanizo—de hoy; rutilaba la luz en las facetas de los vasos

para agua y vino, de la famosa fábrica de cristales de La Granja; deslumbraba la limpieza de los platos y fuentes, fileteados, de Talavera de la Reina, y de pedernal inglés, vajilla de lujo entonces; los vinos eran de Toro, La Nava, Rueda y La Seca; para después del café, el «plus café», como se decía, el hipocrás, licor que tu padre hacía con vino blanco, limón, azúcar y canela; de aperitivos ó «entremeses», el salchichón de Vich, los pepinillos y pimientos en vinagre, los alcarrones, la ensalada de colas y tenazas de cangrejo; de postres, entre otros, los pasteles, empanadas, jela-tina, bellotas de pasta de almendra y muchas golosinas más, que tu buen padre hacía también, y sin que faltara la dulcísima suave mantequilla de Soria.

Como cosa muy extraordinaria en aquellos tiempos de la frugalidad vallisoletana, el *Champagne* y los cigarros habanos, completaban lo que en los actuales se llama *menú*, como si no fuese más español llamarlo «lista del banquete» ó «de la comida», y á este propósito, allá va una anécdota recientita:

Cierto sevillano, que fué por primera vez en su vida á Madrid, y á una fonda de las de *extranjis*, al sentarse para comer, «tocó las palmas», gritando á su compás:

—¡Mozo!

Se presentó el «camarero» y preguntó:

—«¿Qué va á ser?, señorito».

—Venga la lista, niño—en Sevilla llama todo el mundo «niños», á los criados que sirven á los parroquianos de «las tiendas de montañés», donde se da de comer.

Volvió el mozo con la cartulina litografiada, á cuya cabeza está la palabra *menú*; verla el sevillano y preguntar:

—¿Hay aquí también «menudo»?—en Sevilla el *menudo*, es lo que en Castilla tiene el nombre de *callos*.—Pues tráeme una ración de menudo.

Y fué porque el sevillano de la anécdota, creyó que *menú* y *menudo*, eran la misma cosa...



*Me vuelvo*, Gabino á Valladolid, y á la casa de tu padre, conocida allí y en veinte leguas á la redonda, hace sesenta años, por «la Pastelería de Gordaliza».

Unico establecimiento en su clase en la «ciudad», era frecuentado por el obispo Rivadeneyra, por el sábio Don Manuel Joaquín Tarancón, doctoral de la Catedral y catedrático de derecho español de la Universidad, años más tarde, rector de la misma, y en los últimos de su vida, cardenal arzobispo de Sevilla; por los célebres abogados Mambrilla, Alday, Sobejano, Arias, que para comer y beber tenía que ponerse las manos engarabitadas y vueltas hácia afuera, por efecto de una dolencia nerviosa, que le impedía valerse de ellas á derechas; D. Manuel Martín Lózar, D. Nemesio López y otros vários, gloria del foro vallisoletano; por oidores de la Chancillería, luego Magistrados de la Audiencia; por el conocidísimo procurador D. Pablo Cieza y Pinta; por los comerciantes Semprún, Sigler y otros, cuyos apellidos he olvidado, los cuales hoy hubieran sido llamados banqueros, porque en sus casas se giraban y pagaban letras de cambio [en onzas de oro! y en duros de plata, de á veinte reales, valor intrínseco y extrínseco, tenidos en la época actual por *mitológicos*, los tales reales, los tales duros y las tales onzas de oro, *peluconas*, cuño Carlos III, y en las

cuales campeaba el *in utroque felix, auspice Deo*, cuya leyenda ensanchaba los corazones de los que... tenían muchas; y las tenían todos los que, Gabino, frecuentaban la «Pastelería de Gordaliza», para regalarse en la buena mesa que presentaba tu padre, por módico precio, que hoy sería inverosímil; y, sin embargo de esta modicidad, como en tu antigua histórica casa había «jubileo perpétuo», resultó hacer rico á tu padre, por lo de que «un grano no hace granero, pero ayuda á su compañero», y «muchas cerillas hacen un cirio pascual»; y como uno á uno y en grupos iban á comer á tu casa el obispo, canónigos, abogados, oidores, magistrados, catedráticos de la Universidad, etc., etc., etc., en tu casa entraba el dinero á talegas, —que así se llamaba la suma de 20.000 reales.

Y—otro «sin embargo»—

«La Pastelería»,  
ni muestra tenía,  
y no repartía,  
cual sucede hoy día,

prospectos, ni publicaba anuncios, entre otras razones, porque no había periódicos en Valladolid; y aunque los hubiera habido, tu buen padre, chapado á la usanza de la vieja Castilla, habría prescindido de ellos, fundándose en que «el buen paño en el arca se vende».

\*  
\* \*

Aún me queda bastante que decir de «La Pastelería de Gordaliza»; pero lo dejo, para cuando, en otros «Solaces de un setentón» me *solace* yo, al recordar los bailes de máscaras en el teatro de Valladolid, y las

noches en que, con otros compañeros míos, estudiantes, «salía á dar música» á mi novia y á las de los «camaradas de peine», escolarest ambién, y todos, «de la piel del diablo», y «*iunos peines*», que «yá, yá!!!!»

JOSÉ ORTEGA ZAPATA.

Badajoz-Setiembre de 1894.

Barriada de Miraflores del Palo (Málaga), Febrero de 1895.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 7 de Marzo de 1895).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

P. S.—Los anteriores *Solaces*, que se publicaron en EL NORTE DE CASTILLA, van recopilados en este primer tomo; y

«si gusta el libro y la edición se vende»,

como dijo Espronceda, palabra más ó menos, se publicará el segundo tomo, compuesto de los demás *Solaces*, hasta el XXXIV, también publicados ya en EL NORTE y de los que aún tengo en el *archivo* de mi memoria, y que están por escribir.

Difícil, muy difícil, me va á ser escribirlos, después de haber vuelto á Valladolid, al cabo de cuarenta y ocho años, porque, «*si la presbicia perfila mejor los objetos lejanos*», según la magnífica frase de una de las tres monumentales cartas de mi querido Angel Bello-gin, que es lo ÚNICO BUENO que hay en este libro, *la mioptía hace que, los objetos, por próximos que se hallen, aparezcan borrosos.*

EL AUTOR.

peque Tomo I  
pero es único;  
el autor era el  
abuelo de D. Jose Ortega  
y Ganet.



Precio: 3 pesetas.



